MILICIA DE ESPAÑA

R. Majó Framis

Los Pinzones

EDITORIAL GRAN CAPITAN

15 ptas.

MILICIA DE ESPAÑA

◆

Volúmenes en octavo de 200 páginas aproximadamente, impresos con sobrio buen gusto, encuadernados en rústica.

◆

Cada tomo contiene la biografía de un ilustre personaje de la historia militar y guerrera de España, y lleva, en papel couché, un retrato del biografiado.

Firman los textos, trazados dentro de un estilo ameno que hace su lectura altamente agradable, escritores de reconocido prestigio.

◆

Se aspira con esta colección a reunir, en un cuerpo homogéneo de libros, las monografías más salientes de nuestra inmortal Milicia. Con ellas se tendrá una Historia Militar de España, presentada en forma sumamente original.

◆

EDITORIAL GRAN CAPITÁN

Arenal, 23 - Apartado 184
Teléfono 215524 - MADRID

L MIRANDA
DE VEGA, 19
- MADRID
914 294 576

A mi insigne amigo José Mª Alfaro, gran poeta, firme esperanza-

Ricardo Majó Framis

MILICIA
DE
ESPAÑA

RETRATO DE MARTÍN ALONSO
PINZÓN

RETRATO DE VICENTE YÁÑEZ PINZÓN

RICARDO MAJÓ FRAMIS

LOS PINZONES

MADRID
EDITORIAL "GRAN CAPITAN"
1947

Es propiedad del autor.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Reservados los derechos para todos los países.

Copyright 1947 by Ricardo Majó Framis.

Printed in Spain

GRAFICAS NEBRIJA, S. A.—Ibiza, 11.—Teléfono 251101.—Madrid.

BOSQUEJO CRÍTICO Y DE INFANCIA Y JUVENTUD DE LOS DOS CAPITANES

Se asevera que Bartolomé Colón exclamó así una vez, en comentario de los grandes sucesos de su hermano, el Almirante:

—Si no fuera por Martín Alonso ni hallara ni descubriera tierra.

Y Bartolomé Colón, que no había estado presente a los pactos definitivos de su hermano con la Corona, ni a los siguientes aprestos de la armada que había de ir al descubrimiento oceánico, por esta misma razón de un «tacto» a distancia de los acaecimientos—que, a veces más penetra un negocio el que lo percibe de lejos que el introducido en ese tráfago inmediato que perturba la observación exacta—sabía la verdad profunda de toda aquello. En efecto, es indisputable que sin la colaboración de la entusiasta familia pinzónica—en la que por los días de 1492 se adensa, incluye y aun se «personaliza» el espíritu nacional, derramado del vaso de oro del corazón de la Reina—, la empresa colombina, o se hubiera realizado más tardíamente o con menos vigor de alma y espontaneidad. Ésta es la gran aportación de los Pinzones a la obra del Descubrimiento, aún dejando al margen del encomio las personales hazañas de Vicente Yáñez Pinzón, descubridor del Brasil, primer navegante cerca de las costas australes de América, de las que ve ochocientas leguas de orilla, primer

descubridor de las bocas del río de las Amazonas, navegante por las zonas meridionales americanas hasta los 40° de latitud meridional, primero de los nautas que traspasan la línea equinoccial y el primero que toma posesión jurídica para la Corona de las tierras uruguayoargentinas, e, hipotéticamente también, posible navegante de los senos y golfos de Honduras y el Yucatán. Si ha existido un primer viaje vespuciano en 1497, cosa menos que probable, ése ha sido un viaje de Vicente Yáñez Pinzón; si hubo en Palos de Moguer gente de mar dispuesta a navegar hacia la quimérica Antilia y Mano de Satanás, o presta a buscar el país del Gran Kan por la vía que sigue el sol hacia Occidente, lo que parecía tentar a Dios y era casi seguridad de muerte—tanto que cuatro condenados a pena capital fueron indultados en trueque de enrolarse en la empresa colombina—, todo ello era la personal obra de Martín Alonso Pinzón, que iba por las calles de Palos, a tiempo del alistamiento, diciendo a todos estas palabras, que la tradición ha recogido y propagado:

—Amigos, andad acá; idos con nosotros esta jornada, que andáis acá misereando. Haced esta jornada, que, según fama, habemos de fallar las casas con las tejas de oro, e todos vernéis ricos e de buena ventura.

Dió Martín Alonso a la empresa el alma impulsiva, le dió la espontaneidad. También el fulgor auroral de esto que se llama «el sentido heroico». Porque Martín Alonso y aun Vicente Yáñez, más reconcentrado y subjetivo, eran perfectos ejemplares de lo heroico hispánico, que se compone de desprecio estoico, de serenidad, de una especie de ataraxia senequista que con una dinámica del camino, por extrañeza, se alía, y también de apetito de poder. Igualmente, de una voluntal indomable que repugna doblegarse, actitud que crea los más ilustres hechos y también, a veces, los más descoyuntados y abyectos. Pero crea. El que alguna vez cree en fortuna y «hacia arriba», hacia lo que es en cada tiempo el ideal social de entonces, la superación esperada, absolverá a este carácter de todas sus irre-

gularidades y caídas. Posiblemente, las discordias veladas que hubo entre Colón y Martín Alonso eran efecto de esta postura vertical del español. Él sabía que todo aquello era posible, en una parte decisiva, porque él estaba allí. Vicente Yáñez lo seguía, lo amaba; era algo más joven que él. Como era un embebecido en sí mismo no chocó tanto con Colón. La mentalidad de Colón era la del egoísta iluminado. Esta iluminación, a veces hasta supraterrena, lo absuelve de sus culpas humanas. Además, era el entusiasmo trascendental. ¿Quiénes podían estar con un poco de altivez al lado de este gigante irregular, que no fuesen ellos mismos un poco gigantes también?

Pero, además, los Pinzones pusieron en la obra colombina inicial una porción de bienes materiales, que contribuyeron a hacerla posible. Es hecho histórico indisputable que, desde las primeras conferencias celebradas en La Rábida entre Colón y Martín Alonso, a presencia de fray Juan Pérez, del regidor de Palos, Diego Prieto, y del físico, o médico, de la misma villa Garci-Hernández, el paleño puso a disposición del extranjero la moneda de que el extranjero carecía. Cierto es que los historiadores de mucha afección colombina han negado esta asociación económica que posiblemente hubo entre Colón y los Pinzones. Fray Bartolomé de las Casas la niega, y hasta razona y ágilmente argumenta su negativa. Pero sea o no cierto que primitivamente Martín Alonso diera sesenta escudos de oro a Colón para que pudiera trasladarse al campamento de Santa Fe, ¿quién podría hacer contrarias hipótesis sobre de cuál fuese el dinero con que el genovés fué allá y el genovés no tenía? Porque la segunda vez que Colón va a Granada, llamado por la Reina, tras la ardua conferencia que Isabel tuvo con su antiguo confesor y guardián de La Rábida, fray Juan Pérez, provisto fué de una libranza que la Reina le había girado. Mas, ¿no también del dinero de Pinzón? El mendigo, ilusionado y con fastuosidades psíquicas de emperador, que Colón era, halló en los Pinzones unos a modo de banqueros prestamistas sobre la

fe de su palabra y la realidad algún día de los sueños que ahora pregonaba. Es muy verosímil que tuvieran entre ellos íntimos pactos, a virtud de los cuales, según se dice, Colón habría de compartir sus ganancias de la primera expedición, y aun quién sabe si la prórroga de algunas más, con la familia Pinzón. Cuando el Rey D. Fernando volvió de Nápoles en 1508, un hijo de Martín Alonso, nombrado Juan Martín, puso pleito a los herederos del Almirante para hacer efectiva la partición por mitades del lucro que su padre con el genovés había convenido. Fray Bartolomé de las Casas se enciende de ira contra el supuesto de este convenio, porque le parece inexplicable que no hubiere ejercitado sus acciones Vicente Yáñez, que vivió tantos años después del de 1492 y que era hombre de pro y de mucho influjo en la Corte. Pero también es verdad que el pleito se siguió y terminó porque Juan Martín Pinzón renunció a sus derechos en favor de la Corona, que aceptó y acogió la renuncia por ministerio de su fiscal, el licenciado Juan de Villalobos. Y habrá que pensar, con un poco de buen juicio, que la Corona no iba a recoger como propias puras audacias procesales del hijo de Pinzón. La octava parte de las expensas de la armada descubridora que Colón había de aportar, según los pactos de Santa Fe, para tener el correlativo derecho a la octava parte del oro, piedras preciosas y especias, es menos que dudable que salió de las rancias gavetas de Martín Alonso. Y he aquí que quien da el dinero, tan necesario para las mismas obras del espíritu, da un pedazo del espíritu también.

Sí; la llamarada del espíritu la dió también Martín Alonso a la áurea quimera del Descubrimiento, que para él quimera no era. No es probable que Pinzón hubiere asistido a aquellas conferencias de la Rábida, que ocurrieron, cuando Colón llegó a España, por los años de 1486, entre él y fray Antonio de Marchena, visitador de las Casas Franciscanas de Andalucía, de las que se originó la carta de presentación del genovés dirigida por Marchena a fray

Hernando de Talavera, primera introducción del nauta en los altos estados del reino. Pero sí fué platicante decisivo en las conferencias acaecidas con fray Juan Pérez y el médico, casi cosmógrafo, Garci-Hernández; estas conferencias, que son la «historia privada» y decisiva del primer descubrimiento, en tanto las públicas de Santa Fe no fueron, en verdad, sino resonancia de aquéllas y lejanía afirmativa. Martín Alonso creía también en el «camino de Occidente», sin haber mediado para él cartas de Toscanelli al canónigo lisboeta Fernam Martins y sin estar su frente arrebolada por la leyenda posterior de las profecías. En el ánimo de este español, la mayor empresa de los siglos también estaba en germen vivo, quizás algo soterrada debajo de un espeso humus, pero en deseo impetuoso de sobrevenir a la superficie. No es un cooperante de Colón por agio mercantil o por veleidad aventurera, sino porque a fondo razona *aquello*, quizás con más objetividad científica, por así decirlo, y menos mezcla de alusiones bíblicas que el mismo Colón. En el pleito habido entre los herederos de Colón y la Corona, el fiscal Villalobos preguntó a los testigos cómo sabían que antes que el Almirante hiciese el descubrimiento de las islas e Indias del mar Océano y aun antes que el mismo Almirante lo pusiese en plática y en obra, «Martín Alonso Pinzón, vecino de Palos, tenía avisos y noticias de las dichas indias del mar Océano por una escriptura que había traído de Roma, de la librería del Papa Inocencio VIII, y que por virtud de la dicha escritura, el dicho Martín Alonso Pinzón había puesto en plática y trataba y aparejaba de ir a hacer el descubrimiento de las dichas islas indias del mar Océano, a su costa, con tres navíos suyos que tenía, lo cual era antes quel dicho Colón tuviese noticia de las dichas islas, ni tratase de las ir a descubrir, y que esto es así pública voz y fama común, y general opinión entre las personas que de lo susodicho tienen noticia». A esta pregunta, que casi constituía a Pinzón en precursor del genovés y en una especie de generoso colaborador de la obra colombina, en favor de la cual

cede su primacía y personal empresa, contestaron afirmativamente muchos testigos. Y estos testigos eran de los mismos sobrevivientes que habían ido en la naves o de los muy allegados a los primeros tratos de Palos. Así, y aunque sea en el día de hoy certidumbre histórica irrefutable que de las tres naves descubridoras ninguna era de la particular pertenencia de los Pinzones, Martín Alonso, jerarca primero de la familia y padre respetable de todos por el prestigio y la docencia, se nos dibuja, en esbatimento de radiosa aurora, como el codescubridor, que sobre comportar gran parte del esfuerzo físico y moral de la obra, la colorea por dentro con las lumbraradas del espíritu hispánico.

Éste es Pinzón. Nunca fué demasiado rica su casa, aunque se haya propalado la especie contraria. Cuando Colón aparece en Palos y él se le asocia, ya es hombre entrado en años. Frisa en los cincuenta y tres de su edad. En aquel tiempo, en que los hombres eran más precozmente viejos de ánimos que lo son ahora, y hasta quizás, por la carne, más pronto cansados, Martín Alonso aceptó la empresa de Colón como propia con una festinación juvenil. Tamaño de héroe declara esta alacridad de mozo en hombre ya maduro, y aquel dar de lo que se posee, en las mismas lindes de la vejez, no siendo tanto como de público se supone, con un igual arrojo aventurero y moceril. Buenas observaciones son éstas para la psicología del personaje. Y si una biografía es una psicología también, he aquí toda una psicología. Había nacido por los años de 1440. No fué, posiblemente, un heriditario rico. Era, cual los más de los hombres fuertes, un hijo de sus obras. Joven aún, poseyó una nave, lo que por entonces era fortuna no corta, valorable en los trescientos o los cuatrocientos mil maravedís. Llegó así a patrón marinero por el celo de los juveniles ahorros. Toda la familia se levantó a par suya. En los siglos pasados, la familia no era sólo la comunidad de un apellido, sino también una comunidad económica. El bien de cada uno, más o menos latamente, era el bien de

todos. Así, Vicente Yáñez y Francisco Martín se dieron también a los trabajos de la mar. Hacían estos marinos la navegación de cabotaje a Portugal, y luego, las más ágiles, a la costa de África, y en competencia con los portugueses, quizás llegaron en más de un periplo a Guinea. Tal vez hacían negocio de trigos al país luso, ejercicio en el que los Pinzones persistían después de muerto Martín Alonso, cual acredita una provisión de los Reyes Católicos, y por las costas de África, el de los perfumes y el marfil. Eran ya gente más que medianamente rica, pero no tanto que en Palos no hubiere hidalgos de más doblones que ellos. Cuando Vicente Yáñez tornó de su viaje a Tierra Firme, se probó que había en Palos quienes podían más en la Curia que los Pinzones, y ellos salieron en bien del asalto de los acreedores influyentes gracias a la justicia y favor doblemente con que los ampararon los Reyes. Pero, en fin, Martín Alonso poseía esa riqueza media, que vale por un orgullo y por una independencia. Entonces se decidió a su viaje a Roma, al parecer impulsado de su deseo de ciencia cosmográfica, y porque la inspiración de grandes cosas, arrebatándole de su medianía mercantil, le tremecía por dentro, como la paloma Atmán de los Vedas, si alguien pudiera tenerla prisionera entre las manos. Allí reconoció la librería de Inocencio VIII, porque tenía la amistad de un familiar papal. Allí adquirió, si no noticias exactas del Occidente incierto, sí el sueño dorado del tal Occidente, bien en ese mapamundi que cita el fiscal de la Corona, bien en un librillo, más o menos probable, que se intitulaba «Avisos para saber la navegación de las Indias». Así, cuando estuvo frente a frente de Colón, en su primera entrevista con él en la Rábida y a presencia del fraile guardián—y de los aires azules en que se colorean las riberas del Tinto, llegaban al balcón de aquella celda humilde y solemne los más vivos presagios de anunciación—no era Martín Alonso un novel en cosmografía imaginada, sino un cierto maestro de esa ciencia de sospechas, que pronto iba a trocarse en ciencia de abrumadoras realidades. Los

dos hombres se miraron, a presencia del fraile, como en un duelo de espadas, según está escrito en estas páginas, para otro futuro encuentro de ellos mismos. Había una especie de electricidad psíquica de signo contrario entre los dos. Pero pronto la común opinión de tierras ignotas situadas allende estos mares occidentales y las discusiones, que a los dos también eran comunes, a propósito de Estrabón, Séneca, Posidonio de Apamea, Marino de Tyro y Nicolás de Lyra—¡y aquellos primeros in-folio impresos, que había en la celda de fray Juan!—les trabaron la otra electricidad de igual signo del afecto.

De ahí se dedujo, con precisión gravitante, todo lo demás: el poema de hexámetros no escritos, pero, empero, más rumorosos de oleaje que todos los hexámetros de todas las Odiseas; el Poema y la Realidad, monstruosamente erigida allá.

Esto era en el otoño de 1491.

DE LOS SUCESOS PRECEDENTES AL DESCUBRIMIENTO Y RETRATOS Y CARÁCTER DE LA FAMILIA PINZÓN

La Reina ha librado veinte mil maravedís de su peculio privado, probablemente a un cambista de Palos, para que los pague a Colón, de manera que él pueda presentarse con dignidad en la Corte. La atroz miseria de Colón, que comen él y su hijo de la caridad de un convento, es bien conocida de la Reina. Y así acude a remediarla. Colón se encamina entonces a la vega de Granada, en los mismos días que de Granada regresa, próximamente, fray Juan Pérez.

El nombre de fray Juan Pérez ya no es citado en las posteriores negociaciones de Santa Fe. Ha plantado su verdad en suelo fértil y al aire turbio de la Corte, le ha dado calor en el pecho de Isabel, como se haría con una flor de invernadero, entre tantas gentes descreídas o burlonas, y torna a su retiro de la Rábida. Atraviesa no más que por un día las anchas perspectivas de la historia colombina; pero ese día lo decide todo. Se dice que Colón, entretanto, iba hacia Granada, imbuído de un nuevo amanecer de sus entusiasmos. Aunque hombre muy maduro, era como un niño. Esta puerilidad superior no era simpleza, sino espontaneidad casi divina de alma, por misterio más cercana de la fuentes originales de la vida que en otros, superhombría. Ahora hallará amigos nuevos, de los que él no esperaba, en el campamento de Santa Fe. Son los

recientes entusiastas. He aquí algunos: Jaime Ferrer, nombrado el de Blanes, por tener vecindad constante en esta gerundense villa marinera, aunque él era nacido en Vidrieras. Una estatua barcelonesa lo muestra con su ropón de doctor y su gorro casi de alquimista. Era hombre de navegaciones, pero aun más de gabinete. El Rey católico, que tenía una confianza apasionada en las gentes de su reino catalán-aragonés, le hace consulta sobre el proyecto colombino. Ferrer declara que él haría lo mismo que suscita Colón: él navegaría hacia Occidente. He aquí un amigo científico que Colón no esperaba. Luego, este mismo Ferrer, el Blandense, dará su laudo en la cuestión del meridiano de Tordesillas. ¿Erró? Argensola atribuye enteramente a él la sentencia, con exclusión de los portugueses Ruy de Sousa y Arias de Almada. Escribió cartas. «Letra feta als molt catholics reys de Espanya», «Letra de mossen Jaume Ferrer feta al almirante de las Indias, Christofal Colón».

Otro amigo nuevo del genovés era Pedro de Margarit, hijo de Luis de Margarit, prócer catalán que en el mismo año anterior de 1490 había ido a Sicilia como embajador del rey aragonés. Era un mozo astuto y robusto, un almogávar con cota fina de acero y dalmática de terciopelo, cuando era fiesta, sobre la cota. No era un profesor de doctrinas, sino un paladín de los hechos arriesgados. Creyó en Colón por imitación de lo heroico, por contagio psíquico. En las antesalas, delante de la misma puerta de los Reyes, dondequiera se le podía oír, clamaba por la verdad de la quimera del extranjero, y si se le preguntaba:

—¿Por qué pensáis así, mossen Pedro Margarit?

Él respondía:

—Porque todavía no he visto nada en el mundo que sea hermoso y que a la vez no sea posible.

Años más tarde fué gobernador del Fuerte de Santiago en la comarca de Cibao, de la Española. Llevaba por delante de su camino, siempre erigido en la lontananza e impulsado por su ilusión, un celajo, bien punteado de estre-

llas. Mas cayó. Cayó en sensualidad y en bajas pasiones. Sus días últimos de la Española no fueron de tan limpia altura moral como estos en que manifestaba sus entusiasmos por el genovés.

¿Quiénes otros amparaban ahora los proyectos de Colón? Nada menos que el cardenal Mendoza, el segundo rey de España, según se le llamaba; Luis de Santángel, el tesorero de Aragón; Pinelo; el conde de Tendilla...

Pinelo estaba empleado en la Contaduría real. El conde de Tendilla, titular de un condado reciente, creado en 1465, era el hombre pragmático; buen administrador de sus caudales, también administraba buenos consejos en el aula de los Reyes. Era poeta del sentimiento, si no poeta del verso. Y he aquí cómo estos hombres, que coadyuvaron a extender el nombre de España por el planeta, eran poetas de palabras algunos; los más, poetas de hechos; en resumidas cuentas, poetas todos.

Personaje histórico, de perfil neto y carácter sin complejidad, era Luis de Santángel. Era el mejor creyente en Colón y el gran aliado de su causa, porque, con florines colocados sobre la mesa del Rey, decidió felizmente de la expedición. Era de estirpe hebrea, converso y, según las más nuevas investigaciones, valenciano, no catalán. Casó con mujer hebrea, que también había recibido el bautismo, dama de extraño nombre: Juana de la Caballería. Como todos los de su raza, tenía aptitudes financieras, comerciales. Y, como los de su raza, se daba a actividades de publicano. En su juventud había tenido plaza en el almojarifazgo de Valencia, que cobraba el impuesto sobre la entrada de las sedas de Lombardía. Luego había sido escribano de ración en la Corte aragonesa. Conviene saber que el escribano de ración era el funcionario que llevaba cuenta y data de los oficiales de la Casa real, sus devengos y servicios. El año de 1491 estaba en Andalucía, cerca de los Reyes, y desempañaba la Tesorería de la Hermandad de Sevilla. Era hombre de rostro ganchudo, la ropa siempre muy

usada, por no aparentar riqueza, aunque la tuviera; leal, como un can a su amo, al rey de Aragón.

Mientras Colón se hacía, aunque sin que pusiera parte en el hallazgo su voluntad, de estos nuevos amigos, ¿qué era de los otros que habían quedado en Palos: Martín Alonso Pinzón, Francisco Martín, tan eficaz parcial del genovés como su hermano Martín Alonso, Vicente Yáñez Pinzón, un poco siempre huído y como en distracción, temperamento arduamente disciplinado; el médico García-Hernández, el regidor Diego Prieto?... Convocados frecuentemente a consejo privado por fray Juan Pérez, mantenían en vigor las más solemnes esperanzas. Ellos eran la «historia privada» del antedescubrimiento, a diferencia de los otros, los del campamento de Santa Fe, que eran la «historia pública» del mismo magno suceso. Bien es verdad que entre Martín Alonso y Colón se había producido desde los primeros días de su encuentro una especie de fricción, o mansa hostilidad. Pero Martín Alonso la encubría hábilmente, mas no tanto que de ella no se hubiere percatado Colón. Empero, Martín Alonso estaba del todo dado a la empresa del genovés... ¡Si era, en mucha parte, aquello mismo que él había soñado en años lentos de su juventud, aquella «quimera realizable» para la que había ido a buscar enseñanzas y sugerencias nada menos que a los archivos del Papa de Roma! Por otra consideración, la de la práctica de las navegaciones, él llegaba a los mismos resultados que el extranjero, pues él también había navegado mucho, tal vez a Tule misma y a África, y muchas veces a Inglaterra, y sabía que aquellos mares no eran el misterio inagotable, sino el misterio al que se podía vencer, y que para ir hacia adelante y llegar al otro hemisferio—y descubrir lo que en él hubiese, que siempre sería de gran sorpresa— no hacía falta más que corazón. Y alguna ciencia, Pues, qué, ¿no la tenía él tanto como aquel ilustre advenedizo, al que, al par, admiraba y comenzaba a odiar? Hay una «altura» en el carácter de este hombre, Martín Alonso Pinzón. No odiaba a Colón, porque ya, antes

de comenzar la gran empresa, estuviese por delante de él, sino porque era extranjero, por muy hispanizado que Colón se supusiese. No era bajo rencor de envidia el que sustentaba, sino pasión de español. Él hubiera querido que el capitán de la armada que había de formarse fuese, de no ser él mismo por español, otro español cualquiera. Sin embargo, su amor «de lejanía», su apasionamiento por la empresa, que él vagamente había entrevisto, y que ahora otro iba a encabezar, era tanta que estaba presto a sacrificarle lo que fuere preciso de su hacienda, como demostró poco después.

Colón, en tanto, ya estaba en Santa Fe. En un frío palacete de cal y canto, aún húmedo, que se había erigido en la plazuela de tal villa—toda ella construída a cordel, por imitación de la de Brihuega, que era famosa en Castilla por esta regularidad—se congregó una Junta más, después de la precedente de esta misma Santa Fe y de la pedantesca y sonora de Salamanca, que las dos habían dictaminado contra el genovés. La verdad era que la primera junta que hasta entonces había dictaminado en pro de Colón era la privadísima junta del convento de la Rábida, en la que el encendido entusiasmo había sido el de fray Juan Pérez y la solicitud científica, por así decirlo, había sido la de los Pinzones y Garci-Hernández. Esta otra junta, solemne y regia, la presidía en persona el cardenal Mendoza. Su hábito purpúreo irrumpe, en ramalazo de color, por entre los pardos tabardos de los magnates, hombres de guerra, que así visten en esta granadina vega invernal. La cámara es parda también. La Corte hace palacio donde quiere. Basta pender un tapiz de hilillo de oro, que represente un poema de Alexandre, o una vida de santo, de una pared; poner en orden algunas hamugas, cual las que estaban ya en palatino uso en tiempos de D. Juan II; encender dos o tres candelabros de plata. La realeza es austera, insigne y pobre. El genovés, pecoso, rosado, luchando entre el rubor y la palidez, tiembla de anhelo. No le es posible una perfecta serenidad. ¡Si es que allí está resolvién-

dose ahora todo el negocio de su vida! Mendoza habla descubiertamente en favor del plan colombino. Se interroga a Colón acerca del costo de la empresa. Bastarán millón y medio de maravedís castellanos, o veinte mil florines de Flandes. O trescientas mil coronas. Ríen los junteros un poco de una especie de ingenuidad ambiciosa, que en asuntos de moneda padece el genovés. Le piden que cuente por ducados. Pero el gasto no importa. Aunque esté en penuria el tesoro castellano, ya proveerán los Reyes. El conde de Tendilla disipa todo escrúpulo que sale al paso. Fray Hernando de Talavera, ahora obispo de Ávila, y que pronto será arzobispo de Granada, alienta todas las esperanzas en favor del viajero. Fué escéptico en Salamanca, pero ahora ya no lo es. Mendoza no retrocederá un punto en su adhesión al navegante. Ya no se piden consejos al texto de Nicolás de Lyra ni a las sombras de Séneca o San Agustín. El proyecto está definido, y se habla sólo de la recluta de marineros y de maravedises.

Y a pocos días es la primera audiencia privada que Colón tiene con la reina Isabel. La estancia es parca; el decorado, elemental. Han encendido un brasero de cobre a los pies de la Reina. Hay una dama nada más junto a ella. Un paje a la puerta. Hablan del costo de la armada y de negocios que parecen muy positivos. Pero en ella—como en él—, por detrás de este aparato prosaico, se aviva y levanta el sueño genial de llevar a Cristo a las ignoradas regiones, que nunca supieron de su nombre. Colón platica a propósito de sus dolores y esperas, de sus años de carcomidas esperanzas. «*Puse en estos seis o siete años de gran pena*—escribirá él después en la carta de relación de su tercer viaje—*amostrando lo mejor que yo sabía cuánto servicio se podía hacer a Nuestro Señor en esto de divulgar su santo nombre y fe a tantos pueblos.*» La Reina comparte tal pasión proselitista, como se aventa una llama.

—He aquí, hombre de Dios, que mis reinos para esto te pertenecen—hubiera ella dicho, y no hubiera hecho sino la traducción a palabras de sus más íntimos anhelos.

El desbordamiento misional de lo hispánico, que Colón inicia, fué la inefable alianza que siempre hubo entre él y la Reina. Y Colón hablaba de sus amigos constantes, los verdaderos y sin condiciones... «... *Porque todos los que habían entendido en ello y oído esta plática, todos a una mano lo tenían a burla, salvo dos frailes que siempre fueron constantes...*» ¡Sólo Fray Juan Pérez y Diego de Deza habían creído en él! También Marchena; ¡pero Marchena está ya tan lejano! En un dulce clima íntimo, de adhesión reverente por parte de él, de abundante alma sentimental por la de ella, termina esta primera audiencia. Las negociaciones empiezan en seguida, y las lleva, por los Reyes, el secretario Juan de Coloma, según se refiere en la cédula de préstamo de Luis de Santángel, que existe en el Archivo de la Corona de Aragón. El tesoro de Castilla estaba en aquella sazón casi agotado, a causa de la guerra granadina. Mas la Reina tenía la fe. Sugirió inmediatamente que las expensas de la expedición fuesen sufragadas por la Corona de Aragón, que no estaba en penuria. Francisco Pinelo y Luis de Santángel, gobernadores de la Hacienda aragonesa, pusieron los fondos suficientes a disposición de los monarcas. Mas el Rey Fernando persistía en sus escrúpulos. Es tradición constante, recogida por Juan Bautista Muñoz, por Herrera, Navarrete y el mismo Fernando Colón, hijo del almirante, que escribió de su padre, que la Reina, ante las dubitaciones de Fernando, exclamó así:

—No expongáis el tesoro de vuestra corona de Aragón. Yo tomaré esta empresa a cargo de mi corona de Castilla, y cuando esto no alcanzare, empeñaré mis alhajas para acudir a los gastos...

Estas palabras han dado origen a la frecuentada fábula de tal pignoración a los banqueros hebreos, especie cómica que el alma romancesca española ha querido exaltar como a lance de poema, y que los escritores de la leyenda negra han comentado a su gusto, hiriendo con su colmillo en la triste pobreza española. No hubo préstamo sobre alhajas,

sino de una Hacienda, la aragonesa, a otra, la castellana. Ha esclarecido bien el caso el historiador don Antonio Aulestia y Pijoán. El documento probatorio dice así: «En el mes de Abril de 1492, estando los Reyes Católicos en la villa de Santa Fe, capitularon con don Cristóbal Colón para el primer viaje de las Indias, y por los Reyes lo trató su secretario, Juan de Coloma, y para el gasto de la armada prestó Luis de Santángel, escribano de raciones de Aragón, diez y siete mil florines.» Conviene entender que Luis de Santángel no era prestamista en su condición particular, sino en su carácter de administrador de la Hacienda del reino. Castilla reintegró el préstamo a Aragón en el año siguiente, y el Rey Fernando donó a Santángel, a guisa de merced y premio, la suma de quinientos florines, y luego treinta mil sueldos aragoneses, con ocasión de la boda de una hija de Santángel con el magnate Angel de Villanueva. Tales diecisiete mil florines equivalían al millón ciento cuarenta mil maravedises castellanos, que fué el costo de la Armada. Si se piensa en que un maravedí era la treinta y cuatroava parte de un real de Vellón, los asombros contemporáneos—de la opinión de ahora—a propósito del escaso gasto del Descubrimiento, no necesitan de explicación.

Pero en seguida, Colón, asegurada la efectividad de su obra, presenta el capítulo de los gajes y preeminencias que él habrá de comportar. Son éstos: se le nombrará almirante perpetuo del mar Océano, dignidad que pide para sí y sus descendientes hasta que el mundo concluya y los hombres sean llamados a juicio; se le hará virrey, a él y a sus sucesores, de todas las nuevas tierras que fueren halladas, y poseerá la facultad de presentar tres nombres para todo empleo en Indias; entre estos tres nombres, el Rey escogerá; tendrá monopolio industrial y comercial en todos los países que sean descubiertos... Item más: Colón será juez de las causas mercantiles en sus territorios; obtendrá la quinta parte del valor de las mercancías que de Indias fueren traídas y la décima de los metales y piedras preciosas, tanto como la octava de los beneficios de la pri-

mera expedición descubridora. Tan dilatadas pretensiones suscitan las repulsas del Rey. Pero no hay menuda palabra, objeción al oído, ni aun ruda voz en presencia de los del consejo que hagan dimitir a Colón en algo de sus propuestos pactos. Por fin, las pretensiones de Colón son rehusadas, y el hombre, enloquecido de ambición, parte de Granada con la cabeza en alto, el tabardo corcusido y algunas monedas hasta mañana en la escarcela. Él es el Enviado, se repite para sí mismo, mas, según parece, no sólo a llevar la Fe de Cristo a luengas tierras, sino también a ser más opulento que el Rey de Lidia. Constantemente le suena en el alma la promesa de Isaías, que a sí mismo se aplica. «Las aguas se abrirán y se amansarán para ti...» Definitivamente, rompe con Castilla. Tal es su decisión. Y en esto está recostado al borde del parral de un morisco mesón. Es en Pinos Puentes. Y aquí le da alcance un emisario de la Corte, que ha salido en su busca y a uña de caballo. Trae un pliego real. Se manda a Colón que retorne. Sus estipulaciones han sido aceptadas. El corazón de Isabel ha mandado; pero Fernando mira al insolente un poco al través. Se firman las capitulaciones el día 17 de abril. El 30 de abril, sus pactos adicionales y la expedición de título. Ya es Colón «Visorrey y gobernador perpetuo de todas las islas y tierra firme que yo descubriese y ganase, y de aquí en adelante se descubriesen y ganasen en la mar océana...». ¡Para siempre, para siempre, lo que ganasen todos! ¡Ambición impositiva, a fuerza de querer ser positivista! El 12 de mayo sale Colón de Granada, portador de mandamientos reales por los que se ordena a la villa de Palos que se armen tres naves y se pongan a la disposición del presunto descubridor. La villa de Palos había de hacer pagos a la Corona, a manera de multas fiscales, a causa de subversiones y querellas contra la autoridad real, que en ella se habían producido.

Y ahora entran en función los hermanos Pinzón—tan eficaz función que sin ella el descubrimiento no se hubiera operado—. Anhelaban ellos la victoria del genovés en la

Corte, por la parte de sentimiento patético y de patriótico lujo de alma que en la empresa habían puesto desde los días de las primeras conferencias en la Rábida. Tal vez no amaban demasiado a Colón, pero amaban su obra posible. Ellos son, Martín, Vicente y Francisco, los verdaderos coautores del Descubrimiento, que sin ellos quizás se hubiese frustrado. Antes que otra cosa hay que hacer la recluta de los tripulantes. ¿Quiénes irán a este viaje, a subir por obenques, a cruzar tempestades, a la conquista de una luminosa, purpúrea locura? No hay dinero; no hay hombres voluntarios a la recluta. Aquello, según se dice en la plazuela de Palos, y en los corros de marineros, que paladean su vino del Condado de Niebla, es «tentar a Dios», enfrentarse con los augustos secretos de Dios. ¿Quién vencerá esta actitud encogida de la gente marinera? Los Pinzones, armadores ricos, en los que la gente tiene fe, que no en el advenedizo Colón, en quien nadie cree allí, como no sean los Pinzones mismos. La recluta se hace «por autoridad social» de los Pinzones. Ellos van de corro en corro y alientan a la posible marinería; ellos les infunden la fe; es decir, les dan todo, todo lo que es necesario para que un hombre pueda marchar por mar o por tierra: la credibilidad. Y el «color» y vehemencia del alma. El extranjero Colón, aunque ya tan hispanizado, no tiene blanca, ni siquiera moneda de vellón, con que sufragar el costo del octavo de la expedición, que él ha de poner, pues es socio de la Corona, por igual porción de los beneficios, según él ha exigido en sus capitulaciones. Los Pinzones llaman a sus casas al fabuloso mendigo. La estancia es parca; los muros de cal, desnudos; el bufete, sólo cubierto de vellorí. Un largo velón aceitoso arde allí. Y allí le cuentan ellos las monedas necesarias para que él sufrague su octava parte de los gastos. Hay que avituallar las naves, comprarlo todo, desde la pólvora hasta los mantenimientos. Sin estos hombres, los Pinzones, sin su dinero y su experiencia de las cosas de la mar, sin su influjo psíquico sobre sus parientes, deudos, criados y el vecindario todo de Moguer y Palos, a pesar de

la cédulas que mostraba con las firmas reales, hubiera sufrido incontables lentitudes y dificultades en el armar las naves y dotarlas de tripulación. La confianza que en la multitud ribereña provoca Martín Alonso, que, según refieren todos a sovoz de unos en otros, ha estado en Roma y ha traído de la librería del Papa un «mapa mundo para saber las regiones e provincias», alienta la fe en los pechos otra vez y otra vez, y disipa las redes de araña brumosas que a la gente les tapizaban la imaginación. Por los Pinzones, la obra del Descubrimiento se hace enteramente española en sus tres dimensiones de altura, anchura y profundidad del propósito. El centenar aproximado de hombres que sigue a Colón al Descubrimiento es todo de españoles—fueren noventa, según asevera Bartolomé de las Casas y se lee en la lápida sepulcral de Fernando Colón, fueren ciento veinte, cual aseguran Oviedo y los demás—. No hay en la tripulación más que cuatro reos de muerte, a los que se les conmuta la pena capital por el alistamiento. Lo que vale tanto como decir que los que voluntariamente van lo hacen con entrega de su vida. Y éstos son los que no saben cuántos espacios y grados hay de estas costas a Cipango o Catay; no saben más sino que van a navegar a donde nadie fué, a zonas de mar que concluyen en el caos primordial o en la Mano de Satanás, «pulmón del universo», en opinión de muchos. Y no tienen otro hilo de fe que la palabra y seguridad de los hermanos Pinzón. Y van. Los Pinzones, en este punto y hora, reabsorben psicológicamente, por así decirlo, toda la empresa española, y Colón en ella es un español más. Tal es la posición sentimental de Colón, con toda la solemnidad de su Almirantazgo.

Hay, sí, cuatro forzados en la tripulación que, cual dicen las cartas de indulto, «ponen sus personas a mucho peligro». Ellos nos dan la medida más que humana de los otros cien que van de su voluntad. Y aun más, la medida ya en linderos de lo heroico, de aquellos que, cual los Pinzones, aun al riesgo de sus personas añaden el riesgo de su hacienda.

Las naves son tres, ¿quién ignora esto? Una, la llamada por Colón la *Capitana,* y también la *Marigalante,* y más famosamente, la *Santa María,* pertenece en propiedad a Juan de la Cosa, montañés, que hace el comercio del Sur atlántico. Esta embarcación es ofrecida a Colón en pacto de derecho privado. Bien andaría en ello Martín Alonso Pinzón, y entre el barbudo La Cosa y el rasurado Colón, y en tratos, adobados con un vaso de vino. Se trata de una nao, o nave mayor. Tiene cubierta, tres palos, velas redondas, castillo de popa y esa especie de sollado que tenían las naves de altura en el espacio de proa. La *Pinta* es propiedad de Juan y Cristóbal Quintero, vecinos de Palos, y es tomada por embargo real. Es una neta carabela; tiene velas latinas; tres palos también, pero sólo el mayor es robusto y con su cofa o gavia y su juanete. El proel es corto y débil, y el de mesana, mero fuste de maniobra. Fué, empero, la más velera y la de más camino de las tres naves. Tiene castillo a popa, pero su proa se afina, sin cubierta, como la de una barca de remos. La *Niña* es de la propiedad de Juan Niño, viejo y rudo marinero. Es tomada, asimismo, por secuestro. Se trata de una carabela de mástiles cortos, y son tres, pero sin juanetes, ni gavias. Lleva velamen redondo en los tres palos y es ágil de líneas, abundante de cordaje o jarcias; muy fácil en plegar y desplegar las lonas. Cien toneladas desplaza la *Santa María;* las otras dos, apenas ochenta. En la *Santa María* van con Colón, Sancho Ruiz, piloto, que es hombre de pro; Diego de Arana, alguacil mayor de la Armada; Rodrigo Sánchez, de Segovia, veedor y contable; Rodrigo Escobedo, escribano real; el físico, o médico de Palos; maese Juan, el cirujano, poco más de barbero; el marinero de Lepe, que aun antes del grito de Rodrigo de Triana, lanzado desde la *Pinta,* verá tierra en la noche del 11 de octubre; Juan de Torres, que hará de intérprete cuando se llegue al Catay, pues sabe hebreo, por hebreo él mismo, y otras lenguas orientales; «sabía did que hebreo, caldeo y aun algo de arábigo»;

Juan de la Cosa, maestre de la nave, el autor del primer mapa de Occidente...

Martín Alonso Pinzón capitanea la *Pinta*. Con él va de maestre Francisco Martín Pinzón, su hermano; como piloto se embarca Cristóbal Xalmiento, hombre cachazudo y tenaz; están a bordo Juan y Cristóbal Quintero, propietarios de la nave, que quizás son los únicos que van un poco a disgusto, y Juan Rodríguez Bermejo, o Rodrigo de Triana, el del grito de ¡Tierra! Vicente Yáñez Pinzón manda la *Niña*, y con él van Bartolomé Roldán, en función de piloto, y toda la larga familia de los Niños: Juan Niño, viejo dueño de la carabela, que no teme ir hacia mares desconocidos, a pesar de sus canas; Pero Alonso Niño, después famoso explorador por su cuenta de la Tierra Firme; Alonso Niño, que corre la aventura con su padre Juan, como Juan va muy feliz con su hijo al lado; otro Alonso Niño, con sus hermanos Francisco y Cristóbal, los tres sobrinos de aquel Juan y sus dos parientes colaterales, Bartolomé y Alonso Pérez Niño... Piénsese con la lectura de estos nombres cuánto es esta empresa ceñidamente española y aun ceñidamente peculiar de la ribera de Palos. Todos son paleños; todos son de allí, y seguramente—hay que escribirlo diez veces—la confianza puesta en la obra por los tres Pinzones ha dilatado la confianza a todos los demás.

Se perdió ha siglos el rol del equipaje de esta primera expedición oceánica. Hoy parece reconstituído, sin faltar nombre. Tampoco se sabía del salario que ganaban los hombres. Viejísimos papeles de los Pinzones, que eran los contables mayores del viaje—y frecuentemente las que contaban eran monedas que ellos mismos habían puesto en la empresa—, han dado noticia de algunos pormenores: Colón tenía el haber de seis mil y cuatrocientos reales al año; cada uno de los dos Pinzones, capitanes de naves, el de tres mil seiscientos; un marinero ganaba cincuenta reales al año, y para su alimentación se libraba en un mes la cantidad de veinticuatro reales. No son tan escasos estos estipendios como nos parecen, si se tiene en cuenta el

mucho valor de la moneda a fines de la Edad Media y el escaso de las mercancías. Precisamente es ahora, con el descubrimiento de América y el lanzamiento al mercado dinerario de grandes masas de metal, cuando se inicia el descenso del poder de compra de la moneda, que luego se va acentuando a lo largo de toda la época moderna.

Gracias a la eficiente intervención de los Pinzones y a su poder de captación—honrada captación, porque ellos incitaban a los otros a ir a donde ellos mismos iban—sobre la gente de Palos, a los dos meses justos de aquel día en que se leyeron las pragmáticas reales desde el púlpito de la iglesia paleña, estuvo la Armada apta para zarpar. Aún permanece allá, en el templo de San José de Palos, el púlpito de herrería gótica, dotado de un barandal en espiral, como caracol, y de unos pedúnculos y ramos vegetales. Palos es ahora aldea menuda; antes fué población más dilatada. Es villa hundida en una cañada, por la que vierten sus aguas a la ría las torrenteras de los cerros cercanos. Es de una alegría pálida. Los muros de cal, vistos de lejos, son puros paralelogramos de luz, casi sin materia. Las techumbres, que ennegrecen el valle, contempladas desde los próximos altozanos, son musgosas, tapizadas de hongos pequeñísimos de la humedad, y en ellas crece el amarillo jaramago. La iglesia tenía entonces una simplísima armadura de tijera, buena tablazón y viguería a la manera berberisca. La ría es plácida; en el eje del álveo penetra una hondura de no más de seis o siete varas cuando es bajamar. Playazos hay dondequiera; una isleta, la de la Santa, ría arriba; un estero, el de Nicoba, también allá, muy habitado por los peces del fango.

Tal era la ilustre villa, la más ilustre del planeta, exceptuada la magnificencia de las Romas y Parises, en que moraban los Pinzones, en casas antiguas y antiguos solares. Era una familia numerosa, en el árbol genealógico de la cual, y considerado el desigual silencio de los archivos parroquiales, es muy difícil seguir las líneas directas de descendencia y las colaterales de cada uno a causa del uso de

patronímicos arbitrarios, que no corresponden al nombre del padre respectivo, sino posiblemente al del padrino de pila. En la real provisión dada por el Emperador don Carlos a 23 de septiembre de 1519, concediendo escudo de armas nobiliarias a esta familia, se citan los nombres, patronímicos y apellidos de los solicitantes de la merced, como también los de aquellos antecesores de los pretendientes, de cuya fama, méritos y hazañas dimana la solicitada hidalguía. En 1519 ya han muerto todos los que se aducen como gloriosos mayores. Pensando que los grandes hechos de todos ellos son coetáneos o posteriores a la primera navegación colombina, hay que concluir apodícticamente que todos los citados están vivos en este año de 1492. Son los que siguen: Martín Alonso Pinzón, Vicente Yáñez Pinzón, Andrés González Pinzón, Diego de Lepe y Miguel Alonso, a los que la real provisión llama «capitanes, vuestros abuelos e padres y tíos y hermanos». ¿Por qué no se cita a Francisco Martín Pinzón, que fué en el primer viaje colombino a bordo de la *Pinta* y como su piloto? Tal vez por la circunstancia de que este hermano de Martín Alonso y de Vicente Yáñez no ejerció nunca de capitán, y el honor nobiliario pretendido de la gracia del Emperador sólo a capitanes era referible.

Martín Alonso es, en opinión de muchos, el más insigne personaje de esta familia. Verdaderamente, es el hombre segundo del Descubrimiento, y si Colón hubiere perecido en la tempestad del 14 de febrero de 1493, como el mismo Pinzón creyó por algún tiempo, en él hubiera recaído todo el honor del descubrimiento. He aquí una etopeya de Martín Alonso Pinzón, escrita por nosotros en páginas diversas a éstas: «Martín Alonso Pinzón es un hombre de alta talla, musculoso, avezado desde hace largos años a los vientos salados de la mar, que ponen atezada la piel como si hubiera sido trabajada en el noque de un curtidor. Hay alguna cosa, empero, de lívida en su mirada y en su gesto. ¿Le harán daño las ajenas glorias? No, ciertamente. Es ancho de alma, no menos que la amplitud orbicular de los océa-

nos que habitualmente contempla; tiene una altivez épica de español y una gran humildad cuando reza, como todos los marinos, a su Virgen del Carmen. Es el hombre más rico de Palos de Moguer, y el físico Garci-Hernández, y los regidores de la villa, que todos son pescadores y marineros, y los frailes franciscanos del cercano monasterio de la Rábida, le consultan en sus apuros e ignorancias de cosmografía, porque él, a más de un arduo navegante, es hombre sabedor y sumamente experto en tomar alturas con el astrolabio, y aun con la ballestilla si hace buen sol, y en dilucidar cuándo los vientos que vienen de las Azores traerán, o no traerán tempestad. Frecuentemente va hasta la Rábida para orar ante una imagen de alabastro que hay allí de la Santísima Virgen, y que fué rescatada de los moros, oculta en el álveo cenagoso del Tinto. Las márgenes de este río le son casi domésticas y familiares. Conoce uno a uno los pinos que hay a lo largo de las veredas, paralelas al agua, parecidas a caminos de sirga, aunque en este país de Huelva no se use tal cosa, ya que siempre hay buen viento y unas brazas de fondo para que cualquier batel pueda llegar a la barra de Saltes a cargar sal, o unas redadas de pesca, y regresar a Palos».

Este Martín Alonso tiene cinco hijos, con más una hija enferma de gota coral, lo que vale tanto como decir epilepsia. ¿Habrá en esta mujer enferma la traza de una herencia anormal, o genial? La noticia es de toda fe, porque la trae Navarrete recogida de una real provisión, que consta en el Archivo de Simancas, expedida por los Reyes Católicos en Granada y a cinco días del mes de diciembre de 1500. Nada menos que las que a seguido se citan, son las firmas que autorizan esta real provisión: «So. Episcopus Ovetensis, Felipus, doctor; So. licenciatus; Martinus, doctor; Licenciatus Zapata; Ferdinandus Tello, licenciatus; yo, Alfonso del Mármol; Alonso Pérez...». Son los señores de la cámara áulica de justicia, jueces y secretarios, que hay en la Corte. Arias Pinzón, que es el hijo primogénito de Martín Alonso, ha instado a la Corte para que se man-

de a sus hermanos que conjuntamente con él compartan la asistencia y alojamiento de la hermana enferma de gota coral, y si no se avienen a hacerlo así, que pierdan—«se desistan y aparten»—«lo que les cabe de los bienes de la dicha, su hermana». Parece que los otros no están muy fáciles a soportar la carga de la enferma, «los cuales diz que no lo han querido, ni quieren facer». La cámara de justicia provee de conformidad con el pedimento de Arias Pinzón. Y el texto de la provisión real nos certifica de cuántos son los hijos de Martín Alonso. Son ciertos los nombres de tres de ellos: este mismo Arias Pérez, el primogénito, Juan Martín, que es, sin duda, uno de los solicitantes del escudo nobiliario con el nombre de Juan Pinzón, y Diego Hernández, que aparece obteniendo en igual fecha de 5 de diciembre de 1500 un proveído real, y juntamente con Arias Pérez, «para que se les haga justicia en la villa de Palos en el pleito que les han puesto los que les dieron mercaderías al fiado para el viaje que un año antes habían emprendido con cuatro carabelas a descubrir por las Indias». Se trata de la navegación que estos hijos de Martín Alonso hicieron en 1499 al Brasil y a la costa de las Perlas, bajo la capitanía de Vicente Yáñez Pinzón, y en la que fueron hallados el Cabo de la Consolación, o de San Agustín, y las bocas del río de las Amazonas.

Sin duda, esta gente pinzónica era tanto agricultora como marinera. Eran marinos, como hoy lo son los gremios de pescadores o los armadores de buques mercantes: porque en la mar están el negocio y los recursos económicos. Pero también la de los Pinzones era una familia solariega, asentada, burguesía *nueva*, industrial y rica de villa. En los Pinzones puede observarse el antecedente, la genialidad y el modo de vida de la alta clase media española, verdadera espina dorsal de la nacionalidad, sin la aventura constante que fué propia de la plebe y sin la infatuación ociosa de la clase nobiliaria, siempre en el recuerdo, y mirándose en el espejo de su ya desaparecida edad caballeresca. Poseían viñas, olivares... Hay una propensión práctica, un

poco cazurra y escéptica en esta gente, y una vez idos los grandes nombres de Vicente Yáñez y de Martín Alonso, todos parecieron encogerse debajo de su concha, que aquí vale por decir su bienestar, como hace el caracol cuando el sol aprieta.

Vicente Yáñez era hombre en el ánimo heroico tan ancho y alto como su hermano Martín Alonso, pero padecía de unos resabios de indiferencia para la gloria y la ambición, en lo que no hacía sino coincidir con el «alma profunda» de su familia. Habrá que darlo por soltero, o mejor, solterón, porque ni títulos, ni estruendos de la fama, ni riquezas extraordinarias, que muchas veces tuvo al alcance de la mano, y siempre rehusó, con un magnífico desdén de alta calidad moral, lo decidieron nunca a tomar mujer. Y pudo tenerla de estirpe noble. La de su hermano, Martín Alonso, era, si no de condición noble, por lo menos hidalga. Se nombraba María Alvarez, gran paridora de hijos, y era mujer enteca, recia, oficiosa administradora de su casa. Quizás mujer demasiado positiva, aunque pareció decidida a los riesgos que acometía su marido cuando el primer viaje colombino. Mujer como ésta pudo tener Vicente Yáñez, y aun de más alta condición social, porque Vicente, por los años de 1510, no era menos que el piloto más querido en la Corte, el descubridor y navegante más excelso que entonces viviera, una vez desaparecido Colón, y el alcaide de los castillos que hubieron de erigirse en la isla de Puerto Rico, más poseedor de vegas, puertos y bosques en esta isla. Todo lo dió a cambio de un trato con un cierto Salazar, es decir, todo lo dió a cambio de su hastío y de su conformidad de anciano, máxime cuando seguramente—y ésta es una observación de índole psicológica, aun vista a gran distancia, que nos parece sutil—sus sobrinos, los hijos de Martín Alonso, esos que no querían tomarse la molestia de soportar a una mujer enferma, que era su hermana, más estaban por la apacibilidad mediana de su villa que por las altas empresas heroicas. Y eran ellos los justos y naturales herederos del heroico espíritu que había alen-

tado a su padre y tíos para implicarse en la más solemne navegación y hazaña que hayan contemplado los siglos. No quisieron; espiritualmente no pudieron. Esta especie de abulia filosófica—y la llamamos filosófica porque no era del temperamento, sino que del pensamiento era—apunta ya, con un recubrimiento total de ceniza, en el carácter de Vicente Yáñez, aun habiendo sido él un arriesgado navegante y un magno descubridor. Y aun el hombre que sacrificaba sus bienes seguros a las inseguridades de las lejanías purpúreas. ¿Cuando fué en 1499 a la Tierra Firme, no puso en la empresa el haber y poder de su casa? Lo mismo que después haría un Hernán Cortés. La genialidad hispánica está en él presente, y gloriosa y atinada de luz como un alba, pero no se desenvuelve hasta el fin.

¿Andrés González Pinzón era hermano de los otros dos? ¿Estuvo en el primer descubrimiento? La real provisión de nobleza es ambigua, porque da a los cinco Pinzones «mayores», que cita, como capitanes, o coadyuvantes a dos empresas diversas, sin precisar cuáles de ellos compartiesen una u otra, o las dos; o bien la colombina primera, o bien la peculiar de Vicente Yáñez y por él dirigida. Estuvieron en el descubrimiento del almirante, pero también «*después en otro ciento descubrimiento que fué a la costa de las Perlas en cierto asiento, que con ellos y algunos de nosotros fué tasado por el muy reverendo in Christo don Juan Rodríguez de Fonseca...*» Este segundo descubrimiento es el operado con naves propias de Vicente Yáñez y bajo su capitanía en las costas de Tierra Firme.

Diego de Lepe, aun no llevando el apellido Pinzón, era indisputablemente de los de la familia. Es hombre de larguísimos merecimientos y uno de los más excelsos descubridores. Hacia 1500, y mucho antes que Vespucio en su muy encomiado tercer viaje, señaló la posición geográfica del Cabo de San Agustín y declaró, determinó y dibujó en un mapa cómo la tierra austral, de que el tal cabo de San Agustín era parte, se dilataba hacia el Sur en tremendo y espeso continente. Dejó dicho, y quizás escrito, que no era

aquélla una costa de las orientales Indias, sino un continente *nuevo*, un nuevo orbe. Y así la famosa definición y hallazgo de Américo Vespucio, de que tanto han impreso las prensas del mundo entero, queda relegada a la condición de la obra de un epígono. Fué, sin duda, Lepe el que primero denunció la existencia de un continente meridional antes no sabido, al que Vespucio llama *Mundus novus*, y de su nombre se dice América, y que venía a ser la vaga Antictonia ensoñada de Ptolomeo.

Y este hombre pertenecía a la familia de los Pinzones, y era así, casi necesariamente, nacido en Palos, siquiera su apelativo de Lepe, que no es villa demasiado lejana de Palos, suscite alguna incertidumbre. Pero era un Pinzón muy particular. Estaba—es presumible esto—en discordia con los más de la familia. Quiere decirse discordia afectuosa en el orden de la ambición y de las empresas, no en el del amor familiar. Parece no haber ido en la primera expedición colombina, y parece haberle nacido después en los cóncavos senos del espíritu, en que se forman las ambiciones y las esperanzas, un alto deseo de grandes hechos personales, y precisamente de emular la fama y gloria de los Pinzones, sus parientes. Cuando todos han muerto y todo es ya pasado, los descendientes de unos y otro, a todos los mezclan en la común gloria, para que todos contribuyan a dar honor al nuevo blasón de la familia, pero no por eso se borran las rivalidades antiguas. Tomándolo de otras páginas nuestras haremos el retrato de este hombre: «Es un mozo que va ya para hombre maduro, de amplias espaldas, de alegres ojos, casi infantiles; tan recio de apostura, que podría representársele, si no fuese el hacer mucha fuerza sobre la imaginación, con la heráclea clava en la mano, como el tenante de un blasón». «No era hombre Diego de Lepe de muchos bienes para emprender por sí solo el armamento de unas naves y la contratación de la marinería. Pero era visto con agrado desde lejos por aquel don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de varias sucesivas diócesis, supremo gestor de los asuntos de Indias por los Reyes...»,

hemos escrito nosotros mismos en otra parte. Como Vicente Yáñez Pinzón, su colateral evidente, armaba unas naves en el año de 1499 para ir a Tierra Firme, él, en vez de enrolarse debajo de la capitanía de su pariente, se decide a hacer navegación por su cuenta. Ha capitulado con la Corona. La Corona, sin saber de las íntimas discordias que entre los Pinzones pueda haber, es favorable a cuanto de cerca o de lejos suene al nombre de Pinzón. ¡Ah, si con España misma en el Descubrimiento, en tanto a Colón siempre se le vió como un poco extranjero! Ahora tiene Lepe entre las manos de un hermoso papel, pero no los doblones necesarios para dar a tal papel efectividades marineras. Se concierta con un hombre rico de Moguer, que está allí, al lado de Palos, y para ir a hablarle no tiene más que caminar por entre algunas viñas y algunos olivares. Es un cierto comendador, que lleva siempre sobre el pecho las enseñas de su encomienda: don Francisco Vélez. Es hombre fatuo el tal Vélez, con paje al estribo y caballo que salpica de húmedo barro a todo mirón que le está en expectativa. Pero es el hombre de los buenos doblones. Opina Navarrete que el verdadero socio de Lepe pudiera haber sido un cierto don Alonso Vélez de Mendoza, que por este tiempo había emprendido y seguido una expedición a Indias—parece ser que con dos naves—, una de aquellas que se hacían sin finalidades heroicas y sólo para captar buen oro y buenas perlas en las costas de indios. Eran navegaciones secretas, irregulares, que se acometían con el propósito de sustraer a la Corona el quinto del oro y gemas. Así no puede haber de ellas publicidad y constancia histórica. Éste, don Alonso Vélez de Mendoza, quizás se puso, en definitiva, a bien con el Fisco y pactó nuevas navegaciones, pero los tiempos de la que ciertamente hiciera no conciertan con el viaje de Lepe, y para el mismo Navarrete, que suscita la cuestión, queda ello en hipótesis. Habrá que pensar, pues, que es ese don Francisco Vélez, probablemente hermano del don Alonso, el compañero de empresa del entusiasta Lepe. Y fué en las naves. Y

las naves no eran sino dos. Lepe, que hasta entonces había estado más atento a sus vides que a las espumas equívocas del océano, necesitaba de buenos pilotos, que a él lo asesoraban, como al mismo Vélez, más sabedor de dianas en tapices y de alfombras mullidas sobre pavimentos señoriales que de las bregas, tempestades y azules significativos del horizonte del mar, tuvo la felicidad de reunirlos, y de los más buenos. Nada menos que con él fué a navegar Bartolomé Roldán, que había sido piloto en la *Niña* cuando el primer descubrimiento. Se le añadieron un Andrés García Valdín y un García de Vedia, que eran hombres entonces de gran fama cosmográfica, siquiera tal fama haya llegado muy debilitada hasta nosotros, y un Bartolomé García, nombrado el Genovés, y uno más en aquella acumulación de los Garcías, a quien por genovés se tenía, a pesar de su muy castellano apellido, quizás porque anduvo de mozo por tierras de Liguria, y sólo con esto había conseguido gran prestigio náutico, porque en aquel siglo decir «genovés», después del suceso de Colón, era igual a decir buen marino. Entre todos fueron a la Tierra Austral, zarpando de Palos, precisamente alrededor de un mes después que partiera Vicente Yáñez Pinzón con igual rumbo, e iban en seguimiento del otro. He aquí cómo se advierte en la singladura misma una rivalidad, siquiera rivalidad familiar, que no concluirá en derramada sangre y lucha, porque el familiar afecto la templa. Reproducían la partida del primer viaje colombino, y aun, para más semejanza, se fueron de madrugada hasta la barra de Saltes, para entrar en la mar libre con el sol en el horizonte. «Todos los pinares vecinos—hemos escrito nosotros en otra parte—estaban enloquecidos, como arpas demasiado sensibles al viento. La luna de invierno cubría todo el paisaje, el mar que comenzaba y la tierra que se dejaba, de su meditativa serenidad.» Sí, se reproducía ahora y siempre la armoniosa ocasión aquella en que Colón también había traspasado esta misma barra fluvial. La navegación fué feliz, como conducida por tan buenos

pilotos. Lepe, el Pinzón de la línea colateral, a quien observamos dotado de fortalezas de oso y de alegrías de niño, una especie de Dyonisios juvenil, y, por tanto, dionisíaco en sus arrestos y carácter, iba en «pasión de serenidad», es decir, introducido en un bullicio inteligente. Todo le parecía posible en este mundo: la alegría definitiva, el sueño realizado. Tocaron los navegantes en el cabo de San Agustín. Ya días antes lo había observado Vicente Yáñez Pinzón, desde su ilustre nave capitana, pero esto no lo sabía Lepe, ni que se le hubiera puesto el nombre de la Consolación. Refrendaba Lepe, por así decirlo, como se pone segundo signo y rúbrica a un documento, el hallazgo que su pariente acababa de hacer de la tierra del Brasil. Que era hallazgo primitivo y pinzónico por dos veces. Los portugueses y Vespucio llegaron después. Lepe le puso a aquella masa de rocas, tan reiterada y famosa para navegantes de aquel siglo, el nombre, sumamente singular y extraño, del Cabo del Rostro Hermoso. Tal vez había él tenido una visión poemática. He aquí cómo en otras páginas nuestras se refieren esta extrañeza y alucinación: «el cabo de San Agustín se mostraba en la gasa de puro ópalo de un horizonte caliente, entre broncíneo y rojo, y de palidez agrisada también, y como a manchones. No se sabe por qué género de imaginación alucinada se le representó a Diego de Lepe un rostro humano, un enorme rostro, una carátula descomunal. Pero, a par de su monstruosidad, comportaba suaves calidades: el reflejo de la luz en la pétrea superficie parecía de terciopelo; las espumas marinas, en la base de aquel cabo, semejaban ser un volátil encaje, un tumultuoso y vario encaje plateado; el rostro aquel, inmenso; o él estaba completamente loco, o parecía sonreír... Así dijo a todos:

—Le pongo nombre del Rostro Hermoso.

Roldán sonrió. Sonrieron todos. Si más allá había perlas, gemas y oro, valía la pena de haber contemplado esta hermosura».

Las naves de Diego de Lepe siguieron a Paria, al país

de las Perlas, que a cosecharlas era, en definitiva, a lo que se iba por todos o casi todos, siquiera el mismo Lepe pusiera en la empresa un contenido impulso épico.—¿a qué había salido él de su tierra y cuál era la fama de altura de alma conseguida ya por los de su familia?—. Pero antes navegaron más al Sur; es decir, costearon el país del Brasil, primitivamente llamado el de Santa Cruz y también el de los Papagayos, y por Lepe nada más que con el vago nombre de un continente desconocido, de una tierra incógnita, de un mundo nuevo. Tal fué el mejor resultado de esta navegación de Lepe. Quedó comprobado que la Tierra Firme, en que estaba el cabo de San Agustín, se prolongaba hasta términos no sabidos hacia el Sur; que era, por tanto, un gran continente y una verdadera *quarta pars* del universo. Así Lepe se adelanta a las pretensiones vespucianas y es el primero y auténtico corrector de los obstinados errores de Colón, que por toda costa no veía sino las de Asia y proclamaba, con la ceguera del sistema de ideas que de joven se hizo, no haber llegado ciertamente a un mundo nuevo, sino al oriental Catay e Indias de su propósito.

Este Lepe no fué afortunado, con fortuna mercantil en su viaje. Ganó poco, y sus compañeros se llamaron a engaño acerca de la india riqueza. Por algo ganar, hizo guerra equivocada a los indígenas con la poca gente que llevaba, y como los costeños eran en más número de raza caníbal, que era raza brava, que aruacos, que eran humilde raza, tuvo más heridas que oro y más quebrantos que lucros. Retornó a España, y, a semejanza de lo que igualmente le acaeció a Vicente Yáñez y a sus sobrinos Arias Pérez y Diego Hernández, que al volver sin rico cargamento, se vieron hostigados por un tropel de acreedores prestamistas, hasta el extremo de necesitar ellos de la justicia de los propios Reyes para que pusiera coto a la desmandada justicia judicial, tan tradicionalmente aficionada a usureros, Lepe también sufrió, como se lee en el Evangelio, «persecuciones por causa de la justicia». También

los Reyes hubieron en este caso de sobreponer su suprema autoridad por encima de los jueces ejecutivos y de la amistad que estos jueces mantenían con algunos adinerados acreedores. Vale la pena de transcribir la real provisión, dictada al efecto por los Reyes a nueve de noviembre del año de mil y quinientos. Es un gustoso documento de época y nos ofrece indicios muy vehementes de la verdad viva y objetiva y del clima histórico, que siempre debe pesquisar el biógrafo.

«Don Fernando e Doña Isabel, etc. A vos los alcaldes e jueces e otras justicias cualesquier de la villa de Palos, e a cada uno de vos, salud e gracia: Sepades que Diego de Lepe, vecino desa dicha villa, nos fizo relación, diciendo: que por algunos vecinos desa dicha villa le han sido y son fechos algunos agravios e sinrazones, así en le demandar algunas cosas injustas e non debidamente, como en no le pagar ciertas coantías de maravedís e otras cosas que las tales personas dis que le deben e son obligadas a dar e pagar, a que por ser las tales personas muy emparentados e favorescidos en esa dicha villa de Palos, dis qué non ha podido alcanzar cumplidamente la justicia, en lo cual dis que si ansí hubiese de pasar, él recibiría mucho agravio e daño; por ende que nos suplicaba e pedía por merced cerca dello le mandásemos proveer de remedio con justicia como la nuestra merced fuese; *e Nos tovímoslo a bien*: porque vos mandamos que luego que veades lo susodicho, llamadas e oídas las partes a quien atañe breve e sumariamente, non dando lugar a dilaciones de malicia, salvo solamente la verdad sabida, hágades o administredes a las dichas partes entero cumplimiento de justicia; por manera que la de ellos hayan e alcancen, e por defecto della no tengan causa ni razón de se nos más venir ni enviar a quejar sobre ello, e non fagades en de al, so pena de la nuestra merced e de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Dada en la ciudad de Granada a nueve días del mes de noviembre, año del nascimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil e quinientos años. So. Episco-

pus Ovetensis. Felipus, doctor. So., licenciatus; Martinus, doctor, Licenciatus Zapata, Fernandus Tello, licenciatus; Licenciatus Mogica. Yo, Pedro Fernández de Madrid...»

La lectura de este documento nos suscita más de una reflexión y nos descubre, con diafanidades próximas, como de cristal transparente, cuáles eran el ambiente y las realidades sociales de la villa de Palos a la sazón. Los Pinzones, en conjunto, y entre ellos este Lepe, no eran tan ricos y decisivamente influyentes en el ánimo colectivo, como siempre se ha proclamado; tal vez su influjo era fuerte sobre la marinería, y de ello es prueba la fácil recluta de tripulantes operada para las naves de Colón, pero había gente hidalga y adinerada que poseía más favor que ellos cerca de los «alcaldes, jueces y otras justicias». Quizás el de mejor fortuna, cual siempre se ha supuesto, era Martín Alonso Pinzón, que pudo prestar a Colón los maravedises de su octavo en el contrato de Santa Fe, y que la habría formado con las muchas navegaciones de su juventud, pero no debía de ser considerable, cuando los cinco hijos varones de él—Arias Pérez, Diego Hernández, Juan Martín, Diego Martín y, posiblemente, Miguel Alonso—disputaban a propósito de la parte de herencia de la hermana demente y no se avenían a sufragar las escasas expensas de alimento y cuido de esa pobre loca. Tenían, sí, la heroicidad. ¿Pero valía mucho la heroicidad y la gloria de haber tan fuertemente contribuído a dar a España un nuevo orbe e inaugurada la Edad Moderna o humanística, cosa que ellos no sabían, pero que era así, valía mucho frente a las escrituras de préstamo y al secreto tacto de codos de unos y otros con los jueces?

También ese documento nos enseña que el socio de Lepe, en su mal lograda navegación, no lo había puesto todo en el avituallamiento y armamento de las naves, pues si deudas, y muchas, para la expedición había contraído Lepe, era porque él también había puesto en ella su porción de capital. Los Reyes eran perennemente afectos a todo el que tocase en algo a la familia Pinzón, y ahora ampara-

ban a Lepe contra los ricos, impacientes acreedores, como poco después lo harían con Vicente Yáñez y sus sobrinos Arias Pérez y Diego Hernández, más empobrecidos que abundantes de bienes al regresar de Indias. En el corazón de Isabel y en el ánimo recto del Rey Fernando no decaían del amor ni del recuerdo aquellos hombres, el apellido de aquellos hombres, por los que había sido posible la primer navegación colombina, y en ella y en sus empresas posteriores habían puesto el calor vital y la autenticidad del genio español. Por los Pinzones, y tal vez por la cooperación de la familia Niño, entrambas gentes de Palos, y no precisamente de los ricos que tenían amigos entre los jueces y alcaldes, el descubrimiento del otro hemisferio se había configurado como un magno hecho redondamente, y exhaustivamente, español. Esto lo sabían los Reyes, y por ello se obstinaban en otorgar a Vicente Yáñez, el jefe más caracterizado de la vasta familia, las mercedes en capitanías y en tierras, como ésas de la donación de Puerto Rico, que el propio Pinzón recibía con gratitud, pero con desabrimiento. Había una filosofía parda de raza en Vicente Yáñez, y quizás por igual en todos los de la familia. No creían en la gloria de penachos, y, sin embargo, por puros dictados morales y patrios, se daban a la heroicidad necesaria para obtenerla.

En fin, este Lepe fué desdichado en los últimos tiempos de su vida, más breve que larga. Murió joven, no como los preferidos de los dioses, sino como los acometidos por el Hado enemigo, que es también casi un dios. Se fué a Lisboa; se ignora a qué laya de negocios, aunque habrá que pensar en negocios comerciales. Es triste cosa que cuando un hombre espera cumplir una «misión» de altura épica en este mundo, y para ello se cree nacido, y con ella ha alimentado la lumbre de su corazón durante su adolescencia y juventud, venga, en definitiva, la suerte amarga a reducirlo al tamaño de poca talla del puro ejercicio privado. Andrés de Morales, testigo de mucha cuenta en el pleito que el hijo del Almirante, Diego Colón, sostuvo

con la Corona, asevera que Diego de Lepe murió en Portugal con pena y sin gloria. Fué, sí, el verdadero conformador primordial del concepto de un nuevo continente, o nueva cuarta parte del mundo, antes que Vespucio y antes que todos los geógrafos y todos los Filesios e Hilacomilus que divagaban por Europa. Y era un Pinzón, una gloria más de la estirpe de los Pinzones. Fué el héroe sin fortuna, el héroe que no cumple las promesas de su sueño, el fracasado... Pero, es que, verdaderamente, delante de Dios, ¿se sabe cuál es el auténtico fracasado y cuál no? Todavía soñaba seguramente en rehacer su vida, en magnificarla, una día antes de morir, tal vez en la alcoba olvidada de un humilde mesón. «Murió en oculta fama—hemos escrito nosotros en otra parte—cuando se erigía a su lado, estregándose en las paredes pardas del mesón, aquel espectro, que tiene cincelado vestido de oro, mientras él alentaba locuras santas en la cabeza aún. Sí, moría cuando una gloria ancha, todavía quería acercarse al calor de su pecho. Y moría en soledad. No en soledad de derrota, sino en soledad que le había deparado el azar, más dolorosa que la otra. Escribe Carlyle que no podemos considerar, por imperfectamente que lo hagamos, un grande hombre, sin que ganemos algo con él. Junto a la cabecera del lecho desamparado de este Diego de Lepe, que muere joven y casi sin fama aún, cuando merecía mayor gloria, aprendemos la soberbia lección de que quien tiene la calidad de grande, piense de él lo que piense el mundo, sépalo el mundo, o no, es «el sentido del mundo», el «porqué» del mundo, la creación vital superior a la que todas las otras creaciones de la vida se dirigen como un preludio y preparación. Aprendemos que, a veces, el héroe frustrado vale más que el héroe triunfante, ofrecido a la admiración universal entre tonante estruendo y radioso nimbo. Y el triste y derrotado que lo sabe, no ignora que, en su soledad, todavía tiene cerca al único y más imponente de los amigos, que es Dios mismo...» No deja, pues, de añadir este

hombre sin fortuna, Lepe, un honor más a la casa de los Pinzones, a que pertenecía.

Por nuestra parte, la opinión que emitamos a propósito de Miguel Alonso Pinzón, otro de los citados como ilustración de la familia en el documento de creación de hidalguía en favor de la misma, no puede tener otro rigor y peso que el de una vacilante hipótesis. ¿Era un hermano de los Pinzones de la generación ya vieja cuando el Descubrimiento? ¿Era un hijo de Martín Alonso y de María Alvarez? Tampoco nos consta que haya ejercido una capitanía verdaderamente eficaz en ninguna de las empresas trasatlánticas. Pero los Pinzones de la generación posterior lo tenían por prestigio de su estirpe. ¿Quiénes eran estos otros Pinzones, o allegados suyos, que ya disfrutaban como herederos del honor precedente? Se cuenta de un Juan Rodríguez Mafrá, a quien el Emperador llama «nuestro piloto» —¡larga familia de navegantes!—, de un Ginés Murio, al que el mismo soberano nombra «nuestro capellán»; de un Diego Martín Pinzón, que es indisputablemente uno de los hijos de Martín Alonso; de un Álvaro Alfonso Nortes, de impreciso parentesco con la casa; de un Juan Pinzón, otro hijo de Martín Alonso, que se desistió, con aprobación de la Corona, del pleito que había puesto a los descendientes de Colón, a propósito de la parte que a los Pinzones correspondía en los gajes de Indias contratados por el Almirante en Santa Fe para sí y los de su sangre, siendo así que la efectividad de tales pactos no se había logrado por el genovés, sino gracias a la asociación económica que con él tuvieron los Pinzones y a las estipulaciones privadas que estuvieren constituídas entre ellos; se cuenta también de un Alonso González, todos ellos «vecinos y naturales de la villa de Palos»; es decir, todos ellos partes de una estirpe arraigada en una tierra, «patria», pues, todos ellos, lo menos universal y disperso que imaginarse pudiera, y, empero, lo más universal, porque de ellos ha salido el total dominio del globo por el hombre. Exacta conclusión, por lo que se viene a deducir que siempre, siempre, y también en este

poderoso ejemplo de los Pinzones, quien realiza una obra universal es aquel que ya tenía precedentemente las plantas bien asentadas, y lo mismo el corazón y la cabeza bien asegurados de raíces, en una tierra solariega y propia, en un hogar de los abuelos y de los hijos, en un campo que, a la vez, es de primaveras futuras y de cenizas del pasado; en lo que se llama una Patria, con todas las exigencias del concepto y sin limitaciones y manchas, en suma.

DEL PRIMER VIAJE DE QUIMERA Y DE POSITIVA VICTORIA, Y DE LAS GLORIAS Y MUERTE DE MARTÍN ALONSO PINZÓN

MARTÍN Alonso Pinzón está a bordo de la carabela la *Pinta*, con su hermano Francisco Martín al lado. Vicente Yáñez lo está en la *Niña*. Y como también en la *Niña* está Bartolomé Roldán, solemne piloto, y en la *Santa María*, y con Colón, el piloto muy nombrado Sancho Ruiz y nada menos que Juan de la Cosa, se puede sentenciar que ésta, en su casi totalidad exhaustiva, no es ya empresa netamente española, sino aun netamente paleña también. Sólo Colón es extranjero—¿aunque, qué extranjero, con tantos antecedentes de portugués y casi diez años de vivir en Castilla?—, sólo Juan de la Cosa es cántabro, si habitante tenaz en el Puerto de Santa María. Los demás son andaluces, y de las riberas del Tinto y del Odiel. Así las empresas americanas, desde el día primero de ellas, han tenido una configuración casi enteramente bética.

Y el mismo Colón lo escribe: «partí del dicho puerto de Palos, muy abastecido de muy muchos mantenimientos, y de mucha gente de la mar, a tres días del mes de agosto del dicho año, en un viernes, antes de la salida del sol con media hora...». ¡Éste es el castellano castizo que escribe el extranjero, de quien la casticidad, ciertamente, extranjera no parece! Son, pues, fabulosas todas esas pinturas de Historia que muestran a Colón, en hora soleada,

entre lanzas, remos salutatorios en alto, dando el abrazo postrero a un fraile amigo. Las naves zarpan del Estero de las Estacas, tosco muelle que en Palos había entonces y ahora es lugar cenagoso, a esa media hora antes del alba. Apenas hay ojos humanos que, desde la ribera, contemplen la partida. Martín Alonso y Vicente Yáñez, cada uno en su nave, están tan enfrascados en su sueño de oro como Colón mismo. Ya, desde esta primera hora, y aun antes de salir a mar libre, se define—cada uno para sí—la psicología de cada uno. Colón, siquiera él intente disipar esta ave oscura de su pensamiento, recela de aquellos dos capitanes españoles que mandan las otras dos naves y de quienes es tan deudor, como que lo es doblemente de gratitud y de dinero. Teme que tengan muy pronto exigencias de mando que recorten las suyas. Martín Alonso ve en Colón no ya un hombre, sino uno a modo de meteoro celeste que ha aparecido en su horizonte. Llegó por un momento, fulgió, trocó en anhelo la que suponía razonablemente calma final de su vida—porque él más está cerca de la ancianidad que de la juventud—; ahora se le ha hecho permanente, invariable, constante, como una pesadilla que no tuviera despertar. Su fuerte complexión moral le ordena acatar a aquel hombre advenedizo. Pero, una voz íntima, un deseo de las entrañas... Ese deseo de las entrañas y esa íntima voz susurran otra cosa. Vicente Yáñez va allá como el niño al que se ha ofrecido un juguete magnífico. No odia al genovés, ni le ama. Sencillamente le respeta por sentimiento del deber. Es la posición espiritual, que le enseñaron desde que era pequeño; Colón es un jefe; al jefe se le debe lealtad; esto es todo.

Antes de que radie el alba ya contemplan el mar en Saltes. Las aguas del Tinto, que todavía baten las cuadernas, son negras. El cielo es de una pureza estival: en el cenit las estrellas de la Lira, los vagos astros de Hércules; a la diestra mano del que mire, la Corona, el Boyero y el esplendoroso Arcturo; a la siniestra, el Cisne y el Camino de Santiago. Al Sur, dirección en que van las naves, con-

fundiendo sus luminarias de plata con los vértices de los costeros pinares, el Sagitario, el Escorpión... Todo el ambiente es de una silenciosa emoción poemática, y esta emoción anida y se remansa en el corazón de cada uno. Martín Alonso ha salido por esta misma barra de Saltes cientos de veces en navegación, para ir a país luso, para ir a África, para navegar al mar del Norte... Nunca, empero, le ha tremado en el pecho esta emoción que le tiembla ahora. ¿Por qué? Ah, esto pudiera ser formidable Historia y el verse levantado casi a la dignidad de un rey. Lo otro no era más que ganancia. Vicente Yáñez está en una serena indiferencia. No repara sino en las oportunidades de ahora: si las velas no están demasiado tensas por obra de los estayes, y así pueden recoger más blandamente al viento, si cada marinero permanece en su exacto puesto... Vicente Yáñez Pinzón, el que luego hará gloriosas navegaciones personales, es todo objetividad.

El Diario del Viaje, del que se toman las noticias que siguen, está copiado del propio de Colón, que extractó fray Bartolomé de las Casas. Son memorias de a bordo, son el cuaderno de bitácora. Los dos Pinzones no hicieron apuntes personales de este primero, tremendo y decisivo viaje. Colón mismo no escribió sino sus observaciones de cada día. Había pensado escribir más extensa obra, y así lo dice él: «...y para esto pensé de escribir todo este viaje muy puntualmente de día en día todo lo que yo hiciese, y viese y pasase...». También él ha dejado trazadas estas líneas: «También, señores príncipes, allende de escribir cada noche lo que el día pasare, y el día lo que la noche navegare, tengo el propósito de hacer carta nueva de navegar, en la cual situaré toda la mar y tierras del mar Océano, en sus propios lugares, debajo de su viento...» Pretende, igualmente, hacer un libro y poner en él «todo por pintura, por latitud del equinoccial y longitud del Occidente». Nada de esto hizo después. El arte es siempre más largo que la vida.

A las ocho de la mañana atraviesan las naves la barra de Saltes y navegan quince leguas hacia el Sur, con fuer-

te virazón. El sábado 4 de agosto inician un Sudoeste y el domingo 5 hacen cuarenta leguas. Desde la madrugada del lunes 6, Martín Alonso Pinzón está en un desasosiego instintivo, de premonición, que él mismo no sabría a qué achacar. Muchas veces le ha ocurrido lo mismo durante su vida. Ha tenido la sugestión sentimental de lo que intelectivamente no le llegará hasta después. Vienen los timoneles, con lamentos, a decirle que se ha desencajado el gobernalle de la *Pinta*, su nave. La *Santa María* está muy batida por el oleaje y el viento, y no puede acudir en socorro de la *Pinta*. Martín Alonso, con una voluntad de león, se pone al remedio de la avería. Hace trabajar a todos como a forzados, en medio del largo rumor del viento y del fuerte empuje de las olas. El gobernalle está pronto y nuevamente en utilidad, pero Martín Alonso ha sospechado de Cristóbal Quintero, el propietario de la nave, que está a bordo, quien ha podido producir de intento la avería, auxiliado por un marinero nombrado Gómez Rascón, porque va a disgusto en la nave, se resiente de que se la hayan tomado por secuestro, y piensa que si padece avería, la nave retornará a Palos. Pero Cristóbal Quintero es su cofrade y amigo, su convecino de Palos... No quiere decir nada del caso a Colón, se conforma con reprochar a Quintero, en voz baja, su mala acción. También quizás, haciéndolo así, se siente él capitán por sí solo y, aunque sea en asunto de mero accidente, implícitamente rehuye y desconoce la autoridad suprema de Colón. A pesar de todo, en este día, las naves ganan veinte y nueve leguas más.

El martes 7 de agosto vuelve a reproducirse la rotura del timón de la *Pinta*, y es o que Quintero permanece en sus propósitos o que la nave es vieja y de poca fortaleza. Pero, aún así, se hacen veinte y cinco leguas. Discuten de borda a borda los capitanes, y sería un poco aventurado el aseverar que por medio de bocinas, porque de esto nada explica el Diario, pero sí explica la plática tonante. Se discute el paraje en que se hallan. Colón, tal vez, cree encontrarse ya en aguas próximas a Lanzarote o la Gomera.

Disiente, con recia voz, Martín Alonso. La navegación que sigue le da la razón, porque, al fin y al cabo, éstos eran mares que él había recorrido mucho. Hasta el domingo 12 de agosto no arriban a la Gomera. Hay aquí estada larga; hay una dama casi feudal: doña Inés de Peraza, del linaje de los futuros condes de la Gomera, que halaga a los tripulantes de la extraña armada, y aun les habla de las púrpuras prometedoras, muy parecidas a contornos de tierra, que desde tal isla canaria se creen ver a Occidente cuando el sol va a morir, y cada cresta de nube es una antorcha y un vacilante dosel. También los obsequia con un vino áspero de la tierra, Martín Alonso está en angustia, por el desgobierno de su nave, mientras Vicente Yáñez se obstina en su fría objetividad. La *Pinta*, con el timón penosamente averiado, es penosamente conducida a Tenerife, que Colón, por exclusión, llama Canaria, como si fuese la única isla de este nombre. Allí «la adobaron muy bien con mucho trabajo y diligencias del Almirante, de Martín Alonso y de los demás», se lee en el extracto de Las Casas. En Tenerife, mientras estaban allí los nautas extraordinarios, observaron una erupción de lava en el Teide. Lo declara Las Casas, «vieron salir gran fuego de la sierra de la isla de Tenerife, que es muy alta en gran manera». El titán se desperezaba, quizás en poemática salutación a los maravillosos navegantes, que en aquellas costas estaban, al modo que, en las clásicas epopeyas, ya Vulcano con sus fuegos, ya Neptuno con sus olas o bien Venus, con sus aéreas cabalgadas de nubes, participaban de los azares y sucesos de los héroes, sencillamente humanos. En opinión de los más de los españoles, aquellas lavas eran calor del infierno. ¿Comprendían los tres Pinzones el sublime estético de todo aquello? Posiblemente menos que Colón, temperamento más de poeta. El sublime estético es una manera de transparentarse la Divinidad, y Colón estaba más apto para comprender y musitar una especie de oración con pocas palabras.

En Tenerife se trocó el velamen latino que tenía el

aparejo de la *Pinta* por otro de lonas redondas. Fatigado se sentía un poco Martín Alonso, porque todos los trueques y composturas eran en su nave. Y hasta el domingo 2 de septiembre no estuvo bien reparada la *Pinta*. Se tomó leña, agua y carne a bordo, y el domingo 6 se reemprendió la navegación. Hasta ahora siempre había la perspectiva de reposar en Canarias. Ahora era cuando se iba al puro Desconocido, a la Aventura desnuda, que a tantos le parecía un reto a la Divinidad. No fueron nunca de este parecer de marineros los tres hermanos Pinzón, que tenían la confianza aproximada de sus conocimientos cosmográficos. En este sentido fué gran fortuna para Colón el tener con él a estos hombres rudos e ilustrados. Lejos de ser ellos los timoratos de los días difíciles, siempre alentaron al genovés para no desmayar. ¿Quién, al hacerse esta reflexión, no pensará que el Descubrimiento, en su consumación real, no fué en gran parte obra de los Pinzones, y casi tanto como del mismo Colón? El viernes 7 de septiembre y el sábado 8, hasta las tres horas de la noche, hubo mar en calma. A esa hora comenzó a ventear Nordeste y la Armada tomó rumbo Oeste, con mar de proa. Ahora era, netamente, cuando se enfilaba la senda de América. Y como el mar venía de proa no se hicieron en este día más que nueve leguas. El domingo 9 se hicieron diez y nueve. Desde la noche de este domingo, Colón, abstraído del rumor del oleaje, que era suavísimo rumor, como acaece en alta mar, y siempre con su Santo Cristo por delante y no olvidado de su Biblia, pensó *religiosamente*, en la soledad de su camareta, que le era lícito, que le era necesario, engañar a las tripulaciones respecto al número de leguas marinas que recorrían. Así, en todos el pavor no acrecería, creyéndose más cercanos de la Patria de lo que realmente estaban. Así el día 10, lunes, que se adelantaron sesenta leguas, él no declaró más que cuarenta. Y dió menos cuenta también de las veinte leguas navegadas el día 11, y de las respectivas treinta y tres de cada uno de los días 12 y 13. ¿Creyeron en esa falacia los Pinzones? ¿Creyó Bar-

tolomé Roldán o creyó Sancho Ruiz? Los Pinzones, especialmente Martín Alonso, hacían también su cuenta de leguas. La hacía Bartolomé Roldán. Por discrepancias en consultas que se trabaron días después, vino Colón en conocimiento que los cálculos de Roldán eran errados. Los Pinzones participaban, sin duda, de la misma cautela de Colón ¡Era preciso sostener la fe sentimental de aquellos cien hombres que estaban a bordo!

Al comienzo de la noche del día 12, la aguja noruesteaba, y a la mañana siguiente todavía noruesteaba un tanto. Colón observó con pavor el extraño fenómeno. Era la primera comprobación que en el mundo se hacía de la declinación de la aguja magnética. El Diario extractado por Las Casas nada declara de si el extraordinario caso fué comunicado por Colón a los Pinzones. Pero es obvio; que los Pinzones también tenían agujas magnéticas en sus respectivas naves, y que necesariamente, atentos a ellas, como marinos, harían igual desconcertante observación. ¿Guardó el secreto para sí Martín Alonso por si el Almirante no lo había advertido? ¿Lo guardó, con semejante celo, Vicente Yáñez? ¿Se comunicaron Colón y ellos aquello que parecía la ruptura de las leyes físicas establecidas por Dios en el mundo? El Diario de Navegación del propio Colón, que ha extractado en su Historia fray Bartolomé de las Casas y que es el único documento fehaciente de este solemne viaje que poseemos los modernos, y en el que tal vez Colón había callado los méritos y advertencias de los Pinzones, por la ya latente rivalidad que con ellos tenía, nada refiere al respecto. Nosotros, que no hemos de poner en estas páginas nada más que el entusiasmo de nuestra fantasía, pero no lo que hace fantasía de la historia, y ni un acaecimiento escribiremos que no sea de exacta comprobación histórica, estamos en ineptitud de decidir esto o lo otro. Nos inclinamos al supuesto, puramente personal, de que este descubrimiento «científico» de la declinación de la aguja magnética, lo que, en definitiva, vale por decir que los polos magnéticos del planeta no son

coincidentes con sus polos geográficos, fué hallazgo colectivo del genovés en comunicación con los Pinzones, y aun con todos los pilotos sabedores que en las naves había. Era, mirado con precipitados ojos, un horror trascendental para hombres que no poseían la moderna ciencia geográfica. Parecía que, a partir de la ruptura que trazaba en el flexible espejo del mar el hallazgo de aquel 12 de septiembre, terminaba el mundo regularmente ordenado por Dios y comenzaban las zonas pavorosas del caos y de la irregularidad. Si ya la aguja no señalaba exactamente al Norte, como siempre se vió en el Mediterráneo y en Europa, y declinaba locamente hacia el Oeste, en la dirección del rumbo que se llevaba y de los desconocidos horizontes que se buscaban, ¿no era que el mundo en orden terminaba y empezaba el oceáno caótico, que sólo Dios conocía y que estaba vedado a los hombres? Se ocultó natural y celosamente el extraordinario descubrimiento a la indocta marinería. Y los Pinzones alentarían posiblemente a Colón.

—¡Tantas cosas hemos de ver todavía y tantas maravillas, dispuestas por Dios, nos han de ser reveladas!

Verdaderamente, el no ser los Pinzones capitanes pacatos fué gran parte a sostener la tensión moral del primer viaje de los descubrimientos oceánicos. El 14 de septiembre se adelantaron veinte marinas leguas más. Las distancias crecían mientras más se caminaba.

—Oh, Dios, que me conduces por las aguas, según una promesa bíblica, ¿son soñadas y mentirosas las medidas de grados y meridianos que he aprendido de Toscanelli?

He aquí una posible exclamación de Colón en cuanto hombre atribulado al comprobar que, contra lo que él suponía «el mundo era más». Hay un punto de esperanza. Los de la *Niña* gritan y declaran haber visto volar por encima de su aparejo un «garjao» y un «rabo de junco», aves que nunca se alejan más de veinte y cinco leguas de una tierra. El sábado 15 se navegan veinte y siete leguas, y cuando la noche era obscura, tanto como la nada de un

ciego, de súbito se hizo una extraña luminosidad delante de las proas, como a veinte millas. Era un inmenso alfange de color y la cola de un cometa, un lampo de fuego «detenido». ¿Era el presagio de un fin terrible? ¿Era una aurora fúlgida, en mitad de la noche, que se ofrecía a la esperanza? Posiblemente era un aerolito que caía en el mar. El domingo 16 de septiembre amaneció limpio, de una claridad blanca. Este día se navegaron treinta y nueve leguas. Colón escondió pocas esta vez. Declaró treinta y seis. A mediodía sobrevino la tempestad y el cetro zigzagueante del rayo. En medio de la lluvia formidable, la maravillosa lluvia en el mar, Colón arengó a la marinería. Los dos Pinzones hicieron lo mismo en sus respectivas naves. Antes de que llegara la noche advirtieron todos, ya con espanto, ya con un contradictorio regocijo, una especie de praderío verde, que se mecía en el agua. Algunos lo creyeron anuncio de tierra. El lunes 17, que siguió, fué día de crispantes sorpresas. Ganaron cincuenta leguas, flotaban aquellas praderas de herbazal sobre el agua, y eran de plantas crasas, de las que crecen entre las grietas de las rocas. Venían con el rizoso oleaje del lado de Poniente. Se pescó sobre esta hierba un extraño artrópodo. Colón lo guardó. Clamaban todos que aquello era indicio de tierra próxima. Vicente Yáñez era perfectamente incrédulo de tal proximidad todavía. Martín Alonso, nada más que dubitativo. Se observaron muchas «toninas», que seguían a las estelas de las tres naves. Los de la *Niña* —y era una alegría casi pueril para Vicente Yáñez—mataron una de estas toninas. Y volaban «rabos de junco» por encima de los mástiles de la *Santa María*. En este día se hace de conocimiento general el fenómeno de la declinación de la aguja. Fué mejor guardado el secreto en las carabelas de los Pinzones que en la nao de Colón. Pero, ¿quién guarda un secreto entre muchos? «Tomaron los pilotos marcándolo—se lee en el extracto del Diario—y hallaron que las agujas noruesteaban una gran cuarta, y temían los marineros, y estaban penados, y no decían de

qué.» ¡Tantos eran los que temían que el Señor los arrastrara a perdición a causa de su osadía! El martes 18 se navegaron cincuenta y cinco leguas. La atmósfera era purísima, de una blancura de alabastro. La temperatura plácida, «como en el río de Sevilla», se lee en el Diario. Pasaban más y más aves en vuelo por el aire claro, hacia Occidente. Seguramente, a Occidente había rocas o rompientes.

Y ahora acaece el no esperado suceso—no esperado para Colón—. Martín Alonso Pinzón ha estado en meditación ácida la noche precedente. Ha creído que el Almirante yerra como marino y que rehuye por su error la tierra muy cercana. No quiere ejercitar indisciplinas contra el Almirante, pero cree que es un deber suyo para con sus Reyes y su conciencia misma, en asunto de tanta cuenta, enmendar la obstinación equivocada del Almirante—¡siempre al Oeste!—, si él puede hacerlo. Ha ardido la vela de sebo toda la noche a la cabecera de su yacija. Por fin, se ha decidido a navegar por su libre iniciativa. Nada comunica de esto a su hermano Vicente Yáñez, ya por serle imposible a la distancia en que estaban uno de otro, o por saber él que no contaría con su hermano para estas veleidades. Espera hallar tierra antes de la noche siguiente. Como la *Pinta* es muy velera, pretende adelantarse. Colón advierte al lejos la maniobra y se le interpone. ¡Ya de aquí en adelante habrá una hostilidad más o menos encubierta, pero hostilidad, entre estos dos hombres! A la parte septentrional aparece una gran cerrazón plomiza. Son nubes que parecen montañas. Tal vez era ésta la tierra de ilusión que pretendía hallar por su cuenta Martín Alonso. En esta expectación, Martín Alonso, por un instante, cree que él vale más que Colón... ¡Quién sabe! El miércoles 19, hay viento de proa. No se hacen más de veinticinco leguas. Por la mañana y tarde vinieron alcatraces a la *Santa María*. Al anochecer hubo una llovizna sin viento. La marinería asevera que entrambos son signos de tierra cercana. Luego, la noche tropical, con su firmamento de candelabros de plata

y su mar, fosforescente de los infinitos animálculos brilladores que lo habitan.

Martín Alonso pasa a la nave del Almirante al otro día y le insinúa una exploración a barlovento. El Amirante concede que por las bandas de Norte y Sur van quedando islas atrás. Pero él busca el país del Gran Kan. Martín Alonso no se da a partido: exige, se impone. Reclama una junta de pilotos que precisen las distancias desde Canarias y si ya se traspasó la anchura oceánica prevista por Toscanelli. La junta se congrega. El Almirante parece desafecto a Martín Alonso, pero no le resiste. En mitad del Océano, con las naves al pairo, van los pilotos, en bateles, a la *Santa María*. Son, además de los dos Pinzones capitanes, Francisco Pinzón, Sancho Ruiz, Bartolomé Roldán, Pero Alonso Niño... ¿Por qué no cita el Diario a Juan de la Cosa, que está en las naves? Hay discusión mansa, pero tenaz. Pero Alonso Niño calcula que ya se han recorrido cuatrocientas cuarenta leguas; Francisco Pinzón, que cuatrocientas veinte; Sancho Ruiz, más sumiso a Colón, que cuatrocientas. De la junta resulta el triunfo del parecer de Colón. Y así, al otro día, 20, se sigue derechamente el rumbo Oeste, con una ligera cuarta Noroeste. Los vientos se aquietan. Se ven más alcatraces y *garjaos* y en los cordajes se posa toda una tropa de avecillas. Así, este día 20 fué conocido por los marineros con el nombre del «día de los pájaros». El día 21, viernes, es un día de calma aplomada. No se adelantan más de trece leguas. Aparecen los sargazos. Es un tapiz de largos tallos y hojas, que flota en el agua y a la vez la sostiene; de un azul lívido, como piel de muerto; se desarrolla inacabable hacia el horizonte con la manera llana de un arenal, como si fuese un Sahara. La mar es flexibilidad. En cambio, ésta de los sargazos es apacibilidad. Los marineros, siempre crédulos, estiman a estos sargazos como presagio próximo de tierra. No sabemos el parecer de Colón y los Pinzones. Colón no ha escrito sino noticias sin intimidad; los Pinzones, nada; y para nosotros, que queremos historiar, y no novelar, todas han de ser conje-

turas. El sábado 22 se navegó con rumbo Oeste-Noroeste, «acostándose a una y otra parte», declara el Diario. La verdad es que se iba derechamente a la costa atlántica de los actuales Estados Unidos. Desaparecen los sargazos; luego, tornan. Se ven *pardelas* en el aire, bandadas cenizosas en el limpio espacio azul. Ya sobreviene el cansancio a la gente. Se oyen voces de «¿Hasta dónde iremos?» «Este mar no tiene fin»... Hay vientos de proa. Para Colón, se los envía el Espíritu, porque la marinería ya recelaba de un mar tan en extrema calma. Martín Alonso se afirma en su opinión de que es errado el rumbo que se sigue. ¡Hay que navegar al Sur! Y más lo sostiene en su parecer un extraño oleaje que ahora se levanta en el aplastado mar de los sargazos. Era a la manera de conos de revolución, que no hacen más que la mitad de su giro, y era, a la vez, negro el cuerpo y blanca de espumas la crestería, como el juego astral de un nigromante que fuese capaz de concertar conjuntamente el día y la noche. A estos fantasmales elementos, Colón les da semejanzas bíblicas y valor de bíblicos augurios. Martín Alonso los interpreta como fronteras de mares confusos y terribles, y que así convendrá navegar al Sur. Vicente Yáñez está más concorde con el dictamen del Almirante.

Y se hizo una paz obscura, una especie de lenta «fricción de alma» entre los capitanes y la marinería. Todos estaban en conformidad y todos recelaban a la vez... ¿De qué? Del Ignorado. No era escaso recelo. El lunes, 24 de septiembre, se ganó más camino al Oeste, y el martes, 25, se acentuó la calma. Luego, venteó. Y siempre al Oeste.

El día 25 determina un cambio de rumbo, suscitado por exaltaciones de la imaginación poética. Con el que se seguía se hubiera ido a la costa de la América Septentrional. Con la nueva opinión, se fué a las Lucayas. Seguramente, con aquel rumbo primero, que era el que quería Colón, la historia posterior americana y la historia del mundo mismo hubieran sido muy otras. Martín Alonso Pinzón —¿con error?, ¿con visión casi misteriosa de un futuro «determinado» ya?—fué el autor, el padre inconsciente y

espiritual también—padre de la vocación—de la América hispánica, obstinadamente tendida hacia el Sur.

Tres días antes, Colón había dibujado un mapa del archipiélago, que Toscanelli suponía situado a un millar de millas del Catay. El Almirante era de opinión de que ya habían alcanzado la longitud de aquellas islas y de que estaban navegando por entre ellas sin tocarlas. Había enviado tal mapa a Martín Alonso, que era de igual parecer, y atribuía el no haber dado con alguna de las islas a las corrientes que impulsaban las naves al Nordeste y a error de los pilotos, que no habían hecho buena cuenta de las leguas recorridas. Devuelta la carta por Pinzón al Almirante, se afanaba éste a la escasa luz del crepúsculo, aunque ya remediada con los faroles de aceite de a bordo, en examinarla nueva vez con Sancho Ruiz y los otros oficiales de su nao al lado. En esto, y a mil brazas de distancia, Martín Alonso, en su nave, se sintió arrebatado por un fulgente entusiasmo. Él y los que con él estaban creían ver tierra. Martín Alonso aseguraba que se abría a no más de veinticinco leguas de distancia, y, en efecto, al vago color, entre rosado y malva, de la tarde expirante, aparecían en un horizonte sudoeste montañas de nácar, que parecían de nieve, y montañas cárdenas, que parecían de hierro. Con su bocina, y puesto en la borda, Martín Alonso gritó al Almirante y le pidió albricias, porque el descubrimiento de la tierra esperada ya estaba hecho. Su gente se postró sobre cubierta cantando, en coro solemne, y con la rudeza de su ningún latín, el *Gloria in excelsis Deo*. Colón, que oyó todo esto, también puso rodilla en el madero para dar, igualmente con su gente, las gracias al Altísimo. Los de la *Niña*, con Vicente Yáñez Pinzón, muy ufano, declararon también, en el aire traslúcido de la tarde borrosa de crepúsculo, que ellos veían tierra asimismo.

Pero vino la noche, y con la noche el telón opaco que disipó montañas de nieve o de hierro. Pero la ilusión entrevista, aunque extinguida, sirvió de argumento en pro del parecer pinzónico de navegar hacia el Sur. Se hizo un

rumbo Sudoeste, que era tanto como conciliar los contrapuestos dictámenes de Colón y Pinzón. ¿Quería el Señor, que gobierna el mañana del mundo, y para quererlo así se servía de las opiniones de Martín Alonso, que fueran las pomposas Antillas las primeras comarcas venidas al encuentro hispánico, y no la América Septentrional, para otros reservada? He aquí cómo a la Historia, vista de una manera retrospectiva y en el *hacerse* de cada día, se la ve «formarse» y determinarse. ¿Por qué este cambio de rumbo? ¿Fué alguno más que Martín Alonso Pinzón el que lo quiso? El miércoles 26, ya haciendo rumbo Sudoeste, se convencieron de «que lo que decían que había sido tierra, no lo era, sino cielo». Y ante tal quiebra de la ilusión, acrecieron los murmullos entre la marinería, aunque sin llegar nunca a extremos de rebeldía, como se ha dicho por los fantaseadores de la Historia. Se ganaron treinta y una leguas. «La mar era como un río; los aires, dulces y suavísimos», declara el Diario. El jueves 27 fué jornada de obscuro afán, sin épica y sin tamaño. Vieron *doradas, rabos de junco.* El viernes 28 anduvieron, en medio de calmas, con demasiadas púrpuras de luz, con demasiadas sedas de brisas, catorce leguas. Los sargazos se extinguían en la lontananza. El sábado 28, la atmósfera era tan suave, «que diz que no faltaba sino oír al ruiseñor», explica el Diario. La mar estaba llena como un río. Las leguas hechas fueron veinticuatro. El domingo 30, hubo nueva visión de aves y las leguas navegadas fueron catorce. Colón proseguía en su diaria hipocresía de declarar menor camino del hecho. Este día declaró once leguas. Y se afanaba en precisar la posición geográfica de la Armada. En lo que se refería a sus zozobras, entre él y los dos Pinzones había un secreto bien guardado. Ya Martín Alonso había suscitado al Almirante las mismas vacilaciones de parecer que el Almirante mismo abrigaba. ¡En aquel hemisferio, el giro del cielo y el paso de las horas se les antojaban más lentas que en Europa! He aquí lo que escribe Colón y, en parte, Pinzón le sugería: «Las estrellas que llaman las guardias

cuando noche están junto al brazo de la parte de poniente, y en amaneciendo, en la línea por debajo del brazo al Nordeste, con lo que no parecen haber girado sino tres líneas, que son nueve horas, y tal en toda una noche». Pero Martín Alonso y Colón guardaban bien para ellos, y debajo de sus respectivos gabanes de cuero, este secreto común de la común incertidumbre de los dos. Pinzón, porque no podía haber sido engañado al respecto, sabía muy bien que las leguas recorridas eran muchas más que las declaradas a la marinería. Por eso rió mucho cuando le contaron esto; el piloto Sancho Ruiz, cabizbajo, sumamente apenado, porque se creía ya navegando, no por un mar, sino por una infinitud metafísica, se acercó a Colón para mostrarle su asombro a causa de haberse navegado ya, según su cuenta, quinientas setenta y ocho leguas, desde la isla de Hierro, en Canarias, sin hallar nueva tierra. ¡Se asombraba Sancho Ruiz de que las leguas recorridas fuesen ya quinientas setenta y ocho, y las que verdaderamente se habían hecho eran setecientas siete en aquel día! ¡El mundo era más grande de lo que pensaban Colón y Pinzón, según Marino de Tyro!

El lunes 1.º de octubre, ocurrió esto. El martes 2, se adelantaron—¿hacia a dónde?, ¿dónde estaba el adelanto?—treinta y nueve leguas. Se dijeron menos a la marinería. Colón y los dos Pinzones iban por entre sus hombres, con el rostro ficticiamente iluminado y las arterias del cuello tumefactas de puro gritar, exclamando: «¡Gracias sean dadas a Dios, que nos otorga tanta ventura!» Seguramente, uno de los mayores merecimientos que en la obra del Descubrimiento tienen los Pinzones es éste: no decaérseles la fe, ser constantes en el entusiasmo al lado del Almirante, ser impulsores del Almirante ellos mismos!... Pues, ¿no podían ellos haberse arrojado también al rumor vacilante y al pesimismo? ¿Tenían ellos tanta seguridad en los dictámenes del Almirante? Es que de igual dictamen y ciencia eran ellos, y así no son cooperadores y subalternos del Descubrimiento, sino codescubridores ellos mismos.

El miércoles 3, las leguas al Sudoeste fueron cuarenta y siete. El camino era largo, como que estaban haciendo la inconsciente singladura desde el paraje aproximado de las Bermudas, en que decidieron el cambio de rumbo, y las Lucayas. Con menos leguas, y siguiendo siempre al riguroso Oeste, ya hubieran llegado al continente americano. Volaban bandas de *pardelas*, en espesos tropeles, por delante de las lonas. Los marineros se maravillaban de tanta persistencia de aves terrestres—o que anidan naturalmente en tierra—sin encontrar tierra. Las algas y fucos se extendían—pero ya vistos de popa—en una milagrosa pradera gris-azul. Flores, frutos, tenía esta pradera. Era como un extraño abril en el mar. El jueves 4 fué día de sesenta y tres leguas; de cincuenta y siete, el viernes 5, y de cuarenta, el sábado 6. Aparecen «peces voladores», también llamados golondrinas. Se entretienen los marineros en verlos, con un recreo de niños. Pero luego tornan a los sollados, meditabundos. Son días de exaltados espejismos, de mirarlo todo con fiebre transparente en los ojos.

El domingo 7 de octubre, en punto de la aurora, Vicente Yáñez Pinzón, puesto en observación en el castillete de su nave, cree descubrir la apariencia de una tierra. ¡Siempre hay montes de oro en aquellos horizontes de claridad! Hace izar una bandera en su palo mayor y disparar un bombardazo. Es señal convenida. Todos se regocijan en las otras naves; algunos, no sin envidia, por ser los de la *Niña* los primeros que ven tierra, y por los premios ofrecidos a los que tuvieren tal fortuna. Pero tal tierra es ya ilusión al mediodía. Y pasan y nuevamente pasan con vuelo hacia el Sur, no ya pelícanos y *pardelas*, como otros días, sino aves netamente terrestres y que raramente se aventuran en los aires de la mar; aves de colores, «loros» las llaman los marineros, papagayos, de las que los marineros no tienen noticia; pequeñas aves otras, sonrosadas, o blancas, o de un verde metálico, como polveras del tocador de una dama. Vuelan al Sur, sí; denotan una tierra inmediata. Martín Alonso recuerda que, guiándose del vuelo

de los pájaros, han hecho los portugueses todos sus descubrimientos. Aquel volar obstinado hacia el Sur, de las aves, que van en busca de sus nidos, indica que por aquella parte está la tierra. Así lo manda decir a Colón, con exigencia nueva de rectificación de rumbo. Y que así lo hizo Pinzón está declarado por el testigo Vallejo en el pleito de los herederos del Almirante con la Corona. Colón se aviene a ello, y en consecuencia, puede decirse que es Martín Alonso el descubridor, en el orden de lo intencional intuitivo, de las islas Lucayas, primeras halladas en América, ya que el rumbo que a ellas llevaba era efecto de su obstinación. Veintiocho fueron las leguas de este día.

El lunes 8 se siguió el nuevo rumbo Oeste-Sudoeste, que era el de las aves que en el día precedente habían volado viniendo del Norte. Los aires les parecen a todos «olorosos». Es el lento otoño del Trópico, que huele a dulce y a ácido, como el fruto de la piña. El martes 9, se hicieron veinte leguas y media. «Toda la noche se oyeron pasar pájaros...», escribe el padre Las Casas. El miércoles 10, fué día de más navegación. Se adelantan cincuenta y nueve leguas. Y la gente murmura ya sin recato. Son demasiados dulces aires, demasiado vuelo de aves y muchas promesas de tierra sin que la tierra se halle. ¿Terminará el mundo allí, en una especie de divina fiesta y un lujo primaveral, en vez de concluir en hórridas manos de Satanás, cual se pensaba en la Edad Media, y todos estos marineros oyeron narrar de niños; pero, de todos modos, allí terminará y será imposible encontrar tierra por más que se la busque? Éste es el pensamiento del marinero indocto cuarenta y ocho horas antes del Descubrimiento. Y si no pensamientos supersticiosos, en el ánimo de Colón y de los Pinzones, aunque ellos no los declaren, también han acrecido las incertidumbres. Van los Pinzones y el Almirante haciendo a todos la señal de la cruz, y susurrando la augusta palabra: Dios... Muchos creen que esto, lejos de ser aliento, es un anticipado funeral. El jueves 11, hubo mar gruesa durante todo el día. Vieron un *junco de ribera*, con cieno en las

patas, que se posó en una verga. Seguían las *pardelas* coloreando los aires. Los de la *Pinta* observaron flotar en el agua una caña de bosque y un cayado de obra humana. Y también una tablilla que tenía grabado un dibujo o arabesco. «Con tales señales respiraron y alegráronse todos...», se lee en el Diario. Hasta ponerse el sol se recorrieron en este día veintisiete leguas. Tras el sol puesto, no se sabe por qué venturosa veleidad, se rectificó el rumbo, que ahora fué el riguroso Oeste. Desde el crepúsculo hasta dos horas después de la media noche se ganaron veintidós leguas y media, y los de la *Pinta*, que por muy velera, se había adelantado a las otras naves, fueron los primeros en ver tierra. Este acaecimiento, dijera lo que dijese el Almirante, fué siempre y mientras vivió orgullo de Vicente Yáñez. «Esta tierra vido primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana.» Pero este hombre era de la *Pinta*. Entretanto, el Almirante, a las diez de la noche—o sea con simultaneidad casi con los otros—vió al lejos una luz, como fuego fatuo, o lámpara en mano de uno que camina. Llamó al repostero de estrados del Rey, Pero Gutiérrez, y al veedor Rodrigo Sánchez de Segovia y les mostró aquel resplandor. A poco, un marinero, natural de Lepe, vino corriendo de la parte de proa con este grito en la boca: «¡Lumbre, tierra!». El criado de Colón, llamado Salcedo, interceptó su júbilo con estas palabras: «Eso ya lo tiene visto el Almirante, mi señor.» Entonces, Colón en su nave y los Pinzones en las suyas, convocaron a todos los hombres, y todos con la rodilla sobre el duro madero de cubierta, cantaron, o rezaron, como Dios quiso—pero Dios los veía con amor—el *Salve Regina*. Las voces rudas, torpes, de aquel centenar de hombres, distantes unos de otros, en sus respectivas naves, sonaron en el aire transparente a pesar de la noche, de color de amansados berilos y de un azul de cristal, con una majestad exasperada. Martín Alonso Pinzón moriría pronto. Vicente Yáñez aún viviría bastantes años. Pero a ninguno de los dos se le borró de la emoción la claridad solemne de esta hora mientras vivieron. A ellos, marineros

mercantes de la villa de Palos, les había otorgado, como a capitanes, el ser coautores de la más grande empresa de los siglos. Era la medianoche, en que comenzaba el 12 de octubre de 1492. Estaba descubierto el Occidente no conocido. Y Martín Alonso pensó que tornaría triunfador a los brazos de aquella María Alvarez, su mujer, que apenas había de comprender la magnitud de la gloria aquella. Y Vicente Yáñez, aunque ya viejo, se creía como mozo otra vez. Y Francisco Martín Pinzón, piloto en la *Pinta*, se creía que él mismo y cada uno de los hombres aquellos que en las naves estaban, eran tan perfectos descubridores como el mismo y coruscante Almirante don Cristóbal Colón... Visto lo que él pensaba desde el alto mirador del Espíritu, no erraba del todo.

A la mañana siguiente y luminosa del día 12 fué el desembarco en la pequeña isla de Guanahaní, Watling o San Salvador.

«La atmósfera de aquella madrugada del 12 de octubre era purísima, de un azul casi glauco, veteado de colores aún más claros, iguales a piedra crisoprasa. Se veían en la distancia los árboles gigantes—seguramente eran cedrelas, itaibas, sándalos— y, salpicadas aquí y allá, palmeras de flexible tallo, cabeceantes a una sutilísima brisa. Colón y los suyos estaban de la parte de afuera del cinturón coralino de la isla, al que llama el Almirante restinga, y como el agua marina entre el banco de coral y la islilla era mansísima, verdadera haz de una fuente, en ella se reflejaba la luna con la misma quietud que lo hubiera hecho en un espejo de azogue.» «En espera de aquella tierra edénica y en espera de que naciese el siguiente día, amainaron los navegantes todas las velas y se quedaron sólo con el treo—que es lona del palo de popa—, despojado de bonetas, y se pusieron *a la corda*, o sea, dicho de otra manera, al pairo o de través al Este, para que los buques no tuvieran movimiento.»

Estas precedentes líneas, que reproducimos de nuestro «Colón», objetivan, a nuestro parecer, dos perspectivas de aquella noche: la lejana de la islilla coralina y frondosa, y la inmediata que tenían los navegantes de sus propias naves. ¡Y el cielo, caliente de un azul de vidrios chispeantes, por cúpula de todo! También de esas líneas puede sobrevenir la que podemos imaginar como «novela» de aquella noche. Una pequeña anécdota novelesca de los Pinzones, consentida por una voz a nuestra pluma, fiel servidora de la Historia y ausente de toda fantasía problemática. Menos de una sola, ésta: Martín Alonso pasó a la nave de Vicente Yáñez.

—Hermano—le dijo—, ¿crees que tendremos honor y fama de este descubrimiento?

—Lo creo.

—¿Crees que de esta empresa obtendremos grandes riquezas?

—Creo que todas serán para ese otro.

—¿Las buscarás tú?

—No yo.

—Seré yo entonces el que lo haga.

Desde este día, y es el mismo orbicular, solemne 12 de octubre, Martín Alonso se decide, no a la indisciplina y a la deslealtad, que son vicios ajenos a un perfecto español, sino a hacer alguna granjería por sí con independencia del genovés, al que ya se le supone, por palabras más o menos indecisas que ha oído de su boca, un ánimo comercial de demasiada exclusividad. Tal vez—seguramente—este pequeño diálogo escrito, estos supuestos, son lo menos histórico y comprobado y lo más novelesco e imaginado con que pueda hacer caprichos una pluma. Sin embargo, debajo de esta menuda novela y diálogo hay una autenticidad histórica, cual suele acaecer en otras muchas novelas. Los acontecimientos que seguirán y la compleja psicología siguiente de Martín Alonso, que parece poco ex-

plicable y como a saltos, quizás estén ya contenidos en estos rasgos precedentes de puro fantasear.

Martín Fernández de Navarrete ha buscado la isla del primer desembarco colombino entre los Caicos y las Turcas, archipiélagos próximos a Haití. Harrisse, el competente americanista, ha creído que tal isla era la de Aklin. Pero no es otra, la del nombre lucayo de Guanahani, que aquella que ya contrastó en el siglo XVIII nuestro don Juan Bautista Muñoz, y de quien la opinión han seguido Peschel y el capitán Becker, a la que los ingleses llaman Watling y Colón nombró de San Salvador, situada bajo los 24 grados de latitud Norte y a los 74 grados de longitud Oeste. Las Casas la describe con pormenores que solamente corresponden a Watling, cuales son tener una ensenada espaciosa, un desarrollo de unas quince leguas, un interior lago de agua dulce y la configuración de una haba. La habitaban gentes del grupo *azawan* de los aruacos, o antillanos pacíficos.

En la mañana del día 12 fueron en una barca a tierra Colón, Martín Alonso y Vicente Yáñez Pinzón; el veedor Rodrigo Sánchez de Segovia y el escribano Rodrigo de Escobedo, con otros más. Se tomó posesión de aquella breve tierra. En el «animus possidendi» de aquellos recién llegados estaba el tomar posesión también, y aunque ahora sólo fuera por signos, de todo el hemisferio a que aquella isla pertenecía. Y, en efecto, y corriendo los años, así fué. El Almirante iba todo vestido de escarlata y coraza. También coraza llevaban los Pinzones y todos, con la excepción del escribano. Agitaba el Almirante la bandera real. Martín Alonso y Vicente Yáñez ostentaban sendos estandartes blancos, decorados con una cruz verde y las siglas de los Reyes, una F. y una Y., rematadas en cumplidas coronas y entrambas bordadas en los ángulos superior de la izquierda e inferior de la derecha de los mismos estandartes.

El Almirante llamó con voz ritual a los dos Pinzones, en cuanto capitanes, y a Segovia y a Escobedo, por los oficios que ejercían, y a los demás, como testigos, para que le diesen fe de que él tomaba por los Reyes la posesión de aquella tierra. Todo era júbilo de sol y júbilo en los hombres, que, apoyados de codos en las bordas y amuras de las naves, contemplaban el magnífico suceso, habiéndose acercado a la isla cuanto los bajíos de coral les consentían. He aquí una breve solemnidad a la que no excede en entidad suntuosa y de dilatación histórica más que otra sola en toda la historia del mundo: el Viernes del Calvario. Este 12 de octubre de 1492 también era viernes, como viernes fué el 3 de agosto de la partida.

Los lucayos, o indígenas, paradisíacamente desnudos y del color rielante del puro cobre, más estupefactos que si hubieran visto desplomarse la celeste bóveda, se llamaban de unos en otros, formando multitud sobre las arenas y rocas de la orilla, y diciéndose en su lengua de pocos conceptos:

—Venid, y veréis a las gentes que han llegado del cielo.

El domingo 14 fué pesquisada la isla de Guanahaní. En días sucesivos, los de la Armada castellana descubrieron y reconocieron las islas de Santa María de la Consolación, que aún conserva este nombre, aunque la gente inglesa la conoce por el de Rum Cay; la Fernandina, del nombre del Rey Fernando, y que es Exuma la grande; la de Samoet, «en donde estaba el oro»—¡donoso oro el que podía encontrarse entre bancos de coral!—, a la que Colón llamó la Isabela y los ingleses denominan Isla Grande, Long Island, porque, en efecto, es larga y descoyuntada y flexible, como una flámula... Se admiran todos del bosque virgen, que han plantado los vientos y las aves que conducen las lejanas semillas. He aquí noticias «exactas», cual hubiera dicho Stendhal, con referencia a la desconcertante fauna y

flora de este archipiélago, que enamoraba las miradas de nuestros Pinzones onubenses, no hechas más que a vides, olivos, apacibles carneros y gruñidores animales de vista baja, a los que citamos como hispánicos, y con perdón, como dice Cervantes. Hay cedrelas, cuyos troncos no pueden abarcar tres hombres con las manos enlazadas, de madera esponjosa y roja, parecida a viva carne, y de las que las ramas cubren el paisaje de pomposas semiesferas, o sombrillas; hay el palo santo, de un cálido color rubio, como onzas viejas; hay itaihas, árbol vaporoso y femenino, cuyos ramos juegan en el aire como las *cometas* que hacen los niños. En el Diario de navegación se lee así: «Aquí los peces son tan disformes de los nuestros ques maravilla. Hay algunos hechos como gallos, de las más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todas colores, y otros pintados de mil maneras.» Son el pez túrbido, el pez-ángel, el *squirrel*, el *yellowtail*... Uno tiene cola para timonear, de topacio; otro, dos largas crestas, una dorsal y otra ventral; otro es de cabeza monstruosa y cuerpecillo corto, como nuestros cabezudos de procesión de Corpus... Todo esto, para nuestros Pinzones y navegantes, es la sorpresa de los sentidos, y aun más la sorpresa de la inteligencia y la seguridad de que aquél es otro mundo, otra mitad del mundo.

Los lucayos, tomados como prisioneros, o como intérpretes, hablan de una gran isla que está al Sudoeste.

—¡Colba!—, lo que es lo mismo que decir Cuba.

También la nombran Bosio, o Bohío, del nombre de sus casas, y también citan el país del oro, que es Babeque o Caritaba. Colón inmediatamente supone que se trata de Cipango, pero Martín Alonso, a esta suposición, tuerce el gesto dubitativo. Se va hacia ese sudoeste de promesa, y el domingo 28, las tres naves descubridoras arriban a Cuba por el paraje que el Almirante llamó río y puerto de San Salvador, y es ahora conocido con el nombre de bahía de Nipe, a seis leguas al sursudeste de la punta de Mulas. Al río lo circuye un bosque de palmerales, verde y rizoso, como

seda tornasolada. «Nunca vide cosa tan hermosa, de árboles todo cercado el río», escribe Colón, y los dos capitanes Pinzón, que nada escriben, van confirmando ya su sentimiento de independecia y de lucro propio. ¡Ellos también han hecho; ellos también merecen! Allí, por entre los palmerales, está el trágico perro mudo de las Antillas, de ojos de color de caoba, a modo de lechuza, cuya boca no ladra. El 29 se busca al rey de la isla. ¡Quimera! No se topa con ningún rey. Con lo que se topa—y los exploradores son Rodrigo de Jerez y Juan de Torres—es con algo, que entonces parece trivial, y que luego llenará al mundo de humos, de necesidad y de psicosis: el tabaco. Lomas del Mañueco, río Mares, cabo de la Palma, otra vez la punta de Mulas; éstas son las primeras exploraciones cubanas de este primer viaje. Pero hay que buscar el *nucay*, que es el nombre lucayo del oro; hay que ir a los países que lo tienen, de Cavila, de Bafán, sobre todo el de Beneque, que, en definitiva, no se encuentra por ninguna parte. Lo que se encuentra es la isla de Haití, o Quisqueya, la isla Dominicana, la Española. El día 1.° de diciembre está la Armada en el puerto Santo, o de Baracoa. Se observa el río Boma, el cabo Lindo o punta del Fraile y el frontón oriental de Cuba, que es una extensa playa, a que llaman Punta de Maia, y comprobando los capitanes la altura de 21 grados de latitud Norte, que persiste por toda aquella costa, miran al Sudeste, y entre una niebla rosada y punteada de chispas metálicas, que ondea sobre la mar, igual que un velo, se les aparece la grande isla, que luego se nombrará la Española. Porque se llegaba la noche, Colón mandó a Vicente Yáñez que con su *Niña*, muy velera, fuese en cabeza para alcanzar aún de día aquella tierra. El que se veía era el puerto y mole de San Nicolás. Mas por mucho que Pinzón hizo soltar el trapo, cuando rozó aguas de aquel puerto ya era venida la noche. Mandó Vicente Yáñez destacar una barca para que sondease aquellas aguas, y en la barca, en que estaba el mismo Pinzón, se hizo una lumbre en fanal, que el fuerte viento apagó. Encendió entonces Pinzón unas antorchas

de filástica, y la nao de Colón pudo llegar hasta allá guiada por aquella lucecilla distante, que parecía un roel dorado e incrustado en la noche. Hubo que barloventear toda aquella madrugada, y Vicente Pinzón no estaba nada contento de las premuras del Almirante en tomar aquella tierra. Al amanecer, estaban todos a cuatro leguas de San Nicolás. Hasta la hora de vísperas del día 6 no se dió ancla en aquel puerto, y se le nombró de San Nicolás por ser la fiesta de tal Santo. Lanzada la sondareza, el fondo era de cuarenta brazas. Allí estaba la roca del Carenero, parda como grupa de dromedario, y una islilla peñascosa. El paisaje era más abrupto y menos frondoso y vegetal que el de Cuba. Pronto advirtieron los españoles que los naturales de allí eran de peor trato que los lucayos, y vieron correr por entre el herbazal el extraño *hutia*, y en las aguas moverse el voluminoso mamífero fluvial: el manatí. Ya desde San Nicolás fueron navegando al hilo de la costa. Toparon con el cabo Cinquín, la bahía del Mosquito, el puerto del Escudo, la población de Tres Ríos... Y un valle como del paraíso y un río grande, al que nombraron candorosamente Guadalquivir. En el puerto de la Paz, después, hacen un breve asiento, y desde allí, una exploración tierra adentro. Descubren la hostilidad, o la cobardía de los naturales, y descubren el ñame, o niame, gran manjar isleño, que nuestros historiadores primitivos de Indias llaman *aje*, y que es, sencillamente, la batata. El día 16 de diciembre encuentran el ejemplar humano extraordinario que venían buscando: ¡un rey! Y no un rey, como príncipe de Cipango, o emperador del Catay, cubierto de una veste de hilo de oro, con tiara de piedras preciosas, sino un pobre rey desnudo, demasiado cercano a la Prehistoria y a la bestialidad.

Se le halagó con sonajería y anillos de latón. Su importancia regia consistía en la severidad de sus movimientos. Era el pobre muchacho desnudo—porque muchacho era—un intimidador psicológico. Comprendía instintivamente que es el prestigio el que hace al ídolo y al rey. No tenía soldados, pero sí la comedia de una superioridad. Rodea-

ban al mozo un ayo anciano y algunos de su consejo. En presencia este reyezuelo de Colón y los pilotos, le fué preguntado el país del oro. Si Colón pedía oro, Martín Alonso Pinzón no lo había pedido menos. Vicente Yáñez y el tercer Pinzón eran más indiferentes al lucro. Un indio de Guanahaní, que ya podía interpretar algunas palabras, explicó cómo esta gente que llegaba era la del cielo y venían a la tierra en busca de oro, porque necesitaban su brillo para el sustento de sus horas, y porque el oro mismo era reflejo del disco solar, de donde estos viajeros procedían. En la mentalidad primaria del indio no eran posibles los conceptos de que el oro tuviera un valor en cambio y otro de apropiación. El régulo se conformó con contestar el nombre de la isla de Beneque, o Baveque. Pero, oh, Señor, que concedes la riqueza, ¿dónde estaba esta isla? El mismo reyezuelo no lo sabría decir.

Las naves colombinas habían anclado en la canal que hace el mar entre Haití y la isla de la Tortuga. Las gentes de la Tortuga vinieron a la costa de la Española—por cierto, bautizada así por Colón en su Diario del pasado día 9—, y se mostraban muy orgullosos de que en su isla pequeña hubiese más oro que en Quisqueya, atribuyendo este favor de los dioses a estar ellos aposentados en mayor proximidad de la dichosa Beneque. Desde este punto y hora ya le raspó en el pecho a más de un tripulante el deseo de irse por su cuenta en busca de la tal Beneque. El comerciante antiguo que había en ellos ¿podría resistir la tenaz sugestión? Y así fueron los días 16 y 17. El 18 tornó a la nave capitana el cacique o rey mozo. Lo era de la aldea que hoy se llama de Gros Morne, a cinco leguas del puerto de la Paz. Colón le ofreció de sus viandas... Vicente Yáñez Pinzón quería recogerlo con un intérprete a solas. El cacique no hacía sino probar los bocados, y luego, remitirlos a su corte, que había quedado sentada a la morisca en un rincón de la cubierta, como todo un gallinero en reposo. Colón le instó a poner una gran cruz de madera en mitad de su aldea. Y el reyezuelo

accedía, indiferente. Se plantó la cruz, y era negra, inmensa, por encima de los alfaneques o bohíos. «Los indios —se lee en el Diario—hicieron oración y la adoraron.» En su bárbara sencillez, adoraban a lo infinito inexpresable. No sabe mucho más el filósofo que adora lo que no conoce. Las aves de color, cuando la noche fué llegada, le huyeron, como a fantasma, porque quizás les parecía signo extranjero en aquella tierra. Mas cuando después fué la mañana, comprendieron, con la algazara de sus trinos, que no era extraña allí, ni en parte alguna; que era universal. Y trazaron cien guirnaldas de variado matiz en torno a la alta cruz, que se hacían y deshacían en el giro insistente de sus plumas.

La jornada del día 19 concede a los descubridores el «angla», o adra, hoy llamada Puerto Margot. Luego, el paraje de los Dos Hermanos y la islilla de Santo Tomás, el día 20, así nombrada del Santo que se conmemoraba; el cabo de Carihata, nombrado ahora Acul. El 21 se va a pesquisar con las barcas. Colón declara en su Diario que «ha andado veinte y trés años por la mar sin salir de ella tiempo que se haya de contar», y, empero, ni en Poniente, ni en Levante, ni en Inglaterra o Guinea vió la perfección de estos puertos. Tal vez estimaba ya esta tierra como suya, y siempre se dan preferencias de afecto a lo propio. Las gentes indígenas se le acumulan en las playas, porque ver naves, que no almadías, y hombres barbudos les parece más que milagro. Daban gracias, entre alaridos, con las manos en alto, al vago cielo... ¿Por qué? La llegada de los extranjeros, hijos del cielo, parecía a ellos un regalo que les hacía la Divinidad... ¡Ya mañana los pondrían a trabajar en las minas estos llegados celestes! Corrían alocados los naturales, al brillo claro del sol; su piel de cobre tenía rieles luminosos, sus cabelleras laxas eran como crin de un corcel enteramente negro. Traían en ofrenda búca-

ros cerámicos, ajes y pan de cazabe, ¡lo que era su pobreza para darlo a los dioses! Siempre el hombre cree que ha de sacrificar a la divinidad. Y no mostraba la multitud varas, azagayas, ni otra arma. Fueron seis cristianos a ver al rey del lugar. Y el rey, que los creía númenes avariciosos de oro, para tenerlos propicios, pedazos de oro les dió. En cuanto tal oro estuvo en manos de Colón y de Vicente Yáñez, ellos opinaron que este «país y puerto era el mejor del mundo», y lo llamaron mar de Santo Tomás.

Se acercaba la Pascua navideña. Cristianos viejos los que en las naves iban, sentían la nostalgia del hogar lejano. No tanto Colón, que apenas lo tenía, y mucho la sentiría Martín Alonso, esposo de mujer buena y padre de seis hijos. Sólo por la soledad imponente del mar en que se hallaban se creían más próximos del Dios que iba a nacer. Amanecido el día 22, se soltaron velas para ir en busca del país del oro: Bequene la Maravillosa. Días antes, Martín Alonso había tenido la prisa del camino. Más de una vez consultó con sus hermanos esta especie de roedor interno de una ambición larvada. Vicente Yáñez se quedaba con la palabra suspendida del labio y los ojos inexpresivos. Sus opiniones eran una interrogación sin respuesta. El otro se encogía de hombros, a lo labriego y ganapán, como si le propusieran hacer una cavada de más o de menos en una viña. Pero, el señor de aquella tierra, que era la de Mairón, el cacique Guacanagari, luego largamente famoso, envió una embajada a las naves, en solicitud de que no se alejasen de aquellas costas. Si los que llegaban eran hijos del cielo, él quería retener a los dioses consigo. Cualquier alma piadosa hubiera hecho lo mismo. Ofrecía su oro. ¿Cómo no ir a las casas del cacique, aunque estaban a tres leguas tierra adentro? Fué allá el escribano Escobedo con cinco más, y Vicente Yañez tuvo mucho cuidado de que alguno de ellos fuese de los de su nave. Y contemplaron al reyezuelo desnudo, tan agradable y humorístico como un tonel de grasa, y con sus muchas mujeres detrás, formando corro como grullas en senado y con el pico atento. También esta-

ban allí sus dignatarios, consejeros, chamberlán, todos en vestidura adámica, que la clámide no hace al consejo. Sentó a Escobedo el cacique a su lado, le dió a comer frutos golosos del país y le ofreció algodón hilado. ¡He ahí la industria humana que allí empezaba! Pero no dió oro, que era lo que importaba, porque allí no lo había. El Baal de labios fríos, que los navegantes buscaban, estaba ausente de la primaria sociedad de aquellas gentes felices. Y Escobedo partió de allí como can de hocico mustio.

El día 23 se produce un acaecimiento que fué algo así como la aurora del oro. Dos indios lucayos, intérpretes, que se habían hecho muy dóciles y serviciales, recorrieron las tierras de aquellos cacicatos. Trajeron afortunadas noticias del oro, y los pilotos y Colón las creen, a virtud de las pruebas que en las manos tenían, de naturaeza experimental, porque Colón ha escrito así: «*porque en tres días que había que estaba en aquel puerto había habido buenos pedazos de oro y no puedo creer que allí lo traigan de otra tierra*». En su intuición mística del universo, Colón cree que el Señor, providente de todo, les quiere conceder aquel oro, del que no se extinguirá la fuente, para que sean, como ricos, aptos para las más maravillosas empresas: rescatar el sepulcro de Jerusalén, como él pensará o escribirá años después. Le ofrece estas perspectivas mentales a Vicente Yáñez, que está a su lado. Vicente Yáñez sonríe vagamente. Primero que conquistar el sepulcro de Jerusalén habrá que rescatar de algunas deudas las viñas que él tiene en su lugar. Y los dos están asombrados de la multitud de gentes que se apiña, más que se esparce, en la playa cercana. Viene a adorar a estos enviados del Cielo, que apetecen oro, como Moloch quería víctimas humanas o Annytis caldea pretendía desfloramientos. El mismo Colón escribe a Luis de Santángel, desde Lisboa, ya concluído el viaje, el 4 de marzo de 1493, con referencia a indios: «*siempre están de propósito que vengo del cielo, por mucha conversación que hayan habido conmigo*». La muchedumbre de la playa ahora, porque quiere complacer y ofrendar a los teurgos viajeros, con una on-

dulación y deslizamiento del color del cobre, debajo del bárbaro sol, y con millares de brazos mostrativos, extendidos hacia el Sudoeste, grita así:

¡*Nucay*! (¡Oro!).

Era esto en el puerto de Guarico. El cacique, seguido de su muchedumbre, tan apacible como va un rebaño detrás del morueco, vino a rogar a Colón que no partiese de allí. ¡Que se quedase a morar entre ellos, ya que era la verdad, el testimonio de la verdad, que del cielo venía! Pero Colón no se detuvo allí. Antes de salir el sol del 24 de diciembre levantó anclas, con viento terral. Llegóse a él, en el instante último de la partida, un indio viejo, discreto, rugoso, una especie de simio filosófico. Este hombre habla de los cerrados valles y sierras de aquella gran isla y habla del oro, mientras pronuncia por vez primera la palabra o denominación geográfica que será a la vez esperanza y maldición:

—¡Cibao!

Colón toma el sonido que oye por el de Cipango. ¡Siempre tenía en la memoria las lejanas nomenclaturas de Marco Polo, que habían coloreado de paisajes distantes las horas de su juventud! Pero, con todo, parte. Navega con poco viento en aquella noche que llaman buena... ¡ahora que en España estarán repicando rabeles y gruñendo zambombas, junto al llar amoroso de toda casa, y él y los suyos padecen y están en doble zozobra, física y espiritual! Pero no ya la zozobra y la promonición del desastre, sino el desastre mismo, hórrido, tangible, llegará unos momentos después. Por fatiga de Colón, que, tras tres noches de vela, cae rendido en su lecho, por abandono que el timonel hace de su gobernalle en un grumete, y quizás a causa de desidia misma del maestre, la nao, la *Santa María*, encalla en un bajo de arena. Se deshace, quizás más por la precipitación de la gente en trasladarse con los bateles—o un solo batel, he aquí una pequeña cuestión crítica— a la *Niña*, que por la misma flojedad de su fábrica, segunda explicación que, con reproche a los de Palos, que le dieran esta nave, ejercita

Colón en su cuaderno de memorias. El buen cacique acude, en el lúgubre día de Pascua siguiente, a auxiliar y consolar a Colón y los suyos. Y con los despojos de la *Santa María* se labra el Fuerte de la Natividad, primerísimo establecimiento español en Indias. Colón se justifica a sí mismo el grave quebranto, porque así *funda, establece*, hace *colonia*. Y colonia que acopiará oro para cuando él vuelva otra vez. Es Diego de Arana, su cuñado de la mano izquierda, o en igual calidad primo, quien quedará por capitán de aquel llamado *fuerte*, dechado, por paradoja, de toda endeblez. El acaecimiento de la pérdida de la nao y la especie de desquizamiento moral que han mostrado casi todos los de la *Santa María* al atender antes a su huída que a la nave—y, en fin de cuentas, no fueron recibidos en la *Niña*—, lo tiene él «a gran ventura y determinada voluntad de Dios...» ¡Supremo consuelo del que cree en un Dios providente, que va tramando la ilación de los sucesos! Por vías quebradas de mal, acepta que le llegue la epifanía del bien.

El día 21 de noviembre, la carabela la *Pinta*, de Martín Alonso Pinzón, se había apartado de las otras dos naves. Quería Pinzón lanzarse a la busca del oro por sí solo. ¿O quería hacer personales descubrimientos? Como, en defitiva, él fué a la costa norteña de Quisqueya, y en reconocerla precedió a Colón en algunos días, casi se le puede dar por el original y primer descubridor de la Española. Mas no era épica, al parecer, en esta fuga o independencia, la inspiración que lo guiaba. Era voluntad de separado lucro. ¿Tenía razones para desligarse de Colón y aún desdeñarlo? ¡Lo tentó el Malo hacia pecado de deslealtad, el Malo, que lo mismo ara los caminos del mar que los de la tierra? En rigor de verdad, ¿debía él una lealtad de tipo marinero y castrense, o siquiera de conformación ética, al extranjero Colón? Éstas son preguntas de las que podrán derivar un ovillo de razones los aficionados o los desafectos a uno u

otro personaje, y las razones tales serían siempre muy varias.

Aquel día escribió Colón en su Diario esta línea cruel, dolorosa, en que apunta un odio, como una larva que se emancipa de su tiniebla: «...otras muchas cosas me tiene hecho y dicho...». No hay una constancia histórica de lo que hiciera, hallara o concluyera Martín Alonso en su largo periplo solitario. Todas han de ser inducciones, según la posibilidad psicológica. E inducciones vacilantes. ¿Quería, al adelantarse, y pues ya llevaba rumbo del Este, retornar a España, antes de Colón, para dar la noticia primera del Descubrimiento y él mismo reputarse el solo descubridor, amén de atesorar el oro que fuere hallando al paso? ¿Hay en la quizás no más que aparente insubordinación de este hombre, una arrogancia hispánica, lo que sería honroso timbre para su recuerdo histórico o sólo una baja apetencia avariciosa, lo que sería el deshonor contrario? El 27 de diciembre, más de un mes después del aquel día 21, llegan noticias a Colón—vagas noticias susurradas por los indios—de que la carabela pinzónica navega por el otro cabo de la isla, reconociendo calas y ensenadas y pidiendo oro a los naturales. ¿Y cómo los que estaban en la nave, todos, todos, fueron tan fáciles asistentes a la separación de Pinzón? Allí estaban Cristóbal Xalmiento y los hermanos Quintero. ¿Hacían todos compañía para la busca irregular del oro, o todos tenían tildes con que escoriar en el carácter de Colón? Colón, en seguida, emitió su parecer de que Pinzón daba trato tiránico y cruel a los indios para arrebatarles el oro. Pero, ¿hay de esto alguna constancia que no sea el propio dicho de Colón? El cacique, aliado de Colón, envió allá, a la parte norteoriental de la costa, ciertamente lejana, una canoa con gente de la suya, para buscar a la dicha carabela. En tal canoa embarcó con los indios un marinero «*que amaba tanto al Almirante que era maravilla*». Era el criado de lealtad, que es la virtud suprema del criado.

Entretanto, se construía el Fuerte de la Natividad, y el Almirante recibía cotidianamente ofrendas de oro. Una

gran máscara de tal metal le remitió el reyezuelo. Era el rostro de un ídolo, que ha labrado un paciente martillo de cobre. Un dios sin belleza, siendo la belleza la única justificación del falso dios. Se le refirieron a Colón cuáles eran las provincias auríferas y se le dieron los nombres de Guarionex, Macorix, Mayonix, Fuma, Coroay y la reiterada Cibao. Vinieron caciques, federados y vasallos de Guacanagarí, a rendir pleitesía a Colón. ¿Qué era, entretanto, de Vicente Yáñez Pinzón, con su hermano ido, y en fricción de recelo que debía estar con Colón, a quien tenía en su nave? No podía en presencia del otro aprobar la personal correría de su hermano; no ponía palabra en su labio que fuera de elogio, pero también se ahorraba en cuanto podía las de censura. Bajaba frecuentemente a tierra, y lo hacía sin ir seguido de muchos hombres y sin llevar consigo demasiadas armas. Era un crédulo en la amistad del reyezuelo Guacanagarí, y tal vez por estos días no se equivocaba. Era preciso que los castellanos descendiesen a los ojos de Guacanagarí de su categoría de dioses a la mùy modesta de hombres, como ocurriría algún tiempo después, por obra de la avaricia y lascivia de ellos, para que el antes respetuoso amigo, en encubierto enemigo se trocase. Y al bajar a tierra, Vicente Yáñez, cuya complexión intelectual «cientifista» es bien notoria—o, por lo menos, a nosotros nos lo parece—, y de ella dan buena prueba sus mismos desasimientos de los lucros y negocios inmediatos, se dedicaba candorosamente—o sabiamente—a trabajos de botánico. Tornaba a la nave, antes de llegar la noche, todos los días, muy contento de sus exploraciones de herborista por la selva. Había hallado ruibarbo, lo que era gran hallazgo en aquel tiempo, en que al ruibarbo se le estimaba como panacea universal. Posiblemente no era ruibarbo lo que hallara, sino otra hierba que se le parecía; pero, ¿quién pone frenos al entusiasmo de la ciencia incipiente? También almástiga, mirabolanos y otras maravillas encontraba, aunque no la buscada canela. Lo cierto era que, en tanto su hermano Martín Alonso estaba en indisciplina notoria,

aunque tenga atenuaciones morales, buscando oro por aquellas calas y ensenadas, él, en disciplina perfecta y hasta pudiendo pasar por bienhechor del Almirante, pretendía el solo descubrimiento de las hierbas medicinales. Tornamos a nuestro juicio primero: este Vicente Yáñez siempre tuvo alguna propensión de hombre de ciencia, y había de corroborarla luego con sus navegaciones nada comerciales ni guerreras, sino de pura información geográfica, cual aquella en que descubre el Amazonas; sus investigaciones sin aparente finalidad por las Bahamas y aún aquel problemático viaje a Honduras y la costa del Yucatán, que se le atribuye en la compañía de Juan Díaz de Solís.

Colón quería, en tanto, hacerse un poco el personaje supremo e indiferente, que está por encima de los acontecimientos humanos, como lo están los héroes y semidioses cuando se dignan habitar por algún tiempo entre los mortales. Quería, sí, significar que tanto se le daba de la lealtad como de la deslealtad de los Pinzones. fué en el bohío del monarca Guacanagarí, donde aparecían todas sus mujeres desnudas, como espectros cobrizos de descendentes pechos y abombados muslos, a la vaga penumbra que producían los espesos muros y techumbres de bálago. Allí se operó una ceremonia, que tenía tanto de religiosa como de civil. Todos comieron de la misma escudilla, todos prometieron hacerse cristianos—pues por cristianos entendían hacerse adoradores de aquellas criaturas barbudas, que eran viajeros del sol, hasta que llegaran el padre Boil y otros frailes a explicarles que cristianismo era otra cosa—, todos pusieron rodilla en tierra, pero los idolillos monstruosos, semejantes a panzudos toneletes de oro o a grotescas máscaras permanecían en pié!

Y en estos días fué cuando se supo que la *Pinta*, de Martín Alonso, estaba al Este y en un puerto no lejano. Ya el último día de aquel año de 1492, Colón estaba haciendo preparativos para el retorno a España. Se tomó agua y leña. El Almirante se sentía empequeñecido al no poseer sino una sola nave, y la más leve de las tres. El día primero del

año de 1493, fué de reposo físico, y aun de interno sosiego espiritual para él. Vicente Yáñez dejaba hacer. Ahora ya no mandaba él directamente en su nave; ahora mandaba inmediatamente en ella Colón. Tornó el marinero que había ido a tomar noticias de la *Pinta*, acompañado por algunos indios, sin haberla hallado. Y Colón, en áspero coloquio con Vicente Yáñez, daba la que llamaba traición del otro por consumada, y él se encomendaba a la piedad de Dios para poder tornar a España. Los más de los tripulantes de la *Niña*, eran, precisamente, de la familia paleña de los Niños. Padecía de muchas sospechas respecto de la confabulación en que los tales Niños pudieran estar con los Pinzones, al fin y al cabo, conterráneos y medio parientes suyos. Pero se trataba de brumas mentales del genovés. Había muchas menos traiciones de las que él imaginaba, y la misma de Martín Alonso era más que discutible, y, en cambio, había por su parte, no un egoísmo, sino un egotismo absorbente en su propia empresa, creyendo que nadie podía moverse alrededor de ella sin ser desleal, que todos eran infieles a su magna persona, que era la del elegido del Altísimo y la favorecida por las profecías de Isaías, y que, en último resultado, todas las Indias y aquel hemisferio y medio mundo eran de su pertenencia personalísima hasta el postres grano de oro y la más diminuta semilla de áloe, que pudiera venderse en un mercado.

Dijo a Vicente Yáñez:

—Si llega vuestro hermano a España antes que nosotros, podrá informar a los Reyes de mentiras.

Son éstas palabras que, sobre decirlas a Vicente Yáñez, ha escrito él en su Diario. También recriminó al Pinzón presente porque el Pinzón ausente «mucho mal había hecho y hacía en haberse ido sin licencia».

Dejó Colón en el Fuerte de la Navidad a Diego de Arana, al respostero Pedro Gutiérrez y al escribano Rodrigo de Escobedo, con muchos hombres más, los que realmente no cabían en el poco espacio de la *Niña*. Los dejó bien abastecidos, y hasta dotados de alfayate, alarife, tonelero, ca-

lafate, herrero y físico. El 4 de enero zarpó. ¿Por qué mostraba Colón aquella irritación despectiva respecto a Martín Alonso, y, en cambio, Vicente Yáñez aquella otra serenidad y mudez, que se negaba al comentario? Vicente Yáñez sabía que su hermano había de retornar y que el furor de las traiciones no estaba más que en el pecho del genovés. Poco viento llevaba la única nave de Colón ahora. Hizo rumbo al Noroeste para salir de la restinga que dibujaba aquel puerto de Guacanagarí por otro canal más ancho que el que usó para entrar. El aire era de un azul de manto de Inmaculada, más celeste que zafiro. El invierno antillano es como de seda flexible, a diferencia del atroz verano, que es como el lecho hacinado del sol. Así navegaba la *Niña*, en la paz, casi armónica y en equilibrio, de los elementos. En la lejanía ondularon los últimos lienzos de despedida de los españoles que allí quedaban. A mediodía estaba la *Niña* a vista de Monte-Christi, y bordeó, frente a este monte, las isletas de arena y el placer que se llaman de los Siete Hermanos. Ahora a Colón le parecía que este país de la Española no podía ser otro que el de Cipango. Consultaba el caso con Vicente Yáñez. Y Vicente Yáñez decía, dubitativo:

—No hemos topado con los reyes de mucha púrpura y grandes ejércitos que aquí se suponían.

Sonreía Vicente Yáñez, mientras el Almirante tornaba a su ceño irritado. Le importaba el regreso y que no se le adelantase aquel pérfido Martín Alonso. Y es, precisamente, el domingo 6 de enero, en que acerbas reflexiones así se hacía Colón, cuando se produce el reencuentro de las dos carabelas. Con el sol en el cenit, en este día, comenzó a batir el aparejo un viento recio del Este. Subió un marinero al tope del mástil para conservar los bajíos, y con un estupor, al que se le pudiera añadir el epíteto de luminoso, contempló a la *Pinta*, que llegaba con tal viento del Este de su lado de popa. Acercóse la carabela de Pinzón en cuanto pudo a la *Niña*, más no pudo hacer allí la completa aproximación por ser aquel un paraje po-

blado de bajos. Hizo el Almirante, a favor del viento oriental, retroceder su nave diez leguas hacia el Oeste, y la *Pinta* fué tras él. Las dos carabelas vinieron a coincidir frente al macizo roqueño de Monte-Christi. Trasbordó Martín Alonso a la Niña, a entrevistarse con Colón.

Estos dos hombres se habían visto por vez primera un día halagüeño y lleno de esperanzas, en aquella celda de Fray Juan Pérez, en la Rábida, cuyo balcón se abre alegremente sobre la ría del Tinto y sus montículos azules. Aquel día se habían mirado de hito en hito una y otra vez y sin saber ninguno de los dos el porqué—quizás por motivaciones sin causa discernible, u obras del inconsciente de sus espíritus—se habían hallado rivales el uno del otro. Luego, apariencias de amistad habían ido disfrazando el mutuo ánimo hostil, y Martín Alonso llegó a tener la gentileza para Colón de poner a disposición del extranjero el haber y poder de su propia casa. Pues Colón, para cubrir su octava parte en las expensas de esta primera navegación, a que estaba obligado por los pactos de Santa Fé, tan puramente de su intención, que los había dictado él mismo, ¿no hubo de acudir al préstamo de Martín Alonso? Si ahora a Colón correspondía un octavo del oro y piedras preciosas que se acopiasen, ¿no lo debía a la munificencia de Pinzón? ¿Es que Pinzón, lealmente y en conciencia, se había comprometido a no hacer él acopio de oro y mercancías preciosas, con tal de ceder el octavo a Colón y el quinto a la Corona? Aquello, la gran primera expedición oceánica, no era la de un jefe con unos subordinados, sino la de unos asociados en cierta manera mercantiles, y que a su vez hacían cuenta de ganancias con la Corona. Hay que observar la cuestión que llevaba Martín Alonso en la frente y en el pecho, en este instante en que iba a poner pie en la cubierta de la *Niña*, a través de las perspectivas de esta lente crítica, y no como la escena de reproche y amonestación que acaece entre un capitán y un subordinado, que ha hecho defección, cuando el subordinado, arrepentido, vuelve.

Durante la navegación hacia Occidente, hasta tocar en tierra americana, la colaboración de Martín Alonso con el Almirante había sido del todo leal. ¿No había dado siempre su útil dictamen en todo lo que creía acierto para la expedición? El mismo primitivo descubrimiento de las Lucayas y Antillas, en trueque del de la tierra firme de la América Septentrional, obra es de Pinzón, como ya se ha escrito en estas páginas otra vez, abandonando a la crítica y a la historia utópica de lo que pudo haber sido y no fué, el error o ventura de tal cambio de rumbo. Pero ello muestra el poder suasorio, la energía colaboradora con que Martín Alonso intervenía en la navegación, no ya en cuanto capitán de una de las tres naves, sino en función de asistente directivo al lado de Colón, director supremo. No era un mero capitán de nave a las órdenes de un Almirante, sino un asociado—sea reiterado otra vez—, y por varios títulos, de este mismo Almirante. Así es la cuestión que ahora se va a discutir entre dos hombres de tanta magnificencia histórica, y que es así no habrá de darse al olvido al volver una hoja. Pronto se vendrá en conocimiento de que Colón, a pesar de los amargos dicterios que había escrito en su cuaderno de memorias contra Martín Pinzón y de las palabras ásperas que, a propósito del mismo, había dejado caer en los oídos de Vicente Yáñez, no desconocía las realidades atenuantes que había por debajo de este negocio.

El primer cruzarse las miradas de los dos fué como un duelo de aceros. Colón quería disimular, pero la ira se le iba por los ojos, ¡aquella ira mansa del que se cree elegido de Dios y ve desconocida por los otros su egregia calidad! Pero abrigaba una idea fija y obsesora, la de tornar en bien a España, y a ella supeditaba todos sus otros pensamientos, o sentimientos. Como a todo asunto le superponía intuiciones y sistemas místicos, o, por lo menos, maravillosos, creía saber que las malas artes de Satanás, que suele aparecerse en las borrascas y en las nubes obscuras de la mar, y en lo contrarios vientos, estaban empeñadas en borrar

las consecuencias cristianísimas de aquel viaje, y él alimentaba la pasión combativa de frustrar los propósitos del Malo. Quizás más por esto mismo que porque estuviese ligado con Pinzón como su asociado y favorecedor que Pinzón era, antes puso encubrimiento de seda en sus palabras que una justiciera aspereza.

La postura de Martín Alonso era flexuosa; ondulaba, sí, pero como el que es muy ágil de músculos y está presto a dar la curva del salto. Era Martín Alonso, según se supone, más magro que graso. un poco quijotesco y caballero andante, pero también en mucho avispado y socarrón mercader. El mismo Colón era también mercader de la frente para abajo, aunque la cima del cráneo la tuviera llena de visiones. Colón era como un fraile que se hubiera salido de su claustro y se hubiera puesto coraza.

Y era esta conferencia de los dos cuando ya sobrevenía la noche. Un candelabro de bujías de sebo, resto postrero de las magnificencias de Almirante con que Colón partió de Palos, ardía en un rincón, y tal era toda la iluminación de la brevísima cámara. Pinzón intentó, antes que aducir su posible derecho a investigaciones y descubrimientos personales, excusar su separación sin licencia de la armada, por razones de fuerte viento, imposibilidad de bolinear, corrientes y otras de igual calidad náutica. El Almirante, puesto en trance de discusión sobre arte naval, rehusó tales razones como falsas, y dijo a Pinzón lo que fray Bartolomé de las Casas escribe—si es que el fraile historiador no fantasea un poco, llevado de su afición colombina—: «*que con mucha soberbia y codicia se había ido aquella noche que se apartó de él*». Aquella noche no hubo tempestad, sino otra cosa: aires obscuros, fáciles a la huída. Lo que era la verdad Colón lo había sospechado, y así se lo declaraba a Pinzón: por el dicho de uno de los indios recluídos en la *Pinta* como intérpretes, o como prisioneros, supo Pinzón la gran riqueza en oro de la fabulosa isla de Beneque. Y como la *Pinta*, al decir del mismo Almirante, era un navío «sutil y ligero», se fué Pinzón en servicio de su sola codicia, a

buscar la isla dorada. Cualquiera otra explicación que le suscitase Martín Alonso, en opinión de Colón, era inconsútil, y así se destejía a poco que se tirase de una de sus puntas. Y Satanás sembraba, según decía saber Colón; pero él, Colón, velaba con ojos muy abiertos sobre esta siembra malvada. No había prendido poco la tal siembra en el ánimo de Pinzón. Y Colón se regodeaba al oírse a sí mismo disertando con empaque de predicador. Si Pinzón había caído en las captaciones del Malo, él, Colón, le tendía la mano de amigo, en alianza contra la maligna potestad. Pero, por debajo de tan alta prédica, la circunstancia de que Pinzón hubiere hallado más oro que él, y tuviere hechas secretas y mejores ganancias que él mismo, le roía y acuciaba el pensamiento. Era la duplicidad misma del espíritu, y el mercader rival compadecía cuando él lo quería ocultar con una humareda de piadosas palabras. Y así dijo, desembozada del todo su angustia:

—¿Y, en fin de cuentas, hallásteis oro?

No halló oro Pinzón en la soñada Beneque, a la que él aseveraba haber llegado, y proponía tal descubrimiento suyo como un adelanto que se había logrado en la empresa total. La Beneque, que no existe en el mapa del mundo, y a la que Pinzón creía haber llegado, sería o la isla de Inagua actual o alguna de las Caicos. Difícil era el oro de hallar en islas puramente madrepóricas, aunque estas especialidades de la ciencia geológica no pudieran saberlas a la sazón ni Colón, ni Martín Alonso. Así Pinzón se tornó a la gran tierra de Bohío, o la Española—nombre propuesto por Colón en su Diario del 9 de diciembre, que Pinzón todavía no conocía—y en sus costas estaba ahora mismo. Así se explicaba que realmente pudiera haber sido visto por aquellos indios que, veinte días atrás, habían señalado la posición de la nave pinzónica como a quince leguas nada más del nacido Fuerte de la Natividad.

Colón, en este punto de la plática y porque sus aficiones codiciosas lo impulsaban al coraje, acusó netamente a Pinzón de haber hecho ganancias secretas en olvido de

la común empresa. No era, si bien se observa, el Almirante el que se quejaba, sino el socio que se cree defraudado en su parte social. Expresó saber que Pinzón había tomado trozos de oro, a veces del tamaño de la mano, en trueque de una agujeta de hierro, y oro en granos, de río, hasta llenar una mediana barjuleta, con algunas cuentas de vidrio. Esto era faltar a la fe del negocio común, operar como salteador solitario, cuando los asaltos, en buena moral mercantil, se practican en compañía.

Mas todo lo olvidaba. Estaban los dos tensos de músculos, frente a frente. Sus dos sombras las proyectaban las vacilantes llamas de las bujías sobre el tablero gris, incluída la una en la otra, a la manera picuda de dos moharras de lanza que mutuamente se hieren. Había muchos hombres curiosos de la parte de afuera, que ponían el oído indiscreto a aquel diálogo doloroso. Venteaba apenas en la mar. No había en la noche más que una honda calma de estrellas. Pinzón contemplaba con cierta dúctil lástima a Colón, en tanto el genovés estuvo a punto de sollozar, nadie podía precisar, ni aun Bartolomé de las Casas, que lo sabía todo, si por comedia o por verdad del corazón. Se abrazaron entrambos. Al otro día volvería la hostilidad a aquellos dos hombres, que se creían iguales y con igual aptitud para la fortuna.

Fray Bartolomé, que adopta, cual casi todos sus colegas, los historiadores primitivos de Indias, el partido de Colón, escribe así, a propósito de estos sucesos y de un relajamiento de la disciplina y una mayor apetencia de lucro que se venía advirtiendo en cada hombre: «Martín Alonso Pinzón y Vicente Anes, y otros que los seguían con soberbia y codicia, estimando que todo era ya suyo, no mirando la honra que el Almirante les había hecho y dado, no habían obedecido ni obedecían sus mandamientos; antes hacían y decían muchas cosas no debidas contra él.»

Y a esta situación de revuelta mansa atribuye el mismo historiador la presteza que Colón quería poner en el retorno. «Así—prosigue—que por salir de tan mala compañía... acordó volverse, y no parar más, con la mayor priesa que le fuese posible.»

El día 8 de enero fueron los hombres de la *Niña* a llenar de agua potable sus barricas. Era todo el paisaje un deslumbramiento de azul y la sinfonía pictórica de los flabelos de tantas palmas; pero ellos no repararon en estos asombros de estética desinteresada, sino en el muy singular asombro de que el agua que tomaban contenía pepitas de oro y polvo finísimo de lo mismo. Era el río Yaque, y el lugar el de Santiago. A pesar de la nostalgia de la Patria, era una ardua renunciación la de abandonar un país en que el oro se encontraba en el agua que se iba a beber! Mas Colón quería seguir. El día 9, levantadas velas, con viento Sudeste, muy fácil para el retorno, llegaron las dos naves a la Punta Roja, o Isabelina, que está a Oriente del Monte de Cristo. Vieron innúmeras tortugas, grandes como escudos de guerreros medievales, y también, al decir de todos, sirenas, aunque no serían sino manatíes, espolvoreados de blanco, cual lo están los discretos payasos, por la luz de la luna. A sol puesto del día 10, reconocieron la boca de un río, que hoy es nombrado el Chuzona, y el de Gracia por Colón. Luego estuvieron al pairo en la bahía de la Escocesa. Al alba del 12 ya navegaban nuevamente al Este. Vieron pasar, como en visión coloreada de caleidoscopio, los accidentes todos de la septentrional costa dominicana: la isla Yazual, el puerto Yaquerón, el cabo del Hombre Enamorado, el cabo y península de Samana. No había viento terral con que salir de la bahía de Samana el domingo 13. Y todos estaban en espera de fenómenos astronómicos, que habían de producirse en el próximo siguiente día 17: conjunción del sol con la luna y oposición de la luna con Júpiter, más conjunción con Mercurio «y el sol en opósito con Júpiter». Pero el 17 fué de noche brumosa y nada se observó. Pero, si hubo poca astronomía,

hubo, en trueque, abundante etnografía. Aparecieron indios bravos, todos tatuados con colores de carbón, de cabeza a pies, y las largas cabelleras, de una oleosa negrura, bien peinadas, como las colas de los caballos, que imitan a la finísima seda. Consultando Colón con los Pinzones, los creyó *caribes*. No eran sino aruacos bravíos, porque ya tenían armas: la flecha y la macana. Fueron a tierra hombres de las naves con un piloto—¿Niño o Roldán?—, a fin de celebrar trueques comerciales, mas lo que tuvieron con ellos fué batalla. Ésta del 14 de enero de 1493, es la primera batalla que hubo en Indias entre nativos y españoles. Después... Después hubo el enmaridamiento de la amistad y de una nueva estirpe común, que suelen nacer de la guerra. En la noche de aquel día, después de quedar definido que los indios combatientes, al llamar al oro *tuob* y no *caona* como los otros quisqueyos, o *nucay*, como los lucayos, habían de ser necesariamente caribes—aunque, en definitiva, su reyezuelo, seguido de gran turba, vino a paz con ofrendas de oro—, se discutieron entre los Pinzones y Colón los más halagüeños proyectos mercantiles. Y eran a propósito del mucho ají, o pimienta, que había en aquellas islas, y de que pudieran cargarse cincuenta carabelas cada año para llevarlo a Europa.

Y zarpan las naves de este golfo de las Flechas, que es el del Samaná, donde desemboca el río Yuna, el día 16. Han tomado noticias los españoles de que hay una isla a Levante, que se llama Carib. Es, sin duda, la de Puerto Rico, que Colón hubiera podido ya descubrir en este viaje. Mas Eolo, diosecillo de los vientos, que tanta parte toma como *deus-ex-machina* en las epopeyas grecolatinas, y también había de tomarla en esta gran epopeya de la latinidad, que es esta primera navegación oceánica, se aviene a azuzar un buen viento fresco, «muy bueno para ir a España», puntualiza el propio Colón, y se decide a abandonar toda veleidad de nuevos descubrimientos. Además, la gente «se entristecía» por la larga navegación, todos pedían a su vez poner proa recta al Este, y era especial cuidado grave que las ca-

rabelas hacían mucha agua, y para esto no había otro remedio que llegar pronto a España, antes de que se desencuadernasen aquellos cascos del todo. Pierden, pues, ahora de vista los navegantes el cabo que llaman de San Theramo, o el Engaño, y debe de ser el de Samana; ponen un neto rumbo, «Nordeste, cuarta del Este», y ganan doce leguas en aquel día, que es el 16. Y veinte y una en la noche del 17, y once en su día, y diez y siete hasta salido el sol del 18, y con luz solar quince más. Este día la mar estaba cuajada de atunes, y en coloquio apacible con Vicente Yáñez, Colón sentencia *«que de allí debían ir a las almadrabas del Duque, de Conil y de Cádiz»*... ¡Ah!, ¿cómo seguir la cuenta de las leguas sobre el texto extractado del fray Bartolomé de las Cosas, si serían la cansada cuenta de una felicidad? Porque esta navegación de retorno, hasta muy entrado el mes de febrero, fué de una apacibilidad que parecía directo favor divino..., tanta fortuna como aquella que deseaba Horacio a Augusto en la oda que comienza: *Así la diosa, señora de Chipre, te dirija; así los hermanos de Helena, lucidos astros; así el padre de los vientos*... Dos acaecimientos conviene, sí, notar. Los indios que venían a bordo, para ser luego presentados a los Reyes Católicos, nadaron en mitad de Anfitrite sin orillas. Tenían un gozo animal. Pero, aunque tan rudos hombres, una especie de gozo cerebral. Ellos no lo comprenderían muy bien; pero, así como los españoles al Oeste, ellos hacían un descubrimiento a Levante: el de una geografía para ellos ignorada; sí, pero también el de un grave salto histórico de diez mil años de cultura. Y, por doble suceso, la carabela la *Pinta* apenas podía bolinear, porque se ayudaba poco de las velas del palo de mesana, que no era bueno. Colón anota en su Diario, con un punto de ironía, lo que sigue: *«si el capitán de la carabela, que es Martín Alonso Pinzón, tuviera tanto cuidado de proveerse de un buen mástil en las Indias, donde tantos tales había, como fué codicioso de apartarse de mí, pensando de henchir el navío de oro, él lo pusiera bueno»*.

El día 3 de febrero es el de mayor camino desde que salieron de Indias: cincuenta y seis leguas. Siempre el camino es más lento que al ir allá, en que se hacían días de setenta leguas y más. Del 4 de febrero al 10, el rumbo fué siempre, con ligeras correcciones, al Nordeste. Y el día 6, por excepción y asombro y para superar las velocidades del viaje de ida, se hicieron setenta y cuatro leguas, con una navegación media por hora de once millas, auténtica maravilla para un pobre buque de vela de los de aquel tiempo. El día 10, en la carabela del Almirante, «*carteaban o echaban punto*—según explica el padre De las Casas—*Vicente Yáñez y los dos pilotos, Sancho Ruiz y Pedro Alonso Niño, y Roldán, y todos pasaban mucho adelante de las islas de las Azores al Este*». El Almirante pensaba estar más atrás en el camino «*porque esta noche le quedaba la isla de las Flores al Norte y al Este iba en demanda a Nafe, en Africa,, y pasaba a barlovento de la isla de la Madera... Así que ellos estaban más cerca de Castilla que el Almirante, con ciento cincuenta leguas*». Erraban los pilotos, que no el Almirante. ¿Es que él les había dado falsas noticias de la singladura? No se puede suponer impericia náutica ni en Niño, ni en Roldán, Sancho Ruiz o Vicente Pinzón. Tal vez tenía recelos Colón de que le hurtasen los secretos del viaje a Indias... Pero estos secretos, aunque él no lo quisiera, y aunque él fuera gigante, ¡habían de abrirse en varillaje transparente sobre la vastedad incoercible del mar!...

LA TEMPESTAD DEL 14 DE FEBRERO

Y en este mirarse unos a otros como rivales posibles y traidores del día de mañana—si es que en el poseer el deslumbramiento auroral del gran hecho pudo haber nunca y por parte de nadie y en buena ética traición—transcurrían días de azar y angustia a bordo de la *Niña*. Traición se llamaba a la deslealtad comercial, que es pecado mucho menor. Venían vientos veloces del Oeste; jarcias y mástiles, viejos y gastados, crujían con chirridos de cansancio, casi humanos. Con tal bruma en los espíritus, que, aunque el aire estuviera limpio, bastaba a levantar cúmulos cárdenos en los cuatro horizontes, se hizo la navegación de los días 11 a 13 de febrero, con lo que se ganaron, siempre al Este y Nordeste, ciento doce leguas marinas. El día 12 ya comenzó a haber mar gruesa y tormenta, y Colón escribe, con un llanto seco en el corazón, aquella noche: «...que si la carabela no fuera muy buena y bien aderezada, temiera perderla...». La zozobra de Vicente Yáñez Pinzón, al lado que estaba del Almirante, es considerable. Quisiera consultar con su hermano. La verdad es que, aunque naveguen juntamente, cualquiera advierte, si mira desde la borda de la *Niña*, que la *Pinta* navega «por su cuenta», como pudiéramos decir con locución poco náutica, pero muy expresiva.

La tempestad que se avecinaba calmó un poco sus va-

cilantes preludios durante las horas del sol del día 13. Pero, llegada la noche, y según se lee en el Diario, «...hubo gran trabajo de viento y de la mar, muy alta, y tormenta...» Hasta ahora en ningún día del gran viaje, ni a la ida, ni al reconocer las islas antillanas, ni en este rumbo de regreso, compareció el antiguo enemigo de las navegaciones: la tempestad. Siempre se gozó de buen sol, mar en calma suficiente, vuelos amigos de *pardelas* y otras aves. Ahora sí, está ahí el enemigo. El Almirante reunió a sus pilotos. Se convino hacer un lenguaje de señales luminosas a la *Pinta*, a la que se veía lejana, tan pequeña, en la distancia, como una cáscara de nuez.

Vicente Yáñez, en su *Niña*, ante el poderoso riesgo que sobrevenía, se ausentaba un poco de los respetos al Almirante, al que, por lo demás, siempre amó, quizás a diferencia de su hermano. Lo que urgía ahora, en vez de trascendentales entusiasmos, era salvar las vidas, poder llegar a España. Pero Colón se le ponía por delante, y así gritaba a la marinería: «señal de gran tempestad tenemos, que habrá de venir de aquella parte o de su contrario». Era que la tempestad había de derrumbarse desde el Oeste, encendido en pálidos carbones de amatista, o desde un Sudoeste, que se espesaba en un color blanco, lácteo. Éstos eran los dos «contrarios» del Almirante. Los demás horizontes estaban limpios. La gente de la nave andaba en espanto. Se plegaron las inútiles velas. Entretanto, y a distancia, en que la visión casi se disipaba, la *Pinta* persistía en hacer ella misma también señales luminosas a la *Niña*. No se supo entonces, ni se sabrá nunca, porque pertenece a la intimidad de la conciencia de un hombre, que murió hace ya mucho más de los cuatros siglos—Martín Alonso—, si aquel alejamiento de la *Pinta* era obra necesaria de la tempestad cercana u obra voluntaria del capitán que la mandaba. La *Niña* anduvo a «árbol seco», es decir, plegadas las velas toda la noche. Aun así, los relojes de arena marcaron un adelanto de trece leguas. No era el viento, demasiado veloz para que lo resistiera una arboladura,

sino la corriente, partida en vorágines, la que impulsó al casco de la nave. No había luna en el cielo, como es obvio, pero sí una filtrada claridad violeta en la turbia atmósfera. No era lo más tremendo el rayo en el vientre de la noche, que pronto venía a hendir, como una espada ígnea, la superficie del agua, y en ella hervir y enfriarse. No lo era tampoco la lividez de los contornos marinos, a pesar de tan abiertos, ceñidos y obscuros como una cueva, y que no hubiera otra fuente de luz que el tibio farol de la *Pinta*, que trazaba serpentinas o sinusoides de claridad en la lontananza. Lo que empavorecía a la gente era el «cruzarse de las olas», dicho así en frase tomada del Diario, de banda a banda sobre la frágil anchura de las veinte varas de cubierta.

La tempestad primariamente venía del solo Oeste, pero acaeció, en fin, lo mismo que refiere Virgilio en el canto primero de la Eneida, que se enlazaron el Euro, el Noto y el Áfrico, como déspotas vivos, con su carga de huracanes, y los tres de consuno y cada uno desde su horizonte removían la veleidosa cumbre de las aguas. Así, las olas, a las que el Diario da adjetivación de «espantables», eran contrarias unas a otras y «cruzaban y embarazaban el navío, que no podía pasar adelante, ni salir de entre medias dellas, y quebraban en él». Los de la *Niña* llevaban aún el papahigo, que así llamaban a la vela sin boneta del palo mayor, desplegada, aunque muy baja. En tres horas adelantaron unas veinte millas, lo que, después de todo, no era muy escaso camino, en medio de la tempestad.

Ya era la noche del 14 de febrero, y aun más crecían la mar y el viento, que ya parecía que el mundo acababa. Había clamores desencajados de los hombres, que permanecían amarrados a los mástiles en cubierta. Había también el chirrido estridente del cordaje, que semejaba en su serpentosa vibración una queja multitudinaria. El peligro de naufragio se hacía inminente. Aquel pequeño leño cabía en el envés de una sola onda. Colón decidió «correr a popa, donde el viento los llevase, porque no había otro

remedio». Y entonces, a la distancia, mezcla de lo violado y lo negro, se vió también «*correr a la carabela la* Pinta, *en que iba Martín Alonso*», y se la advertía no más que por la lucecilla escarlata, cada vez más alejada, cada vez más borrosa, como nos acaece en la obscuridad ver una pequeña brasa que se va extinguiendo y enfriando. «Toda la noche le había estado haciendo faroles el Almirante, y el Martín Alonso le respondía», escribe el padre De las Casas. En fin, desapareció la *Pinta* de la visión de estos de la *Niña*. Ya no se volvieron a ver Martín Alonso Pinzón y el genovés sino en la villa de Palos—si es que, efectivamente, se vieron—, y en áspera y dolorosa entrevista. Cuando amaneció—y el sol batía la nubarrada igual que haría una girándula de fuego en un vidrio opaco—, la tempestad se mostró todavía persistente con el día, enteramente desnuda de formas en su bárbara escultura. La mar cruzó aún más terrible sobre cubierta. Entonces hicieron los nautas una triple promesa al cielo y a la Virgen Santísima, patrona de marinos, y fué la de ir un «romero» a Nuestra Señora de Guadalupe—y echadas suertes tocó el hacer esta romería al mismo Colón—y otro al santuario de Loreto, en la marca italiana de Ancona—para lo que designó la suerte a un marinero llamado Pedro Villa, que era natural del Puerto, junto a Cádiz—y el tercero que un devoto velaría toda una noche delante del altar de Santa Clara, de Moguer, y para ello el azar se complació en designar nuevamente al mismo Colón. El caso fué que, a la tarde del día 15, la tempestad había cesado. ¡Pero cuán crueles zozobras las de Colón en aquellas horas!... Las compartía ciertamente con todos, y muy especialmente con Vicente Yáñez, de quien puede proclamarse una amistosa lealtad por Colón, en tanto sean posibles las discusiones críticas en cuanto a iguales sentimientos de Martín Alonso. Temía arduamete Vicente Yáñez por la suerte que hubiere corrido la *Pinta*, desaparecida de sus ojos, y en la que iban sus hermanos Martín Alonso y Francisco Martín. Se condolía Colón de que si morían todos en aquel trance amarguisi-

mo, su obra quizás quedaría desconocida, o suplantada por Martín Alonso, si acaso no había naufragado. También Colón se condolía de la vida obscura y pobre que sobrevendría a sus hijos, Diego y Fernando, si él perecía en aquella lúgubre ocasión. ¿No tendría el dolor de lo mismo, en su nave, Martín Alonso, que también tenía hijos y mujer? La posición de alma más ascética, conforme e indiferente a las cosas del mundo, que una ola un poco mayor que las otras podía disipar para siempre de sus ojos, era la de Vicente Yáñez. Siendo después, y ahora mismo, el autor de los más altos hechos, era como fraile vuelto al mundo, un mucho indiferente a la gloria mundana, y en conformidad con la que fuese la voluntad de Dios.

El tema anecdótico, o «de facto», era en la sazón de estos días, que por igual los de la *Pinta* que los de la *Niña*, creían que los otros habían perecido. Pero también es la verdad de hecho que los temporales soportados por la nave de Martín Alonso fueron mucho más arduos que los sufridos por la de Colón y Vicente Yáñez, porque fueron más pertinaces. Y casi es maravilla que la frágil nave de Martín Alonso hubiere escapado a ellos, y sólo la maravilla se explica pensando en el diestro y formidable marino que era Martín Alonso, seguramente, en lo que era oficio y técnica, mucho más marino que el mismo Colón, pues había navegado más. Colón se había pasado demasiados años de su vida en puras elucubraciones mentales.

Hasta el 4 de marzo no cesaron del todo las tempestades en torno a la pobre carabela la *Pinta*. Martín Alonso no pudo gobernar con intelectual dirección a su nave, y los temporales lo llevaron, muy contra su voluntad, al puerto de Bayona, de Galicia. Por estos días estaba la otra nave en el estuario de Lisboa, después de haber corrido dobles azares marineros y de política. Era el día 18, cuando pasada la tempestad, la nave de Colón y Vicente Yáñez se encontraba a la altura de las Azores, con flagrante confirmación del dictamen de Colón y contra el de sus pilotos, que, cual se escribió en una página más arriba, suponían

a la nave más cerca de las costas de Europa. Fué a dar a la isla de Santa María, y allí, el capitán luso de la isla, un cierto señor De Castanheda, puso en prisión, por secretas órdenes que para ello tenía del rey de Portugal, a la mitad de la tripulación de la *Niña*, que había bajado a tierra, sin armas y en hábito penitente, para hacer oración de gracias ante la Virgen de una ermita playera. Entre los que habían de ir, en segunda vez, a tal ermita, y permanecían en la nave, estaban Colón y Vicente Yáñez. Fué fortuna este acaso, pues de acaecer los sucesos de otra manera, en la isla de Santa María, concluyen, por lo menos transitoriamente, las glorias de Colón y Vicente Yáñez en una cárcel portuguesa. Éstas eran las grandes amistades que tenía el Rey portugués para las empresas castellanas. Colón, con la mitad de sus hombres, que le quedaba, se fué a otras islas de las Azores, sin desembarcar precautoriamente en ninguna, y el día 22 de febrero tornó a la de Santa María. Hubo una compostura de política por medio de un escribano requirente y algunos testigos lusos. Colón mostró las cartas que tenía de los Reyes castellanos, a modo de salvoconducto, dirigidas a todos los príncipes y hombres de la tierra, y con esto y algunos vasos de vino y un buen yantar se dieron por conformes los lusitanos y los presos fueron emancipados. Colón pudo llegar a Lisboa, no sin antes sufrir nuevas tempestades, delante mismo de las playas de Cascaes, y en el estuario lisboeta hubo de contestar a iguales requerimientos que en las Azores. Pero el Rey, D. Juan II, que quería ahora hacer una política de suave tacto, llamó a Colón a su palacio del Valle del Paraíso—encantado paraje, en que cultivaba todas las raras plantas índicas o de Oriente—y finamente lo agasajó, poniendo un gran chambelán, nombrado don Martín de Noronha, a su lado, y un palatino cortejo, y dándole alojamiento, también palacial, en el lugar de Llandra.

¿Qué pensaba, entretanto, de todas estas magnificencias cortesanas, Vicente Yáñez, a ninguna palaciega ceremonia llamado y siempre recluído en su casi podrida

camareta de la *Niña*? Temía por sus hermanos. Esto era todo lo que combatía el espíritu de Vicente Yáñez, este hombre sin ambición y, empero, autor de las más formidables proezas náuticas y geográficas, que se leerán en páginas siguientes de este libro. Colón quería ir derechamente a Sevilla, para tener allí un recibimiento de fausto. Tal vez Vicente Yáñez lo forzó a tocar en Palos, y a que allí concluyera el viaje. Y Colón escribía, escribía..., en tanto Vicente Yárez carcomía en la soledad de sus meditaciones sus últimos pensamientos. Estaba ya hastiado del apetito de grandezas del otro y pedía al Cielo un poco de sencillez. Lo que escribía Colón, que en esto de escribir y hacerse famoso por la escritura se dejó ganar la mano por Américo Vespucio, era aquella carta de Luis Santángel, de que ya se ha hecho citación alguna vez, primera descripción del primer viaje oceánico, y la otra enderezada al tesorero de los Reyes castellanos, Sánchez, que fué como el clarín de victoria y de anunciación lanzado a los aires de Europa, porque, conteniendo el relato del Descubrimiento, con las añadiduras de gusto medieval de existir en Cibao hombres con cola y verse sirenas en todos los mares, y árboles parlantes en todas las tierras, fué vertida del español al latín por el literato Leandro Cosco y publicada por el impresor Eucharius Argenteus, en Roma, en este mismo año de 1493.

Entretanto, Martín Alonso Pinzón, en Bayona de Galicia, creyéndose él y creyendo a los suyos los supervivientes de la expedición y sabedor de la estancia que los Reyes hacían en Barcelona, les dirigió cartas con la noticia del Descubrimieto. Se ha intentado propalar que tales cartas contenían una versión del gran hecho demasiado personal e injuriosa para Colón. Parece la acusación completamente incierta, aunque se hayan puesto a ella fray Bartolomé y el mismo Herrera, que «objetivando» de lejos es más imparcial. Las cartas referirían llanamente el extraordinario suceso y sus menudos pormenores informativos o poéticos, sin disminuir el justo tamaño de Colón, pero

también sin recortar el del propio Pinzón, que lo tenía excelso. Los Reyes, que ya tenían noticias, llegadas de Portugal, del regreso de Colón, ordenaron a Martín Alonso —que ciertamente ignoraba todavía la feliz suerte del Almirante—que no se presentase sin él en Barcelona. Entonces supo Pinzón la verdad, ¿para él cruel?, ¡no!, para él cenizosa, indiferente, de que su egocéntrico Almirante, que hasta le era deudor de parte de los escudos de oro con que pudo presentarse en Santa Fe, vivía. ¿Qué hombre bien nacido se regocija de que muera otro? Dió velas hacia Palos. Llegó al puerto de su villa cuando ya era el anochecido del día 15 de marzo—viernes también, como el de la partida y el del Descubrimiento, sospechosa coincidencia para una alta superstición—. La otra nave, con Colón y su hermano Vicente Yáñez, había arribado a la misma Palos en la mañana de igual día. Sonaban campanas; había voces de contento acá, pero también llantos allá. ¡Muchos, que tenían mujer e hijos, no habían regresado! Las campanitas solemnes de la torre de Palos, a Colón tal vez se le antojaban epifanía de luz y sonoridad y el cumplimiento afirmativo del anhelo de su vida. Para Martín Alonso y los que lo sacaron, casi en brazos, de la *Pinta*, sonaban a decrepitud y a muerte. Mientras el Almirante compraba a peso de nuevo oro nuevas vestiduras de terciopelo para él, la turba familiar de los Pinzones, con Vicente Yáñez, ya separado para siempre de Colón, que a Martín Alonso seguía, iba musitando azorados Padrenuestros con los ojos puestos en un cielo que se despejaba de nubes para aparecer como un espejo.

Fué llevado a su casa patricia. Venía muy enfermo. María Alvarez y los hijos lloraban tristezas el mismo día que habían supuesto que sería de gloria terrenal. La enfermedad de Martín Alonso—a quien no abandonan un instante

ya sus hermanos navegantes Vicente Yáñez y Francisco Martín—la atribuyen los historiadores que quieren hacer etiología médica, sin proponérselo, a un desfallecimiento psíquico del hombre a virtud de la adquirida noticia del buen suceso de Colón. Así, se trataría de un derrumbamiento de la carne por obra de las miserias del espíritu. Pero no hay tal. Este hombre, unos días ha todavía robusto, y que no era viejo, pues a la sazón contaba los cincuenta y tres años de su edad, enfermó de física enfermedad durante los aciagos días tempestuosos del 14 de febrero a los primeros de marzo. Sería sumamente aventurado poner la etiqueta de un nombre clínico a tal enfermedad, pero, sin duda, era separada e independiente de todo rencor del espíritu. ¿Rencor, a qué? ¿Pues, pudo pensar Martín Alonso, al salir voluntariamente de Palos debajo de un Almirante —y nada más voluntario que su enrolamiento, ya que él mismo fué causa del de los otros—, que tendría que alzarse con el almirantazgo? La fortuna es la que hace y deshace a los hombres, y es locura quererla aprehender por el cuello.

La casa era espaciosa, toda llena en sus alpendes de grandes tinajas para la vendimia, y de corredores obscuros y grandes salas sin lujo palacial, pero dotadas de ese señorío aldeano que es toda una poesía, y casi una filosofía de la historia. Apenas llegaba a las hondas cámaras distantes un rumor de la calle, y menos en una villa como Palos, tan ausente de rumores. Todos los de la dilatada y gloriosa familia esperaban en Dios que aquella quietud y silencio apacible sanarían al amado Martín Alonso. Pero no fué así. En desesperanza ya, y con sólo un rayo de luz pedido al cielo, condujeron al convento de la Rábida al enfermo, por si los ámbitos de la santa casa, en la que tantas veces el mismo Martín Alonso había entrado como dicharachero discutidor, o pío rezador, fueran útiles a su salud. Tampoco fué así; y en la Rábida—hogar matriz del Descubrimiento—murió Martín Alonso, el hombre más ceñidamente nacional del Descubrimiento, el 31 de marzo, según refiere

fray Bartolomé de las Casas en sus muy citadas historias. La Virgen de alabastro que había en la Rábida, y había sido salvada de moros, con la lentitud blanca de sus manos tal vez acunaría el primer estertor de aquella alma en vuelo hacia lo Inacabable. Todo era llantos el cortejo familiar; todo era simplísimo, aldeano, «desconocido». Se inhumó a Martín Alonso en la cripta que había debajo del altar mayor de la Rábida.

Era en estos mismos días cuando, con la cabeza enloquecida con unos humos de rey, emprendía Colón su camino terrestre a Barcelona. Algunos piensan que quizás estuvo alguna vez junto al lecho del enfermo. Otros piensan lo contrario, porque el que vence pasa de largo, sin reparar en el que cae, y la vida victoriosa suele acordarse mucho de las antiguas ofensas que se le hicieron, aunque sean ofensas imaginadas. La gran venganza que preparaba el destino era que el mismo Colón había de morir doce años y algunos días después, en Valladolid, en igual amargura y mayor desafecto universal y espantosa soledad que el mismo Martín Alonso, que siquiera había tenido a sus hijos al pie de su lecho a la hora de morir.

PARTICULAR GESTA Y SUCESOS DE VICENTE YAÑEZ PINZÓN

Al otro día del Descubrimiento, lo que hoy llamamos opinión pública—¿y por qué no llamar igualmente a la de entonces, aunque era más abrupta, más lenta, y por así decirlo, más «diluída» y aldeana?—, mostró un asombro unánime por el hecho concluyente de que un solo hombre, siquiera fuese el primer descubridor y autor de la idea matriz, viniese a resultar, no ya virrey de todo un hemisferio, sino poseedor del monopolio de sus riquezas. Tal era la posición de Colón si habían de aceptarse con una hermenéutica lata las capitulaciones de Santa Fe. Los mismos compañeros que de Colón habían sido en la expedición primera eran los que más mostraban su inclinación al recorte y disminución de tan extraordinarias potestades como se apiñaban, escritas sobre un pergamino, en la escarcela del Almirante. Lo que pareció inmediatamente de un absurdo incompatible con las prerrogativas de la Realeza, que no eran, en fin de cuentas, sino las de la Nación y su «poder histórico», y también incompatible con evidentes y naturales derechos humanos, por ley divina, que correspondían a todo hombre de denuedo, corazón adelantado e inteligencia activa, fué aquella singularidad que Colón se había reservado de ser él solo el descubridor actual y futuro de todas las tierras que se hallaren a Occidente. Nadie podía ir a descubrir. En el hombre Colón se

insertaba el monopolio de la geografía, y sus descendientes tendrían bajo su mando tantos territorios, que los mismos Reyes de España vendrían a ser menos que prefectos de una marca lejana.

Fué a Vicente Yáñez Pinzón a quien más afectó la exorbitancia de los privilegios del genovés. Aunque sumamente adicto a Colón, junto al que siempre había determinado una actitud de lealtad, que no necesitaba de distingos y glosas, cual la de Martín Alonso, no podía tolerar, por los ímpetus de su genialidad española y doblemente por aquella altivez moral con que valoraba los propios servicios y los de su muerto hermano, que a él, descubridor al fin, indisputable y solemne descubridor, le estuviese vedado el ir a Indias con su carabela y por su cuenta, debajo del patrocinio de los Reyes. Así fué en colaboración con Guerra, Hojeda, los Niños y muchos caballeros de la Corte, y aun en armonía íntima con el propio Deán Fonseca, no demasiado amigo de Colón, el que más instó, razonó, reclamó por que los fueros particulares que en esto de sus únicas navegaciones se atribuía el Almirante, no persistiesen en vigencia y así mantenidos por los Reyes. Fué, pues, el primero de los que quiso navegar por su cuenta tan pronto como los Reyes dictaron su real cédula de licencia general para descubrir y rescatar en Indias, que lleva la fecha de 10 de abril de 1495, y puede leerse en la Colección Diplomatica, tomo II, número 86, de la «Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv». Era licencia, como su mismo enunciado indica, no ya para hacer descubrimientos geográficos, independientes de Colón, mas también para «rescatar», que era lo mismo que decir comerciar. El Almirante operó en seguida, y fué de cámara en cámara regia, reclamando la subsistencia de la integridad de sus prerrogativas, y consiguió, en fin, la abrogación de la real cédula de 1495 por otra de 2 de junio de 1497.

Mas, ¿quiénes de los que poseían un ancho pecho para la aventura, y una mente cortante y aguda, no se apresu-

raban entonces a formalizar *asientos* y a pertrechar armadas? Obviamente, y pues era el primero de los que habían trabajado en pro de la libertad de navegación, Vicente Yáñez Pinzón aprestó dos naves para ir a Occidente, sin proyecto personal—importa mucho señalar esta particularidad del *asiento*—, sino para ir donde fueren los Reyes servidos de enviarle. En los Apéndices de este libro puede leerse el texto del *borrador*, sea así dicho, del tal *asiento* o contrato, que era de aquel mismo año de 1495. Había de ir Vicente Yáñez allá con dos carabelas de su propiedad, la que tenía nombre de la *Fraila* y la llamada con su mismo nombre, de cincuenta toneles aquélla y de cuarenta y siete ésta; lo que hacía exceder a cualquiera de las dos de las cincuenta toneladas, pues diez toneles eran un peso igual a doce toneladas. Naves pequeñas eran, pero en cuanto carabelas agudas, se ignora si dotadas de velas redondas o de velas latinas, sumamente ligeras. La navegación había de dar comienzo el día primero de enero del siguiente año de noventa y seis.

Pero casi indisputablemente esta navegación no se realizó. ¿Casi indisputablemente nos hemos atrevido a escribir? ¡Y se trata, empero, de una de las cuestiones que la erudición americanista y las querellas americanistas entre autores han puesto siempre más al rojo ígneo sobre un yunque ya gastado de tanto martillear! Porque si este viaje, para el que Vicente Yáñez había capitulado en 1495, y comenzar debía hacia 1496, si realmente se cumplió, lo sería por el año siguiente de 97, y no puede ser otro que aquel que Américo Vespucio se atribuye a sí mismo como propio y solemne, y el de su primer descubrimiento occidental. Hay una madeja de cuestiones, sumamente entremezcladas, en torno a la efectividad de este primer viaje vespuciano, que, de ser cierto, no podría ser otro que el seguido por Vicente Yáñez con la nave de su nombre, o con la *Fraila*.

En Gonzalo Fernández de Oviedo, y con referencia al descubrimiento que del cabo y golfo de Higueras hizo Colón en su último viaje, se leen los siguientes renglones sor-

prendentes: «Algunos atribuyen al Almirante primero, diciendo que él lo descubrió. Y no es así, porque el golfo de Higueras lo descubrieron los pilotos Vicente Yáñez Pinzón e Johán Díaz de Solís e Pedro Ledesma, con tres carabelas, *antes que el Vicente Yáñez Pinzón descubriese el Marañón*». Lib. II, cap. CXL.

El golfo de Higueras es costa de Honduras. Si a tal costa, que es continental, hubiese llegado Vicente Yáñez, acompañado por Vespucio, en el año de 1497—y aun antes que el descubrimiento que de Paria hizo el Almirante en 1498, es decir, *también del Continente*—, sería obvia cosa que Vespucio y Vicente Yáñez—aquél bajo la capitanía de éste—habían sido los descubridores primeros de Tierra Firme, con anticipación al genovés.

Pero en redor de esta posibilidad se acumulan las objeciones, con una festinación de fantasmas críticos y con una abundancia de argumentación que logran disipar las primeras dubitaciones favorables. Antes que otra cosa alguna habrá que dejar bien asentada la siguiente afirmación, del todo irreparable: de una navegación efectivamente cumplida por Vicente Yáñez Pinzón, fuere o no fuere acompañado por Américo Vespucio—que esto permanecerá siempre en lo obscuro, pues todo lo claro que en ello pueda haber, sólo lo suscita el recusable Vespucio, redactor de su propia grande historia—, no hay constancia ninguna documental, ni de tradición, que no sea sumamente vaga e imprecisa, ni relato continuado, repetido, por los autores. Hay sí la documentación que acredita el propósito—y ahí está el copiado «asiento» al final de este libro—. Pero el proyecto, ciertamente, no vale por la efectividad de su cumplimiento.

El historiador López de Gómara, en el capítulo LV de su «Historia General de las Indias», traza los siguientes renglones: «Descubrió Cristóbal Colón trescientas y setenta leguas de costa, que ponen del río Grande de Higueras al Nombre de Dios, el año de 1502. Dicen algunos que tres años antes lo habían andado Vicente Yáñez Pin-

zón y Juan Díaz de Solís, que fueron grandísimos descubridores.» Este texto, aunque en forma de alusión a dicho de terceros, en cierto modo confirma el de Oviedo.

Pero es ahora cuando los fantasmas críticos se presentan en ruedo, y no dejarán letra, ni idea, en estas suposiciones que no destruyan a punta de dialéctica. Es un viaje indiano indisputable, y de él se hará sosegado relato en estas páginas, el realizado por Vicente Yáñez Pinzón, en la compañía de Juan Díaz de Solís y el piloto Ledesma. Pero es un viaje comenzado el día de San Pedro y San Pablo, 29 de junio de 1508, hacia el Sur, en que quizás se descubrió el río de la Plata, y en el que se iba a la busca del Estrecho, que había de dar paso a la Especiería. Es, pues, un viaje que se pudiera llamar «antemagallánico» y de precursores, y que años después reiteró Solís como solo capitán. ¿Cómo podría justificarse la asimilación de este viaje, de 1508, y con rumbo austral, a uno que hubiere operado el mismo Pinzón en 1496 y 97, y hacia Honduras y el Yucatán? ¿Y cómo una navegación realizada de orden de los Reyes, según su voluntad y prescripción, pactada con el gran administrador de las cosas de Indias, Fonseca, hubiera hundido su recuerdo en masas de silencio, de manera que no se halle de ella en los historiadores sino una imprecisa alusión? ¿Puede estimarse que esta navegación, de haberla efectivamente seguido un nauta tan ilustre como era Vicente Yáñez, hubiera sido de aquellas perdidas en el recuerdo y la escritura histórica, a que se refiere Gómara, cuando escribe así, en su capítulo XXXVI: «Entendiendo cuán grandísimas tierras eran las que Colón descubría, fueron muchos a continuar el descubrimiento de todas, unos a su costa, otros a la del Rey, y todos pensando enriquecer, ganar fama y medrar con los Reyes. Pero como los más dellos no hicieron sino descubrir y gastarse, no quedó memoria de todos, que yo sepa...» Expedición de las de esta laya de anónimas pudo ser la de Américo Vespucio de 1497, que era hombre por este tiempo poco considerado como piloto en la Corte española, aunque después

lo fuera mucho, y de la que él mismo se encargó con su estruendo publicitario de encenderle luminarias de fama, sacándola de la ninguna nombradía con que se había ejercido. Pero no así una de Vicente Yáñez Pinzón, que por este tiempo tenía nada menos que la altura en la celebridad de haber sido el colaborador más próximo del Almirante. Tampoco tenía en 1497, ni en muchos años, autoridad de piloto el nombrado Pedro Ledesma, al que se supone compañero muy distinguido de Vicente Yáñez y de Juan de Solís en la imaginada expedición de tal año, porque en la «Relación de la gente e navíos que llevó a descubrir el Almirante don Cristóbal Colón», formada en el año de 1504 por Diego de Porras, y que suscribió en Sanlúcar a siete días de noviembre de tal año, cuando el regreso, todavía aparece citado el tal Pedro de Ledesma como simple marinero del navío el *Vizcaíno*, precisamente como uno de los supervivientes. Piloto y de fama lo fué después, y con tal señalado carácter figuró al lado de Vicente Yáñez y de Juan de Solís; pero así fué en 1508, cuatro años corridos de su retorno de Indias con Colón.

Esparce, sí, sombras de duda sobre la posibilidad de negar en redondo la exactitud de este viaje pinzónico de 1497, la pregunta que el fiscal en el pleito de los herederos de Colón con la Corona hizo a los testigos, y era la número X: «Item más: si saben... que después desto Vicentiáñez y Juan de Solís fueron a descubrir por mandato de Su Alteza, adelante de la dicha tierra de Veragua todo lo que hasta hoy está descubierto, en lo quel dicho Almirante ni descubrió cosa alguna, lo cual descubrieron por industria y saber, e que todo lo que los dichos descubrieron es apartado de lo quel dicho Almirante descubrió por mucha cantidad.» Poco valor de certidumbre tendrían la opinión y dicho de los testigos interrogados y, en verdad, la pregunta fiscal y las contestaciones a ella producidas, aunque fuesen afirmativas, nada prueban. Pero sí acreditan una y otras el que llamaremos «estado de opinión». Las gentes creían que en viaje, de flexibles contornos y un poco místico, Vicente Yáñez y Solís habían llegado al Continente

antes que Colón. ¡Y mal fulgor es el del mito popular cuando arde, porque termina por ser la verdad subjetiva de todos, aunque sea una objetiva irrealidad! En fin de elucubraciones, hay que declarar la conclusión que sigue: si verdaderamente Vicente Yáñez ha realizado un viaje de 1497, no es otro que él en cuanto propio ha proclamado a los vientos de los cuatro horizontes del mundo, Américo Vespucio. Y este viaje, sumariamente relatado, según el propio Vespucio, que no hay otra fuente de información, fué así: salieron de Cádiz las naves el 10 de mayo de 1497. El mar era blando; la atmósfera, de un azul en que un mismo rayo de luz destrenzada hubiera parecido una flecha de cristal clavada en un zafiro perfecto. Vespucio estaba al lado de Vicente Yáñez, aunque luego, y siempre según su egolátrica costumbre, no citaría siquiera en su referencia el nombre de este capitán. Juan Díaz de Solís, por este tiempo sin nombradía, y si es que a esta sazón ya navegaba, estaría un poco en asombro de poseer esa precoz importancia que le han atribuído los historiadores. El 16 de mayo estaban en Canarias, y de Canarias no zarparon hasta el 25. El 1.° de julio, justamente, arriban a una costa ignorada, a mil leguas de Canarias... He aquí la formidable navegación que habían hecho en treinta y cinco días. Tomaron alturas en un cielo de sol ardiente y en una costa de mar férvida, a la que realmente convenía este adjetivo, porque era una hervorosa mar. La latitud advertida era la de los 16° al Norte. El meridiano en que se hallaban era el de 75° al Oeste de Canarias. Siguen el hilo de aquella costa al Noroeste. Y tal es la distinción sutil—o bien cuadrada y sólida—que hacen los Vignaud, los Varnhagen y demás autores, que, sin contradecir los descubrimientos de Colón en la América Central, quieren singularizar y dar realidad a otros descubrimientos, antecedentemente operados por Vespucio en tal región misma. Y cuando se dice Vespucio, entiéndase también citado Pinzón, que era, en todo caso, el capitán de las naves. Los 16° de latitud Norte y las mil leguas al Oeste de Canarias conciertan con la se-

guridad de ser un paraje de la costa hondureña al Este, al que llegaron Pinzón y Vespucio: el cabo de Higueras y el golfo de Higueras, poco más o menos. Al mismo lugar costeño habría llegado Colón después; pero la navegación colombina siguió rumbo al Sur, hacia Veragua y Panamá, y la de Pinzón y Vespucio habría sido al Norte, si originada en el mismo cabo. Salvo este paraje de coincidencia inicial, nada habrá redescubierto Colón de lo que ya antes habían pesquisado Vespucio y Pinzón, y nada tampoco éstos de los posteriores descubrimientos de Colón. Mas siempre habrían precedido al genovés en tocar el Continente y en este cabo de Higueras, especie de hito y farallón decisivo y fronterizo de dos contrarios rumbos.

Luego, los de Pinzón topan con un puerto. Decirlo así, es decir la misma imprecisión. ¡Un puerto! ¿Qué era un puerto en las tierras vírgenes y en los mares no navegados de aquellos tiempos? Era la rada natural, la bahía natural, un lugar de agua más calma, en que las naves pudieran permanecer más al abrigo de los vientos. ¿Y cuántas así no se hallarán a lo largo de costas de cientos de leguas? Decir, pues, un puerto, sin otra noticia, o de la posición, o de la nomenclatura, es nada decir. Reanudan la navegación y llegan, según su dicho, a lo que llaman *Veneziola*. He aquí un nombre y un hallazgo tomados a otro viaje y descubrimiento del capitán Hojeda, el de 1499-1500, y que, por ende, suscita la inmediata sospecha de falsía de este otro viaje de 1497. Se trata del golfo de Venezuela, que así llamaron por la semejanza de las habitaciones palustres de sus naturales con la ciudad de Venecia, asentada en lagunas, y que fué visto por Vespucio y Hojeda. Esta circunstancia hace sospechar con mucha vehemencia que el relato que hace Vespucio de esta supuesta navegación de 1497 fué tramado sobre sus experiencias y recuerdos personales del posterior que con Hojeda hizo en 1499. Esta otra Venezuela, imaginada, de aceptarse el periplo narrado de 1497, sería algún paraje del golfo de Campeche. Luego, se van a *Lariab*—que en otros documen-

tos referentes a esta navegación se nombra *Paria*, circunstancia que añade nuevas sospechas de inverosimilitud a esta expedición—. Y Lariab está a los 23° de latitud Norte. En Lariab hacen una larga permanencia. Y aquí el ver la indiada desnuda, siempre de color de cobre y siempre entre feroz e inocente, y la turba de papagayos y los demás brochazos de color en un paisaje que habrá de descorrerse delante de las asombradas gentes de Europa. Aquí, sí, se entretiene mucho Vespucio, que quiere hacer de su breve pluma un ágil pincel. Aquí, posiblemente, no se detendría tanto en el regodeo estético Vicente Yáñez, en el que ya hemos advertido unos gustos más bien precisos y científicos que artísticos y decorativos. Siguen al Noroeste y hacen ochocientas setenta leguas, en lo que hay error, bien en el rumbo, bien en las leguas, pues un Noroeste tenaz, con ochocientas setenta leguas de recurrido, hubiera incrustado a las naves en seco, muchas leguas adentro del Continente. Mediado el año 1498, entran en un puerto, al que dan adjetivo de magno y encomian en cuanto bellísimo y capaz para allí cobijarse todas las naves del mundo. El gran puerto, de aceptarse la realidad de este periplo, no sería otro que el hoy llamado de Chesapeake, en la septentrional América. La *Lariab*, que se ha citado, y de no ser una mixtificación, o confusión mnemónica, de *Paria*, realmente visitada por Vespucio con Hojeda, sería posiblemente el actual lugar de Tampico. Treinta y siete días permanecen en el *gran puerto*, para luego narrar de los grandes bosques que lo cercan y de otras maravillas botánicas y zoológicas, y, en fin, se determinan a una singladura Este-Nordeste, la que los lleva otra vez a los espacios del Océano, es decir, al retorno, y tocan en un archipiélago, de cierta bruma y apariencia septentrional que pudiera ser el de las Bermudas; van a una extraña isla que llaman de Yty—lo que parece confusión paronomástica de la voz Haití, y causa nueva de escepticismo a propósito de la realidad de este viaje—capturan esclavos— anécdota que, dejando a un lado las que puedan ser las aprensiones de Vespucio, en

nada conviene con el carácter de Pinzón, presente, todo de hierro inflexible y aun de exteriores apariencias de seda, pero cuya inflexibilidad por dentro es una moral y un desdén del artificioso lucro—, llegan a Cádiz el 15 de octubre de 1498.

¡Donosa novela! No necesita Vicente Yáñez Pinzón de esta gloria adicionada y de imaginación, cuando tantas posee reales y luminosas. Quédese ésta para el solo Vespucio, y arranquémosla del cuaderno de las noticias biográficas de Pinzón, como a fronda parásita sobre tallo ajeno. Esta especie de simbiosis de la gloria entre Vespucio y Vicente Yáñez Pinzón, más es dañosa que favorable al navegante de Palos, y habremos de concluir que la citamos, pero la excluímos de su biografía.

También se ha fantaseado—aunque hayan dicho los fantaseadores que escribían las más precisas discusiones críticas—a propósito de una navegación, también a la América septentrional, hecha por Pinzón en la compañía del mismo Juan Díaz de Solís, y en el año de 1506. Para lo que en esto pueda haber de verdad histórica no poseemos otro informe y opinión que los estampados por Martín Fernández de Navarrete en su reseña de «Viajes por la costa de Paria». Al tratar el ilustre marino e historiador español de los proyectos y capitulaciones que se preparaban por el Rey con Juan Díaz de Solís—¡ese nombre adherido como sombra a la vida viajera de Pinzón!—, escribe así: «Entre los descubridores merece especial mención Juan Díaz de Solís, natural de Lebrija, que, unido con Vicente Yáñez Pinzón, fué en 1506 a proseguir los descubrimientos del primer Almirante, principiando en la isla de los Guanajos, reconociendo el golfo de Honduras y siguiendo al golfo Dulce, del que avistaron la entrada, al parecer con el objeto de hallar algún canal o estrecho de comunicación con el otro mar, y llegaron a las islas de Caria...». Aún apartando del reparo crítico ese propósito de hallar un paso a la otra mar, de la que en 1506 no había ni la más imaginativa noticia, creyéndose, de contrario, que todo el Océa-

no era uno y no había otro que el que baña las costas de Europa, este viaje que apunta como cierto Navarrete tiene un parecido de familia tan patente con el posiblemente mentiroso de 1497, que el razonamiento de examen más elemental en seguida se inclina a la conclusión de que no son sino uno mismo, postergado de fecha si el verdadero fué el de 1497; proyectado a un antecedente de imaginación si el auténtico lo fué el de 1506. Se va en entrambos a la costa de Honduras, y al golfo Dulce, abierto en iguales regiones costeras, a la isla de los Guanajos, que también visitó Colón, se sigue al Norte... He aquí el viaje «viajero», por hacer un juego de palabras, el movedizo y que sin fecha cierta y semejanza de itinerario divaga por las páginas de las historias, como fantasma de tramoya detrás de muchos telones. Empero, en las breves líneas que Navarrete le dedica hay mayor «posibilidad» geográfica y una verosimilitud más transparente que en el relato, de tan parecidos contornos, de Vespucio. En opinión de Navarrete, ahora Pinzón, en 1506, descubre la península de Yucatán «de la que el conocimiento—dice—no se completó hasta años después»... Ah, en efecto, hasta que allí fué Fernández de Córdoba, y fué Grijalva, y luego Cortés a Cozumel...! No dice más Navarrete, ni nada del retorno, y su fecha, de esta expedición. Nosotros, en otra parte, hemos intentado dar de esta navegación una visión corta y en esquema, pero, en el posible de nuestra pluma, cargada de calidades pictóricos y de las que aproximan a la emoción. Así hemos escrito: «Después de tocar en las islas de los Guanajos fueron Solís y Pinzón a la baja costa hondureña, tan espesa de insectos como espejeante de lagunajos, en cuyas márgenes el bejuco hacía sus rondas de tallos dentellados. Entraron en el golfo Dulce, porque, en definitiva, iban buscando un canal que escindiera el continente para seguir hacia el Catay lejano —ni más ni menos que fuera la empresa de Colón por estas costas—y dieron, en fin, en las islas de Caria, siguieron a la provincia de Yucatán, y al ver en la lontananza

de una tierra, borrada de calidades y de aristas por la atroz vegetación, las altas pilastras, arquitrabes y monstruosas carátulas e ídolos que testimoniaban de la pasada civilización maya-quiché, entre la pompa avasalladora de la selva, que se obstinaba en disipar aquellos espectros impasibles y chorreantes de lianas, con que se erigían al aire de hoy las viejas historias, tuvieron, sin duda, el estupor mismo e igual sorpresa que los sentidos en tales parajes, años después, por Fernández de Córdoba y Grijalva».

Era pasar de una realidad tosquísima, más viva y luminosa—tales los países de los aruacos, las Lucayas, las Antillas, la costa de Paria, todo aquello que se había visto, cubierto de un verdor virginal, dotado de unas calidades de natural paraíso, y el hombre desnudo, y las sociedades primarias, y la ausencia del ídolo, que no esté hecho del trozo de un árbol, y el aceptar con ingenuidades de niños en trueque al oro cualquier bujería de latón o cristal, o las sonajas, que no producirían mejor efecto en una tribu de monos, todo esto, tan sencillo de comprender y tan reiterado...—sí, era pasar de esta realidad, observada siempre igual desde la misma mañana de 12 de octubre de 1492 a una irrealidad de la dormida vida histórica, que estaba de pie sobre su propia tumba; era saber que allí no hubo sólo hombres de las varias edades de la piedra, sino imperios en cultura también, sociedades que poseían templos, palacios, ciudades apiñadas como hormigueros, el rey y el sacerdote; es decir, todo esto otro que se creía privativo del viejo mundo... Si, realmente, Pinzón estuvo allá en el año de 1506, con tanta precedencia a las primitivas exploraciones mejicanas, no sería la de este Yucatán, abrumado de largas estatuas de ídolos, entre el revestimiento de las lianas y la atroz zapa que les hacían por debajo las raíces de los helechos, la sorpresa más liviana de su vida, antes la máxima de todas, tanto como aquella primordial de arribar a la isla de Guanahaní, porque la sorpresa de ahora, además de venir cargada de color y suntuoso contraste de luz y sombra, el sol que se abre co-

mo abanico y la selva que se encoge como madriguera, también poseía los signos del espíritu operativo, que construye la historia, y que él, Pinzón, en cuanto poco filósofo, apenas entrevería, pero en cuanto hombre adelantado de corazón, sentiría recaer en él, como una zarpa metafísica, que conjuntamente hiere y acaricia...

Sí, esta sería la sorpresa del Yucatán, del viaje de 1506. Pero habrá que pensar razonablemente que no lo sería, porque, a pesar de la adhesión bien explícita que le hace Navarrete, esa navegación de 1506, más tiene de lo imaginado que de lo históricamente contrastado. Así habrá que concluir sentenciando, en última instancia, que el viaje de doble rostro, a modo de Jano, de 1497 o ya de 1506, es tema de altercado erudito, pero no tiene aquella pureza de líneas y aquel esplendor íntimo, que tan bien se comprende, de lo verdadero, y así habrá que olvidarlo un poco, para dar nuestra atención toda a la obra auténtica y cierta de este Vicente Yáñez Pinzón: sus soberbios periplos de 1500 y de 1508, en los que ha tenido nada menos que la primacía del descubrimiento brasileño y de la primera expedición al Austro de las estrellas desconocidas... He aquí el hombre que el primero en el mundo ha traspasado el Ecuador por las aguas de América—y apartando de nuestra memoria los viajes lusos hacia el Sur africano—; he aquí al primer descubridor del grande río de las Amazonas. Éste es el hombre que queremos hacer revivir en su prestancia de afuera y en su psiquis de adentro, a lo largo de las breves páginas que siguen. Brevedad no será imprecisión ni incorporeidad. A veces, unos trazos a lápiz componen más el pormenor y aun el alma de un retrato que la paciente busca que hubiere hecho el pincel sobre el lienzo. Después de haber sido, con su hermano Martín Alonso, el «cooperante»—no se nos vendría a la pluma palabra que nos pareciera más precisa—del primer Descubrimiento, ¿qué pudiera él hacer—él, el hombre sin ambiciones, el subjetivista empedernido, el que iba a Indias por afán de ciencia y por obedecer a los Reyes, mas sin

propósitos de crearse adelantamientos y de acopiar mucho oro—qué pudiera hacer él que no fuera «sencillamente de una soberbia sencillez»?... En el pleonasmo de palabra y de mente que precede, y en su misma imperfección gramatical, está implícita la perfección de nuestro pensamiento a propósito del carácter y «motivos de carácter» que informan estos últimos años esplendorosos de la vida de Vicente Yáñez.

Llevando por tenientes a sus sobrinos Arias Pérez y Diego Hernández, aquél el primogénito del muerto Martín Alonso, armó Vicente Yáñez cuatro carabelas, mediado el año de 1499. Nuevamente—por lo menos, de hecho—estaban en caducidad los privilegios del Almirante, y así pudo ir a Occidente Vicente Yáñez, sin embarazo de los Reyes, antes con su venia y cordial aliento. Fueron embarcados en estas cuatro carabelas muchos de sus parientes, bien de los de directo apellido Pinzón, bien de los colaterales, y también fueron muchos de la familia paleña de los Niños, que habían dado a Colón tantos tripulantes para la *Niña*, cuanto esta misma nave, en que el Almirante concluyó su gesta primera y retornó a Castilla.

Era una expedición la que ahora encabezaba Vicente Yáñez enteramente paleña, pues. Del puerto de Palos había de zarpar y gente de Palos la componía. Se repetía así aquel milagro, no de las cosas, sino milagro de las almas en tensión heroica, que fué doblemente la claridad y la profundidad del primer viaje oceánico. Tres pilotos de nombradía llevaba a bordo Vicente Yáñez. Y eran los nombrados Juan de la Umbría, Juan Quintero y Juan de Jerez. Los «tres Juanes» los llamaba por regocijo Vicente Yáñez, y si eran trinos en personas, eran uno solo por el caliente entusiasmo con que seguían a su capitán. Es singularidad psicológica de esta expedición la del unánime concierto de todos los alistados. Siempre había en otras armadas discordias de la ambición o del lucro. En ésta,

como con gente de la misma sangre hecha, había una apacibilidad de familia.

Juan de la Umbría había corrido mucho mundo, y era muy apto en la medición de las latitudes, por la estrella, con el astrolabio delante de los ojos. Juan de Jerez, así llamado por ser jerezano y no por exacto apellido, había llegado a la puerta de Pinzón con un alma ilusionada, que casi se le derramaba de los movimientos elocuentes de sus manos. Era un español en redondez de estímulos. La empresa de Vicente Yáñez tomaría una caracterización de ardimiento hispánico, que tal vez no incidía en igual proporción en aquellas otras, pensadas ya con el solo apetito del lucro, o solamente empenachadas de particulares ambiciones. Con Vicente Yáñez sabían todos que no iban a esclavizar indios y a posponer el afán, casi doloroso de puro feliz, del hallazgo de tierras nuevas y nuevos mirajes de mar, a la sola busca del oro. ¡Si el oro sobrevenía, bien lo trajeran los caprichos de la suerte! Mas por el oro no habría riña ni decepciones. Era la de Vicente Yáñez una alegre tropa, anticipadamente refutadora de la «leyenda negra». Ellos eran leyenda blanca o dorada leyenda, siempre de un color limpio, detrás del cual no se pueda ocultar y abrumar el agravio a Dios.

Juan Quintero era hombre entrado en años y de larga historia ya. Había sido el propietario de la *Pinta* y uno de sus tripulantes, quizás entonces un poco en contra de su voluntad, porque la nave le había sido tomada por secuestro real, y él mismo más fué a la navegación por el «contagio psíquico» y, en cierta manera, coactivo—con esa coerción impalpable y poderosa de lo que es opinión y ejemplo—, que a la sazón era la atmósfera moral de Palos, que por sus muy bien decididos estímulos. Además, antaño no creyó en las largas promesas colombinas. No las creyó hasta que no las vió desplegarse en abierta aurora sobre las mismas playas a que arribaba. Durante todo el viaje del primer descubrimiento tuvo oficio de poca o ninguna eficiencia. Estaba en la *Pinta*, su nave, debajo de la capita-

nía de Martín Alonso, y posiblemente fué de los que más halagaron el ánimo del capitán en sus veleidades de independencia frente al Almirante. Era de los que nada más llamaba al Almirante que «el genovés», poniendo en este dictado de extranjería más un desafecto que una admiración. No participó, probablemente, en la avería intencionada que, a la altura de las Canarias, su hermano, Cristóbal, también tripulante de la *Pinta,* produjo de intento en el gobernalle, con el propósito de que la carabela, con toda su gente, y por inservible, fuese restituída a Palos. Pero su inacción, su filosofía desdeñosa y desdeñoso gesto bien declaraban el hastío con que seguía viaje al occidente de la fábula, que pronto iba a ser el occidente positivo y abierto teatro de la hazaña. Con los años idos, sus vocaciones se habían trocado de aquel desdén al entusiasmo de ahora. Amaba el ir a Indias con cierto apasionamiento viril, como se ama a una mujer. Ahora, si no hubiera tenido plaza en las naves de Vicente Yáñez, se hubiera creído afrentado, ¡él, que ya era viejo y más le importaban una buena llama de hogar y unas buenas rentas de sus tierras, que se cuentan maravedí sobre maravedí, que todas las magnificencias, ¡el oro, la tierra infinita, el poder!, que se narraban de Indias.

Con estos tres pilotos, cada uno apto para ser un posible almirante, con sus sobrinos Arias Pérez y Diego Hernández y las demás gentes de su casa y la casa de los Niños, Vicente Yáñez, poseedor de cuatro carabelas, tan finas y veleras, se creía—y lo estaba, porque a veces el creer vale tanto como el ser—en ánimo y potencia de descubrir el nuevo orbe—que Colón, en el parecer de casi todos aquellos hombres de Palos, no había hecho sino arañar o raer en la superficie—. Zarparon del puerto de los Espigones de Palos un poco a lo caballeros andantes—náuticos caballeros—«a principios de diciembre de 1499», declara Navarrete. En las notas a sus compendioso relato, Navarrete declara otras cosas más. El piloto Juan de Umbría, según se lee en tales notas, escribía desde el día mismo en

que partieron, un diario, o cuaderno de sus memorias, jornada a jornada. Esta particularidad, no frecuente, de un piloto, autor de memorias, cuando no suelen escribirlas más, y por rareza, que almirantes o capitanes, nos delata a nosotros, los posteriores, la calidad de alma ardiente que concurría en estos expedicionarios. Sí, eran un poco españoles a lo Ignacio de Loyola—caballero a lo divino—, a lo Quijote—caballero a lo humano—, a lo Vasco Núñez de Balboa—caballero pobre, captador de la fortuna, que pasa por delante del hombre con la cabellera tendida, y esto lo han hecho muchas veces los españoles—. Pues, sí, el piloto Juan de Umbría asevera en sus memorias que la partida fué del río de Saltes, lo que es casi lo mismo que decir el río Tinto y el puerto de Palos. Hay también una relación italiana de este viaje y la siempre solemne de Pedro Mártir de Anglería. En la tal relación italiana se asevera que la partida acaeció el 19 de noviembre, pero parece evidente error. Pedro Mártir escribe así: «*circiter kalendas decembris anni noni et nonagessimi a quadringentessimo supra millessimun*». Fecha que confirman dos cédulas o provisiones reales, una expedida en Granada a 5 de diciembre de 1500, que puede leerse en el Apéndice de este libro, en la que se expresa cómo Vicente Yáñez Pinzón, con sus sobrinos Arias Pérez y Diego Fernández, armaron, con licencia real, «puede haber un año, poco más o menos», cuatro carabelas, con las que descubrieron seiscientas leguas de tierra firme, y otra, también dada en Granada a 21 de junio de 1501, en la que los Reyes dicen «que puede haber año y medio, poco más o menos, que Yáñez Pinzón fué a descubrir tierra a las partes de las Indias». La partida, pues, de Pinzón, por diciembre de 1499, es de una perfecta seguridad documental, siquiera de imprecisión en cuanto al día.

¡Qué bello mar, qué alegría de alma, qué ir, con la imaginación, no en naves, sino en Clavileños o en Pegasos míticos de la ilusión! Mas ésta era ilusión exacta, que es la más rara especie de ilusión que en el mundo hay y la

sola que hace las grandes cosas: por una parte, el fuego de mito y de fantasía; por la otra, cierta manera realista, socarrona, positiva, de meter el Fénix loco en vías de cumplimiento. Pasadas las islas Canarias—porque el llegar a Canarias fué cosa de pocos días—siguieron rumbo a Cabo Verde. Porque la voluntad de esta expedición era ir al Sur. ¿Quién no sabía ya en Castilla, antes de que Vespucio tomase a su cargo el decirlo a Europa toda, con aplicación inmediata de los merecimientos a su propia persona, quién no sabía, y más desde aquello de Paria, que logró Colón el año precedente, que al Sur había un vasto continente? Esta *Terra Australis*, esta Antictonia de Ptolomeo, que durante tantos siglos se había aparecido, sin realidades del tacto o de la visión, en las páginas de los viejos tratados geográficos—¡Ptolomeo, siempre el oriental Ptolomeo!—, ahora se sabía efectiva; era una *quarta pars* del universo, se podía ir a ella, contemplar sus selvas de gigante apostura, sus bestias rarísimas, sus naturales simplísimos y feroces, que estaban, en opinión de estos ilusionados, esperando anhelosamente la palabra de Cristo. ¡A esto iban allá Vicente Pinzón y los suyos, más que al oro o a la creación de reinados! En la familia de los Pinzones se advirtió siempre una como ineptitud para la institución de feudos, reinos, provincias, a diferencia de la común ambición de otros conquistadores y navegantes. Eran exploradores, pioneros, informadores geográficos, tal vez poetas del paisaje..., y luego, ¿qué? Luego, el retorno a la modesta casa de Palos, conformarse con tener algunas viñas, alguna renta y no tener cuentas con la justicia... ¡Extraña poquedad de alma, unida a tanta dilatación y magnificencia de alma!

En fin, allá iban, a Cabo Verde. Luego, desde Cabo Verde, siguieron la vía del Sudoeste trescientas leguas, hasta perder de vista al Polo Ártico, es decir, hasta no tener ya en su horizonte la seteptrional estrella polar. Y así la maravilla primera operada por Vicente Yáñez y su tropa de deudos en este viaje. ¡Eran los primeros en traspasar la

línea equinoccial, con rumbo a América! Escribir esto hoy en día parece escribir y levantar acta de un alto hecho, sí. Y, empero, no somos, los hombres de ahora, que solemos ir a la América meridional en elegantes paquebotes, capaces de medir el asombro, el lujo de alma y la decisión realizadora que había en esta sencilla empresa de navegar al otro lado de la línea.

Durante miles de años se había propagado por el mundo europeo, y aun por el arábigo mundo, la suposición, que a fuerza de repetirla se había trocado en tesis o en dogma, de ser inhabitables los países ardientes situados al otro lado de la línea: su calor, como de fuego; su vegetación, nula; sus bestias, si acaso salamandras, que en el fuego viven. Tal vez en el mundo arábigo había, vagamente introducidas, noticias menos fabulosas. Habían llegado las caravanas de los soldanes egipcios muy al sur del Sudán, quizás cerca de las regiones en que el Nilo esparce sus grandes lagos originales. Era sospechable que en las madrisas árabes se tenían noticias del firmamento del Sur, de sus otras constelaciones y de la natural ausencia de una estrella polar ártica. Pues, ¿por quiénes pudo llegar a la inspiración épica del Dante aquel joyel excelso de las cuatro estrellas que conforman la cruz del Sur, que cita en su poema, lamentando la «viudez» de un superior contento, en que yace el hemisferio norteño por no verlo? Bien es verdad que desde el comedio del cuatrocientos los portugueses, navegantes en las costas de Guinea y hasta el cabo de Buena Esperanza, habían traspasado la tal línea equinoccial. Pero se trataba de explorar, al Sur, un mundo vario, pero conocido siquera por datos de la inteligencia. Esta empresa americana de Vicente Yáñez de ir al otro hemisferio, no sabido, y de fronteras supuestamente metafísicas, en el que podían erigirse, en turba de fantasmas, todos los horrores que se habían afirmado durante miles de años, y eran la conseja habitual de las gentes temerosas, tanto como podían serlo los relatos de un infierno, o un purgatorio, adquiría ahora para ellos, que la vivían, y adquiere

para nosotros, que la narramos y comentamos, toda la magnificencia abrumadora, todo el estallido de rebeldía combativa en presencia del Misterio y todas las calidades de angustia anhelante, que tuvo el mismo primer viaje colombino. Este era, verdaderamente, un segundo descubrimiento colombino, con valor de sorpresa y totalidad, y un segundo descubrimiento de tanta energía espiritual y de tan solemne resultado como aquel primero del 12 de octubre, y esto lo hacía por su cuenta, y sin pretender que se le dieran en premio todos los reinos del mundo, un hombre de modestia íntima y obstinada, que se llamaba Vicente Yáñez Pinzón. Ved, pues, si valía alguna cosa este hecho de traspasar la línea equinoccial, con rumbo a Occidente.

A punto de navegar por el océano austral, sobrevino la tempestad. Navarrete la llama «recia borrasca», quizás así disminuyendo su tremenda efectividad épica. Porque aquello importaba en cuanto era épica pura, más que por el riesgo en que llegaron a estar las naves. La tempestad se aliaba, tan pronto como la atmósfera se descorrió de nubes, con esta contemplación, que concluía en crispatura de los nervios, y que los hombres hacían, ya en grupos dialogantes, ya en soledad meditativa el que estaba en lo alto de una gavia o de vigía en proa, o con el timonel: aquel cielo de estrellas era otro; el mundo había cambiado, o, si se quiere, aquél era otro mundo, pues que también era otro cielo. El marino siempre miró al azul, aun el sencillo marinero de faena y poca ciencia... ¿A cuál de aquellos hombres no le eran cotidianas, y casi amigas, y casi enamoradas, las estrellas de las dos Osas, la fúlgida Vega boreal, las Híadas pluviosas, las Cabrillas, amadas de los pastores tanto como de los marineros? Noche a noche habían mirado a ese cielo boreal, aun estando de cava o vendimia en las viñas, cuando el trabajo diurno terminaba, pues, siendo ellos de Palos y aquella ribera, bien sabían todos que, más o menos pronto, todos concluirían en marinos. Así el cielo les captaba las miradas, aun a los más indoc-

tos, como una página en que se lee. Ahora todo aquello se había trastrocado; todo era errabundez y extrañeza para los ojos y para la pasmada inteligencia. Veían dibujadas allá arriba constelaciones ignoradas; no se sabe porqué aquel cielo les parecía más negro y profundo, más en vacío; hubieran jurado ellos que allí se observaban muchos menos astros que en el hemisferio boreal. No sabían, naturalmente, los nombres que los siglos siguientes habían de poner a aquellos nuevos, misteriosos jardines celestes: el Tucán, el Taller del Pintor, la Quilla, el Escudo de Sovieski... ¿Qué era aquello? Era la duplicación del universo: un universo, contra el concepto estricto que envuelve la palabra, dividido en dos. Vicente Yáñez participaba de igual asombro que el más iletrado de sus compañeros, pero además abrigaba en el pecho un sentimiento de orgullo —el orgullo amansado y sin violencias de expansión, que era el sólo posible en él—: aquella duplicidad del mundo él la procuraba.

La gente de las naves, aunque no en discordia de indisciplina, sino en mera confusión de sus pesamientos, murmuraba. También murmuraron cuando llegaron al mar de los Sargazos en el primer viaje, creyendo que aquel océano de hierbas era la misma frontera del mundo posible al hombre. Apareció entre ellos, a causa de su poca ciencia, aunque entrasen en recuento el mismo Vicente Yáñez y sus tres ilustres pilotos, una proposición que hoy se nos antoja demasiado peregrina y hasta, si se quiere, de una especie de trágica bufonería. Pensaron si habría alguna como prominencia, o montaña de aguas, a modo de abultamiento del planeta, que ocultase de las miradas el opuesto polo ártico. Esta infantil proposición no ha de suscitarnos la risa: ¿pues es que hoy lo sabemos todo, y durante la era científica investigadora del pasado siglo y del presente, en cualquier orden de ciencia, no se han propuesto las hipótesis más solemnemente enunciadas, que luego han concluído en el ridículo?

Creían todos cuando observaban la tempestad en las nu-

bes, tan cargadas de vetas moradas las masas nubosas obscuras, y del Bóreas al Noto y del Euro a Poniente unas cuádruples, gigantescas, fantasmales alas de murciélago parecían cubrir la alta bóveda y apoyar sus puntas en los cuatro horizontes, creían, sí, que allí las olas eran más levantadas y trepidantes, y achacaban el caso crispante a tal abultamiento de la esfera terrestre. ¿Dónde estaba, en este otro mundo, una estrella guiadora que, a semejanza de la polar, en el hemisferio boreal, sirviese de signo a la aguja magnética y diese la seguridad de la posición en el mar extendido y la orientación y rumbo? «Como no tuviesen idea del crucero austral, vanamente esperaban divisar otra estrella semejante a la de nuestro Norte», escribe Navarrete. ¿Cómo navegar allí? ¿Era aquél un mundo en el que Dios no había puesto sus signos? La sorpresa que excedía ya a las posibilidades del sentimiento admirativo era que, al lado austral de la línea, ellos, y sin gozar de la visibilidad de la polar, de todas maneras la flecha de la brújula seguía señalando siempre a un norte que no se veía. Y muchos concluyeron por pensar, con una conclusión pueril, que navegar por aquellos mares sería hacerlo a tientas, como el ciego va con su báculo por un camino.

Pero, a pesar de rumores pesimistas de la marinería, los ánimos, anchos, abiertos, expectantes de Vicente Yáñez Pinzón, no decayeron ni se anublaron. Era una fuerte lección de optimismo, fe y serenidad, que había adquirido al lado de Colón, y al lado de su hermano también, cuando el primer viaje de Descubrimiento. Así, consolando a todos con su palabra y con la promesa de que en Indias todos los espantos terminaban por convertirse en las más halagüeñas realidades, decidió seguir el mismo y obstinado rumbo Sudoeste, que había de llevarlo, en su opinión, como así fué comprobado, a la Antictonia, o mundo austral, o tierra firme que pretendía. Hicieron las naves doscientas cuarenta leguas más con tal rumbo, y en 20 de enero del año de 1500 avistan tierra sobre los 8° de latitud meridional, precisamente en el paraje, hoy brasileño, que luego se llamó del

Cabo de San Agustín, punto de referencia para muchas futuras navegaciones después.

Respecto a la exactitud de la fecha de este hallazgo continental—menuda cuestión de discordia erudita—hay divergencia entre los autores, si bien la divergencia es de escasos días, que en nada privan a Vicente Yáñez de su opulenta gloria de ser el primer llegado a las costas del Brasil. Pedro Mártir, da a propósito de este descubrimiento, la fecha de *septimo kalendas februarii,* que corresponde al 26 de enero, y así lo copió Muñoz. La relación italiana de este solemne viaje declara el día 20 de enero como el de la arribada. Fuere uno u otro el día—que la duda es poquedad tan poca, que no excede a un grano de mijo—, lo cierto es que Vicente Yáñez es el descubridor primero del país del Brasil y de la costa atlántica de la América meridional. Pedro Álvarez Cabral, el portugués, zarpó de Lisboa—éste, al que se conceptúa comúnmente como descubridor del Brasil—el día 9 de marzo de 1500, es decir más de dos meses después de que ya Vicente Yáñez había tocado en costas brasileñas. No iba Cabral con rumbo a América. Iba a la India, por contorno del Cabo de Buena Esperanza, habitual navegación portuguesa. O, por lo menos, tal se dijo entonces y siempre, aunque nosotros abriguemos cierta sospecha de que pudo haber en estas noticias, dadas a la opinión universal, algo de añagaza de la Corte lusa para no suscitar los recelos, o la oposición franca, de la Corte española. Por huir de las calmas del golfo de Guinea, tras haber padecido un temporal, que le desarboló naves y lo puso en trance de muerte, Cabral se engolfó tanto al Sudoeste durante un largo mes—y aquí de nuestras sospechas críticas, ¿qué justificaba esta navegación obstinada al Sudoeste si se llevaba verdadero rumbo hacia el Cabo de Buena Esperanza?—, que en 24 de abril vino a dar, aproximadamente, a estas mismas costas, a que ya precedentemente habían llegado Vicente Yáñez y, casi a seguido de él, Diego de Lepe, también de la familia pinzónica, del que ya hemos hecho referencia en estas mismas páginas. Cuando Cabral, bien

por encubierta voluntad y designio, bien por puro azar, arribó a las brasileñas costas; en los 16°, ya el Brasil estaba descubierto anteriormente por dos sucesivos navegantes españoles, y los dos de la familia de los Pinzones: Vicente Yáñez y Lepe. Después, y con distancia de un premioso año, fué allá la expedición portuguesa segunda, en la que estaba Américo Vespucio, que se dió a sí mismo título de descubridor del nuevo orbe continental, y reputó esta navegación lusa de 1051—que corresponde a la tercera de las cuatro que él explica—, como la original y primera directamente llegada a las costas del Brasil.

Mas, con todas estas exactas fechas delante de los ojos, todas ellas de una certidumbre histórica irrefutable, ¿quién dudará en proclamar a Vicente Yáñez como el descubridor primero del continente austral por el lado de su costa atlántica? He aquí una gloria de este biografiado nuestro, que estampamos en estas páginas, con todo el denuedo del reto a las que fueren viciosas opiniones contrarias, más o menos envueltas en la hojeda rumorosa de la erudición de temperamento antiespañol, la que muchas veces viene a decaer en hojarasca cerrada del silencio, cuando importa más silenciar que gritar. Sí, realmente, en torno de las puras hazañas de Vicente Yáñez Pinzón—héroe burgués, por así decirlo, y extraordinario Quijote dotado de todas las virtudes de los Sanchos, sin que le falte tampoco la magnitud altiva de alma que a los Quijotes conviene—se ha hecho demasiada espesura de silencio. La misma España no ha sabido justamente reevocar en todo su tamaño, vestido de luz, las figuras de los dos capitanes Pinzones, y aun menos la de este mismo Vicente Yáñez, que siempre pasó por el «segundón» y el «menor», aun en achaques de hazañas, que no de edad. Son puros hombres representativos del esfuerzo hispánico del Quinientos, y de aquel capítulo de la gesta, que más seduce por más desinteresado.

Vicente Yáñez Pinzón llamó al Cabo de San Agustín, Cabo de Santa María de la Consolación, quizás en concordancia con su propia experiencia espiritual, y por darle

nombre a ella misma, tanto como a aquella masa roquiza del color del bronce oriniento, cortejo abrupto de embozados espectros, que se adelantaba hacia el azul fúlgido del mar, entre las hervorosas rompientes de espumas. Él, en efecto, tuvo un arduo consuelo al lograr aquella tierra, porque, después de todo, aunque no las declarase, había participado de las mismas turbaciones de ánimo de sus marineros, y la consolación, sí, que él sentía quiso transferirla a una igual advocación de Nuestra Señora Santa María. Desembarcado Vicente Yáñez en aquella tierra, llena de sol, pero también de silencio, sólo turbado por los pitíos de las aves en multitud, tomó posesión de ella, con la compañía de escribano y de testigos. Y he aquí cómo la primera posesión jurídica del Brasil fué a beneficio de la Corona de Castilla.

—¡Castilla, Castilla!—. Fué la voz, como siempre, que resonó en la soledad aquella de playa candente y de selva cercana.

No apareció indio alguno en dos días, si bien se observó sobre la arena muelle o sobre el cieno pútrido, alguna huella de pisadas humanas, que parecían de gigante. ¡Oh, tierra de sorpresa!... ¿Gigantes allí habitadores? Se dió pronto con los naturales, no lejos de aquel paraje. Eran, sin gran error contra lo que se había imaginado, una raza de hombres de buena talla, si no gigantes, que vagaban, en errabundez continua, de una en otra parte, pernoctando al descubierto; haciendo vida de rebaño acometedor, intratables, feroces... Poco comercio con ellos, ningún oro, y, si acaso, mucha guerra. Cuando se los vió, se apostaron ellos, a favor de las sombras de su selva, en forma de semicírculo, con sus arcos y flechas dispuestos y a punto de batalla. Pero ni disparaban sus primarias armas ni venían a comunicación y trato, por más que se procurase atraerlos, mostrándoles algunas bujerías comerciales y haciéndoles halagos. Llegó la noche y desaparecieron.

Ya no se les vió más, porque los castellanos levaron anclas y dieron rumbo por entre Poniente y Norte, costeando

hacia la equinoccial. Como tenían deseos de tomar lenguas del país, surgieron a la boca de un río. Algunos, bien armados, de los españoles se internaron, en unos bateles, contra corriente, río arriba. Todo era herboso, el paisaje, y, en medio de la masa herbácea, las grandes palmas acá y acullá. Vieron luego, en la cima de un altozano, a mucha gente de los naturales, que parecían celebrar asamblea. Los llaman con gestos afectuosos y en uso de ese lenguaje mímico que es universalmente entendido y es de todos los tiempos. Un español, el más osado, se adelanta a invitarlos a la paz, Les echa, desde lejos, un cascabel, mercadería muy gustada de indios. Ellos, en trueque, arrojan cerca del español una vara dorada. Quizás cree el español que es oro, quizás que el recogerla es una ceremonia por la que se declara la amistad. Así lo hace, y entonces—porque el recoger el cetrillo de oro debía tener, contrariamente a lo que el castellano pensaba en aquel momento, la significación de un reto—, se llegan todos los indios en tropel a agredirlo. Él se defiende con su espada y rodela, y entretanto llegan sus compañeros de batel a socorrerle. Se traba la batalla. Los bárbaros, desnudos, son acuchillados y mueren muchos. Pero porfían sin dar muestras de abatimiento o pavor. Los que quedan en pie son dorados, como jaguares; feroces en acometer, como jaguares. Dan muerte a ocho o diez españoles y hieren a los más con el contumaz cerco de sus flechas. Así aparece relatado el luctuoso suceso, en el que no está presente Vicente Yáñez, en los «Paesi novamente ritrovatí», ediciones de Milán de 1500 y 1519, capítulo CXII, según nota con que Navarrete apostilla su relato.

En fin, se recoge a las naves la cansada gente española, después de abandonar aquellos tristes cadáveres de sus compañeros, que no había remedio para esta necesaria impiedad; a Vicente Yáñez, con el ánimo hasta ahora de tan lúcida transparencia, se le entenebrece de pasajeras sombras; decide navegar... Buscar horizontes nuevos es, a veces, una cura del espíritu. Corridas cuarenta leguas de mar

y costa y llegados a la línea equinoccial nuevamente, advierten, con una sorpresa, que tiene de momento más de lo sentimental que de lo científico, que son dulces las aguas del mar por que navegan. Y no en acaso circunstancial, sino en continuidad de uno y otro día de navegación. Muchos creían que pronto se dará con los jardines originales del Paraíso, cuyas son aquellas aguas dulces vertidas en la mar en tan extraordinaria copia. Otros son de parecer que el mar ya concluye allí y comienzan aguas del caos, que son distintas a las aguas conocidas del océano. Mas, Vicente Yáñez, con un poderoso estímulo, que hoy pudiéramos llamar científico, es decir, el de saber y el de arriesgarse para saber, manda gobernar para tierra... Y todos le obedecen. Ha hablado el capitán. El capitán, para aquella gente de Palos de Moguer, es el padre y el sabedor, además del capitán. Las perspectivas marinas se van trocando en terrestres. Por todas partes se observan islillas fangosas, de una fecundidad vegetal exuberante. Hay como un perfume caliente en la atmósfera; un perfume de molicie, de flores podridas y de sueño. Por dondequiera se observan canalillos, por los que el agua discurre con violencias desmelenadas, como una cabalgada de tritones. Dos brazos principales o enormes cauces vierten en la mar sus ingentes aguas amarillas. ¡Se trata de un grande, inmenso río! Una grande isla divide a estas dos corrientes de desembocadura, y casi, al observarla de lejos, en más de un día de navegación, parece vasta, como toda una provincia. Las naves están a gran riesgo: de la parte del río se adelantan olas encrespadas, olas fluviales, de agua dulce, no azules, sino de un amarillo de fango, que vienen a chocar y entrecruzarse con las que el océano envía, tan perfectamente tintadas de azul, y todo viene a concluir en una masa de revueltos vórtices, parda y entre de río y de mar. Luego se sabrá que este fenómeno de aguas en choque y lucha es llamado *pororoca* por los naturales del país. Ahora no se sabe sino temer, porque las naves en las cimas y en las flexuosidades y concavidades de tal oleaje, divagan y sal-

tan como cáscaras de nuez. Pero, Vicente Yáñez ha «entendido», ha «sabido». Nada menos que acaba de descubrir el grande río de las Amazonas, el mayor en caudales del planeta, y que también se ha llamado el Marañón y el de Orellana.

Días después, los navegantes castellanos reconocen algunas de las fluviales islillas. Son mansísimos los naturales de estas islas. Aprehenden a algunos, cautivos, para trasladarlos a España, en calidad de viva prueba del Descubrimiento. Algunos autores opinan que los hacen esclavos. Pero, ¿es apto para hacer esclavos el temple de espíritu de Vicente Yáñez? A parte de aquellas islas las llaman provincia de Marinatambal, a causa de alguna denominación oída confusamente a los indígenas. También se sabrá mañana que la gran isla vista es la de Marayó, o San Juan de las Amazonas.

Pero el ambiente es pútrido, enervante, oloroso y feliz, todo ello conjuntamente. El sol es de sueño; la noche es de cantos. Todo contrariamente a lo que acaece en los climas fríos o templados. El calor húmedo, que, primeramente, parece un castigo, acaba por ser una caricia. ¡Hay que huir de allí! Y se evita el peligro de la *pororoca*, navegando hacia el cabo del Norte, en que termina el río—al que Pinzón le aprecia una dilatación de sus bocas de treinta y más leguas, con una aproximación muy cercana a la verdad—, y desde allí la costa reitera su anterior y general dirección.

¡Ya han recobrado la visión de la estrella polar! Esto es felicidad para todos, aunque felicidad sólo sentimental, pues ya todos han aprendido que también se navega sin tener la estrella del Norte en el horizonte. Se siguen trescientas leguas, a vista de la costa, hasta el golfo de Paria. Y si echan anclas y paran en alguna rada o ensenada es para ver aldehuelas de indios en abandono y con vestigios de incendio, como si las hubieran roto el rayo, el huracán o la guerra, y tropas de errantes indios, que a vista de los españoles «huyen a las montañas», como se lee repetida-

mente en los historiadores primitivos, y vale por huir a selvas y colinas próximas, que no hay montañas cerca de este mar. Los de Paria, llegados allí estos españoles, se muestran tan entre tímidos y hostiles, que causan maravilla en los de Yáñez Pinzón, pues ya hay noticias de cuando estuvo allí al Almirante y de cuán francos y accesibles al comercio eran estos indios, de pacífica casta aruaca. Creen muchos que Cristóbal Guerra y Pero Alonso Niño, que ya han andado por esta costa, les habrán inferido agravios de obra—la guerra, las armas de fuego, el intento de hacer esclavos—, y así ellos están en prudente escarmiento. Pero, de un igual escarmiento, y por su lado, participan los españoles, que no osan bajar a tierra por si han de repetir un inútil combate, cual el que tuvieron otrora. Y salidos por las hervorosas bocas del Drago, o Dragón, que son las fauces de una perfecta mítica oceánica de naturales gigantes, se enderezan hacia la Española, a la que arriban el 23 de junio, tras de haber reconocido, según posterior afirmación que Vicente Yáñez hizo, más de seiscientas leguas de costa, asegurándose de que era toda de tierra firme y parte de un gran descubierto continente. De la isla Española fueron a las Lucayas—ahí, tal vez, había una añoranza de las magnificencias sentimentales del primer descubrimiento en el corazón de Vicente Yáñez—y tocaron en la isla Isabela, en lengua india la Jumeto, o Saometo, y en los bajos de Babura, y aquí en estos arrecifes coralinos, de tan bravo peligro a flor de agua, padecieron una de esas tempestades antillanas, del todo grises y del todo semejantes a un cono de revolución que con el vértice invertido avanza sobre la mar. Se perdieron dos de las naves... ¡Ah, primera elegía de los sucesos hasta ahora enteramente felices de Vicente Yáñez Pinzón! Reflexionó mucho a propósito de esta desgracia, y como era hombre que no pedía su parte a la suerte, con exigencias de conquistador, sino que con un espíritu de cristiano viejo se conformaba con lo que la suerte quisiere depararle, quizás tal meditación fué causa de un relativo hastío de

las grandezas, que luego se observa en él y del que no se separó ya, sino para servir puntualmente a los reyes cuando los reyes le pedían sus servicios.

Con las dos naves no rotas, emprendió el regreso a España Vicente Yáñez. Tornaba, sí, con ánimo pesimista, cuanto fué alegre a la ida. No había acopiado riquezas, no había cargado oro ni especias en sus naves. Así, su llegada a Palos fué decepción para los mismos de su casa —¡este pobre grande hombre que no piensa sino en la virtud y en la ciencia!—y también para los paleños todos, que esperaban ver llegar las naves pinzónicas arrojando de sus sollados desde el clavo y la almástiga, que a tan buen precio se venderían, hasta el polvo de oro en raudales, todas las riquezas de Indias. Trajo, sí, tres mil libras de palo de tinte, o palo brasil, piedras que se calificaron de finos topacios, y muestras de cañafistola, jengibre y canela, en su opinión, aunque parezca opinión errada. También ofreció a la curiosidad española, y a la muy expectante de la Corte, algunos animales raros, de los que moraban en aquellas playas y selvas, que él, el primero, había visto. Uno de ellos tenía cuerpo y hocico de zorro, ancas y patas de jimia, orejas de lechuza y una bolsa contráctil debajo del vientre, en que ocultaba a sus pequeñuelos. Los hijuelos de esta rara bestia murieron durante la navegación, pero la bestia madre pudo ser enviada a Granada y presentada a los Reyes. Era un animal fétido, y, a lo que pronto se supo, gran comedor de gallinas y ladrón de corrales. Produjo las reflexiones del Rey y de la Reina respecto de la variedad de formas con que Dios había dotado al mundo, y el asombro y aun el desvanecimiento, alguna vez, de las damitas y dueñas de la Corte. Era, sencillamente, el común animal americano llamado didelfo o zarigüeya.

Cuando el rey Fernando regresó de Nápoles traía *in pectore* arduos proyectos referentes a las Indias. Era pre-

ciso ceñir aquellas Indias con navegaciones que ahuyentasen la aproximación de portugueses y de ingleses. Había que buscar también el Estrecho, que seguramente escotaba alguna parte de la costa, y daba paso, a Occidente, al país de la especiería. Era preciso buscar un camino occidental a tal país de golosa quimera, que bastaba para hacer rico el erario de cualquier reino. Así, después de los muchos despachos reales, expedidos a favor de Juan de la Cosa, y después de las navegaciones que hacia el Urabá, o en vigilancia de las costas portuguesas, había ejercido esta especie de Júpiter barbudo, tratábase por la Corte, cual escribe Navarrete, «de ir poblando en las tierras descubiertas del nuevo continente. Para las del Sur y costas del Brasil pensó servirse de los caudales, ardimiento y pericia de los Pinzones. Pero tampoco se realizó entonces la población o establecimiento de los españoles en aquellos países. La coyuntura y las datas de los despachos a favor de Yáñez Pinzón en los meses de junio a octubre—se refiere al año de 1501—, en que se expidieron también los otorgados a Hojeda, inducen a creer que, como éste, para atajar los proyectos de los ingleses, era destinado Vicente Yáñez para prevenir los designios de Portugal en el Nuevo Mundo».

Sí; se «acumulaban», por así decirlo, que es verbo casi de tangible metáfora, sobre los hombros, la fortuna y el sosiego de Vicente Yáñez todos los pensamientos del Rey —el Rey pensador, el Rey obstinado, el Rey astuto—, a propósito de esas nuevas Indias, que ya el universo mundo sabía que eran originales y distintas de las otras. Quería, sobre todo, Fernando—magnífico dechado de hispanidad, tajante como el filo de un daga—prevenir las usurpaciones de otras potencias. De estas usurpaciones, en verdad, han tenido nacimiento las «otras Américas». Pero Fernando era ya viejo, iba a morir muy pronto, y estas precauciones de la «visión lejana»—el más claro don de un político, y Fernando lo era— quedaron frustradas en su mismo mantillo original con el advenimiento de la extranjera e ignara

Casa de Austria, que no sentía «lo español» como *destino*, sino meramente como grandeza, volumen, fuerza... Tal voluntad del Rey «acumulaba», sí, cual se ha escrito antes, sobre la cabeza de Vicente Yáñez, todos los augurios de magnificencia y potestad política, que él rehuía, y volvía a sus viñas, a sus pequeñas cuentas, a estarse horas y horas, en los alegres inviernos meridionales, con el pensamiento en quietud indiferente junto al brasero familiar. Así escribe Navarrete en orden a los proyectos del Rey: «Semejante designio debió motivar el asiento tomado con Vicente Yáñez Pinzón en 5 de septiempbre de 1501. Concedióse le facultad para poblar y gobernar las tierras que él descubrió el primero—¡el luso Brasil!—y corren al Sur desde poco antes del Marañón hasta el cabo de San Agustín. A tal empresa se le alentó con el permiso especial de extraer a donde quisiese cuatro mil cahices de trigo, fuera de las gracias comunes. Establecidas ambas colonias—ésta pensada de Vicente Yáñez y la de Hojeda en Coquibacoa, que es parte de Venezuela—, se ocurría en gran parte a los intentos de las Cortes de Lisboa y Londres, harto significados en diversas expediciones». De aquí también las insinuaciones y mercedes de la Corte para Vicente Yáñez Pinzón durante todos estos años que van del de 1501 al de 1508; casi el poner la justicia—la justicia de curia y papel—a su arbitrio y servicio, el asiento a que se refiere el copiado texto de Navarrete, el girarle por merced millares de maravedises, sin que se sepa la causa explícita de tal longanimidad real, el hacerlo alcaide de la fortaleza y señor de las tierras de Puerto Rico... A cualquiera otro hombre, tales preferencias regias le hubieran imbuído las ambiciones más desaforadas. ¡Señor de la isla de Puerto Rico, adelantado de las costas y tierra del nuevo continente, capitán de armada destinada a tener a raya al portugués...! Como las grandes consecuencias de la Historia suelen derivar de las más menudas causas, a veces de las que son de índole privadísima, y un grano de arena colocado entre dos vertientes de una montaña determina que

un río, que puede ser toda una civilización, corra al Norte o al Sur, tal vez de no ser Vicente Yáñez ya hombre viejo en esta sazón, soltero, sin apetencias de gloria y filósofo un mucho incrédulo en la fortuna, el actual Brasil luso sería un completo Brasil castellano. Los principios de los rumbos históricos son cortos; son los rumbos mismos los que luego se dilatan. ¡Él prefería estarse a la solana, o a la umbría del porche familiar, mirando cómo las parras mueven, a una brisa quizás azulada, los nerviosos zarcillos de sus ramos; saber que toda la casa estaba en orden, que las mujeres de sus muchos sobrinos y hermanos tenían sus felices pláticas en la cocina; ver la tarde de oro caer hacia las riberas del Tinto, y la púrpura andaluza del amanecer levantarse del lado del Condado; vivir nada más en la paz de Dios, que es cosa muy distinta a las preocupaciones de los reyes de la tierra, y a las de sus almirantes, adelantados y ministros!... Y la tarde y la mañana se llegaban, como de seda, al parral de su casa, y cuando al alba abría sus ventanas, se regocijaba de que aquel día no trajera ningún turbio afán... Sin duda, todo esto era la felicidad. Pero, señor, ¿eran éstos los ánimos que convenían a un hombre, que no era fraile, ni penitente, ni practicante de una estoica desdeñosa, sino nada menos que el codescubridor de América, un capitán de naves, un formador de nuevas Españas?...

Pero no podía negarse a los llamamientos del Rey. Cuando el Rey volvió de Nápoles y, según está dicho, proyectó el aumento de los negocios indianos, fué Vicente Yáñez, como no podía por menos de ser, uno de los cuatro magnos nautas citados a consulta. Los otros tres eran Juan de la Cosa, el autor del primer mapa universal, de 1500; Juan Díaz de Solís, el nacido en Lebrija, que tenía los secretos del Rey de Portugal y que con el Rey de Portugal había roto amistades, y Américo Vespucio, ya dado ente-

ramente al servicio de España. De este cónclave de cuatro pilotos y un Rey salió el acuerdo de ir presta e imperiosamente a la busca del Estrecho, que conduciría a los países de la Especiería. Por muchas que fuesen las relaciones de familia entre las Cortes española y portuguesa, Fernando quería arrebatar al luso los lucros de las especias. Y sentía la justicia de su encubierta agresión al pensar en las correrías irregulares que estaban ejerciendo los portugueses en mares acotadamente españoles. La Armada que para esta empresa se aprestó iba a ser regida por Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís juntamente, siquiera por sus fueros de vejez y larga historia, entre los dos correspondiera la primacía a Pinzón.

Se aparejaron dos carabelas solamente, que no convenía suscitar los recelos del portugués con muy abundantes aprestos. Iban en ellas por capitanes Vicente Yáñez y Díaz de Solís, mas no por capitanes singularizados de una nave cada uno, sino entrambos asociadamente de las dos. El piloto era Pedro de Ledesma, éste personaje de segundo orden, aunque piloto ahora de larga experiencia marinera, que no era sino sencillo hombre de faena en la última armada de Colón, y que con su nombre ha suscitado tantas perplejidades de los eruditos a propósito de la probablemente imaginada expedición de 1506. Llevaban, bien secretas en la escarcela, Yáñez Pinzón y Solís, instrucciones del Rey acerca de los motivos de aquella navegación. Navegación sin estruendo, sin grímpolas al viento, sin mucho rumor de artillería al zarpar. Era silenciosa aquella pequeña armada, como la política eficaz del mismo Rey. Lo que importaba era descubrir el Estrecho, y descubrirlo con poca agitación de la fama, y manteniéndolo en la ignorancia de Europa hasta que las costas e islas que en el rumbo del Estrecho apareciesen, estuvieran bien guarnecidas de fortalezas y de puertos castellanos.

La partida fué de Sanlúcar el día de San Pedro y San Pablo, 29 de junio de 1508, día escogido como propicio, que siempre hubo en marinos, y aun en marinos de bravo pe-

cho cristiano, algún resabio de la superstición del día, que la superstición es aliada del azar. ¡Se muere, a veces, tan presto sin saber por qué!... ¡Las tempestades y las calmas aparecen, a veces, por modos tan inesperados! No tocaron en Canarias, porque había las que pudiéramos llamar «prisas australes», el afán apresurado de traspasar muy pronto la línea equinoccial. Estuvieron, sí, en Cabo Verde... ¿En el portugués archipiélago de Cabo Verde cuando el propósito secreto de la expedición era buscar sendero náutico para privar al Rey portugués de sus rentas de la Especiería? Era máscara de alta política, pues es sabido que la buena política se ha hecho en todo tiempo con el rostro bien encubierto de una máscara... Y como el Rey portugués podía sospechar, el mejor ardid contra su sospecha era presentarse llanamente en sus Estados. Por la falsa confianza del contrincante adelantan muchos negocios.

Solís quizás era más político que Pinzón, aunque no mucho más. Se complacía, acaso, en aquella velada navegación de alta política. Vicente Yáñez no era, en nada, político. De haberlo sido por temperamento esencial, quizás hoy la Historia lo llamaría virrey y fundador. Sus gustos eran la navegación misma y el hallazgo geográfico. La vena de hombre de ciencia que en él había no cedía en su pulso, a pesar de la vejez. Aquella navegación era altamente sugestiva para un marino, amigo de la aventura y descubridor primordial, del que era placer el llegar a alguna playa ignorada, umbral de vírgenes tierras, sin otra finalidad que el placer mismo de llegar. Se iba al Austro, siempre al Austro, para convencerse de cuán dilatado era aquel mar y cuánto aquella costa y continente, en que el mismo Vicente Yáñez había tocado por primera vez. Se suponía al Estrecho con un emplazamiento muy meridional, y así el pensamiento y la obra de esta navegación eran de una inspiración que se pudiera llamar «premagallánica». Iban a intentar aquellos hombres lo mismo que Magallanes cumplió doce años después.

De las islas de Cabo Verde navegaron con derechura al cabo de San Agustín, que así lo llamaban todos ahora, siquiera Vicente Yáñez se obstinase en sostener la vigencia del primitivo nombre de Santa María de la Consolación, que él le diera otrora. Era un recuerdo afectuoso el que se enlazaba en él con la contemplación de esta masa rocosa, dispersa, bordeada de bajíos, adelantada hacia el mar. ¡Ocho años de aquel primer encuentro con aquella tierra! Su alma se había hecho más adusta y también más indiferente: no poseía ya aquella alacridad con que llegó antaño a este país. Pero... ¡navegar! El Rey lo quería. Había que domar aquel océano hacia el Sur; reconocer aquella costa... ¿inacabable? Alguno, indocto, opinaba que el universo había sido dispuesto por Dios en un orden de partición, o división perfecta; aquel continente era como la barrera de tierras que separaba un Occidente de un Oriente, marítimamente impenetrables.

—¿Por qué navegar, pues?—diría él.

Pero Solís y Pinzón eran exactos hombres de ciencia, para lo que era posible en aquel tiempo, observadores metódicos, geógrafos primordiales, más soberbios geógrafos. Ya desde su presencia anterior por aquellas aguas, Pinzón había advertido una particularidad de aquella costa; por pocas que fuesen las leguas que él entonces avanzó hacia el Sur: la costa se retraía, o tomaba una dirección acusadamente sudoeste. Esto le hizo suponer que aquel continente terminaba en vértice, como así es, en efecto, y tal vez aquella costa era el lado de un inmenso triángulo. Y argumentaba con la coordinación contraria, que todos sabían ya, de Africa, que es la otra margen del Océano; Africa derivaba siempre hacia el Sudeste. Era una dicotomía, pero dicotomía en orden. Creía él penetrar en esto, designios, normas, divinos. No era de diverso parecer Solís. Ahora se buscaba el Estrecho sobre el supuesto de una hipótesis de mucha razón, no como cuando se le buscaba por las costas de Honduras, Veragua o el Yucatán a la pura ventura, sin ninguna tesis preformada. El Estrecho

comenzaría donde aquel nuevo orbe, o *quarta pars* del planeta, terminase. Y así era; y así también, cual ya se ha escrito dos veces más en estas mismas páginas, la navegación de Pinzón y Solís era el intento preludial de la que Magallanes consumó después. Mas lo que no sabían Solís y Pinzón, lo que tampoco sabía años después Magallanes al lanzarse a su gran empresa, era la gran dilatación del continente hacia el Sur, y que el Estrecho habría de hallarse en zona helada, y ser así de escasísima utilidad y navegación larguísima, y, en definitiva, nada resolvería su hallazgo en orden a las conveniencias políticas, aunque fuese maravilloso acontecimiento geográfico.

Seguían siempre a vista de la costa hacia el Austro, con la obstinación «canalizada» del observador científico; y así poco se detenían en reconocer calas, golfos, aspectos del país llenos de frondosa belleza, posibilidades políticas aquí o allá... A diferencia de otros que después fueron a *fundar*—el mismo Solís tornó allá años después con tales propósitos de creación política—, ellos ahora iban a saber. Así pasaron en tal navegación de presura, sin verla, por delante de la bahía de Santa Lucía, que entonces por españoles no se nombraba la de Río de Janeiro; en verdad, no hicieron un examen justo de la extensa costa brasileña desarrollada ante sus ojos. Pero penetraban el apenas violado secreto de aquel Océano... No estaban a otra cosa. Llegaron netamente a los 40° de latitud austral, por la parte de costa en que desagua en la mar el río Colorado, que las cartas sitúan en 39° 40' de latitud sur y 56° 10' de longitud occidental, según nota que se lee al pie del texto de Navarrete.

Tal era el logro geográfico... ¿Y el concierto moral de la expedición, y su fe y entusismo? Desde los primeros días se determinó una especie de mansa rivalidad entre Pinzón y Solís, que siendo capitanes coherentes, puestos en las naves por el Rey para que las gobernasen en unidad de consejo, mejor marcaban entre ellos diferencias que unanimidad. La indudable primacía era de Pinzón. Pero Solís

había desechado la soldada del Rey de Portugal por servir a su señor natural, que lo era el de España, es decir, había cumplido una reintegración honrosa a que lo llamaba su patriotismo, que diríamos vertiendo su sentimiento antiguo a una expresión moderna, y creía que éste era un título para ser tenido por el primero. Empero, algo habría en esta actitud de injusticia y mala soberbia, porque al retorno de este viaje, todos los honores y plácemes regios fueron para Pinzón, y para Solís hubo cárcel y procesos, de los que en definitiva salió en bien, pero que acreditaban inmediatas presunciones desfavorables a su persona.

Bajaron a tierra en esta parte del río Colorado, para tomar posesión de ella. Ya habían plantado muchas cruces en los altozanos ribereños del Brasil en cuanto signos de posesión, o bien, esculpido otras cruces en los tallos de aquellos árboles enormes, que no abarcaban diez hombres enlazados por las manos. Pinzón fué el que agitó bandera y el que hizo en alta voz, y por ante escribano, los retos orales y orgullosos, que en estas ocasiones tenían un valor de necesario rito, siquiera no los oyesen más que los vientos y las pasajeras aves. Nadie se oponía a esta posesión en aquel paisaje de mar levemente grisoso y de tierra extendida hacia unos visos cercanos, coronados de ramaje. con una obstinación plana y una imprecisa coloración, entre ceniza y verde, como de piel de reptil. Vinieron tal vez gallinazos y chimangos, con pesado vuelo circular, a observar si los españoles eran todavía gente viva o eran ya carroña, que era lo que importaba a sus corvos picos carniceros. Mas, idas las aves enemigas, no había en toda la redondez del paisaje sino la soledad constante, la soledad gris. No había huella de hombre, aspecto de hombre en cuanto los ojos alcanzaban. Ni aun guanacos, de lanas espesas y expectantes ojillos de color de azabache, vinieron a mirar de lejos con una timidez redonda de rebaño. Pero en esta indiferencia de las cosas, ¿no está allí presente, de todas suertes, el espíritu viajero, creador, acucioso de distancias, de España, en la voz fuerte de Vicente Yáñez,

aunque anciano; en la poderosa solemnidad de su alma, abrumada de recuerdos y de experiencias? Sí, este día en que los españoles ponen planta en el Austro, que después se llamarán los países del Río de la Plata, es épica en altitud, épica que está erecta. ¡Cuán lejanos en esta hora del pensamiento de Vicente Yáñez, los juiciosos sobrinos, los pequeños egoísmos de la casa de Palos, la vida regalada y feliz y de horizontes estrechos! Tiene en una mano el castellano estandarte; en la otra, la espada fulgurosa. Se reconoce el viejo navegante en plenitud de sí mismo... Pero un instante después, todo esto ha terminado. Tórnase a las naves. Importa iniciar el regreso, pues el Estrecho no se halla. De este parecer es Pinzón. En trueque, Solís quisiera seguir más al Sur. Y quizás de igual opinión es Ledesma. Se impone el dictamente de Pinzón, que tiene mucho de lo juicioso. La navegación ha sido muy feliz. Ni muertos, ni naufragios, ni tempestades. Se ha hallado una tierra; se ha ensanchado España, aun sin hallado Estrecho. También es feliz el retorno. Se completa a fines del verano de 1509. Cuando traspasan la línea con rumbo Norte, todos saludan, en la noche de tibio azul, desde las amuras, desde el alto castillete, las estrellas boreales, tan amadas del boreal marino. En octubre de 1509 ya está la armada de arribada en Castilla. El Rey hace honor a Pinzón. En la Corte se cita siempre el nombre de Pinzón con reverencia. ¿Por qué este hombre adusto, de todos admirado, que en todos tiene adictos, y que puede poseer, con sólo levantar un poco la mano afirmativa, el poder, la riqueza, los adelantamientos, se obstina en no tenerlos? El cortesano ambicioso, que murmura en una antesala, nunca podrá explicarse esta singularidad indiferente de un hombre excepcional.

Él es ya viejo. Tiene la faz luenga y cansada. Es un filósofo hedonista. Naturalmente, de un hedonismo supe-

rior, o del placer ascético, que, por aparente paradoja, también existe. Es decir, la indiferencia gozosa que reposa en Dios. Cuando regresa a Palos, las gentes de su casa parecen más inclinadas a ganancias inmediatas y modestas que a largas empresas fundadoras, que les parecen inciertas. Están, empero, orgullosas de las muchas mercedes que la Realeza ha hecho a esta estirpe de los Pinzones. Ya en 1505, por rescripto real dado a 24 del mes de marzo, Vicente Yáñez ha obtenido la Alcaidía de la fortaleza de Puerto Rico y largas tierras en aquella isla. Quien leyere este diploma de donación, inserto en apéndice de este libro, advertirá cuánto se reiteran en él las reservas a favor de un sucesor del donatario. El Rey ha querido levantar a grandeza esta casa de los Pinzones, por más que imponga al beneficiario las expensas recelosas, que eran entonces habituales en seguridad del erario real.

Mas, ¿hay alguno, entre los sobrinos, Arias Pérez siquiera, o siquiera Diego Hernández, que ya se han probado en las navegaciones, que tenga vocaciones de guerra, fundación y heroicidad? Tal es la cuestión sentimental que se le ofrece a Vicente Yáñez. Sentimental e intelectiva. En la misma médula de esta cuestión hay una probidad, bien dibujada en servicio del Reino. Pues él tendrá que nombrar sucesor para que funde provincias y gobierne fortalezas en aquellas distantes islas que él mismo ha descubierto. Si él fuera mozo, o siquiera hombre en edad robusta, él mismo iría allá. Aunque asceta del carácter, es también un asceta de la acción, y sabe ir a donde hay que sufrir, o luchar, a un mero deseo de su señor natural, que es el Rey. Pero reconoce, toca sus piernas, casi tullidas, para las que sería mucho esfuerzo el de media legua, cuando antaño eran aptas para curvar meridianos; palpa su pecho aceroso, asmático, y golpea en su frente la opacidad, el tremendo hastío, de los pensamientos. Sabe que él no será quien colonice la isla de Puerto Rico, porque no hay dos vidas, sino una, y porque el tiempo y la edad del hombre son irrevocables, irreversibles. Llama a los de

su casa, uno a uno. ¡Son tantos! Los hijos de Martín Alonso, a quienes compete el primer derecho, por primogenitura y por ser hijos de quien son. Ahí están Arias Pérez, Diego Hernández, Juan Martín... Ya son hombres de años no demasiado mozos. Todos rehusan las glorias de Indias. Hace la oferta de las grandezas a los de Francisco Martín, o a esos que se llaman Juan Rodríguez Mafrá o Alvaro Alfonso Nortes. Se trata de gente rústica, sencilla, que tienen la suprema virtud de conocer su incompetencia para el mando de huestes y el gobierno de Estados. Y es virtud por no ser sólo mental modestia, sino un inefable dictado del sentimiento, además.

Y luego, Vicente Yáñez Pinzón ha resuelto, por el modo burgués y sencillo, trocar sus diplomas y gobiernos posibles en alguna suma de ducados que fortalezca el haber de la casa. Un día llega a Palos un hombre de bienes, burgalés, mitad hidalgo, mitad mercader, al que nombran—y todos en la casa de los Pinzones lo esperaban—Martín García de Salazar. Ha hecho tratos de algún tiempo acá con Vicente Yáñez para comprarle los cuatro diplomas de mercedes reales en Puerto Rico que Pinzón posee. Que los tratos no son de ahora, sino que ya venían generados de una manera incipiente y no del todo resuelta desde tiempo atrás, lo acredita la Real carta-orden de 26 de noviembre de 1516, en que se alude a que Vicente Yáñez y el Salazar «hicieron echar en Puerto Rico ciertos ganados de que agora diz que está poblada». La asociación, un poco premiosa hasta ahora, de estos dos hombres, se va a consumar, o, por mejor decir, a solucionar en la forma decisiva de una total cesión de derechos que Vicente Yáñez ha de hacer en beneficio de Salazar. Ahora se abrazan como ciertos amigos. Vicente Yáñez, a pesar de los altos títulos para el orgullo que le otorgan sus hechos, no abandonó nunca aquella sencillez del carácter con que era conocido y amado por las gentes de Palos antes de los grandes fastos de 1492. Ve tn Salazar a un «sucesor»... «un vuestro subcesor, cual vos nombráredes e señaláredes en vuestra vida o por

vuestro testamento», cual se lee en el diploma de merced real de 24 de marzo de 1505. ¡He aquí que lo sucederá quien no sea de su sangre, y tal consideración le entenebrece un punto el pensamiento! Mas, es sombra que pasa pronto. Torna a su abrazo. Mañana irán los dos, Salazar y él, a la covachuela, bien iluminada de aceitosos velones, del escribano, que lo es por Sus Altezas, y quedará escrito el contrato de venta y traspaso. Entretanto, las mujeres de la casa, dotadas de ese amor a lo positivo—que no es, pensadoramente entendido, sino un amor a lo cercano y que luego se *cuenta*—, propensión tan habitual en mujeres, se regocijan de que, a la postre, las inciertas y lejanas glorias de Indias se hayan trocado por unos efectivos escudos de oro, de los de a cuarenta reales y cinco maravedís de vellón cada uno, y de que sean otros los que tengan reinos y provincias bajo su mando y lucro. ¿Trocar toda una grandeza, aunque venga teñida de dolores, por un apaciguamiento y pequeña felicidad doméstica, es buen cálculo de hombre fuerte? He aquí un problema moral y de conducta acerca del que puede filosofar cualquiera, a propósito de este estrechamiento para las empresas de estruendo y de colorines que, por estos años de hacia 1515, ha padecido—o regulado—la familia Pinzón. Cada uno resolverá según adopte las medidas de la «moral del señor», o las de la moral al uso de renuncias, a cambio de apacibilidades. En cuanto a Vicente Yáñez, en su intimidad personal, en el ritmo de la sangre de su pecho, nada podía resolver. Él ya no es el varón fuerte, al que le fuera dado escoger, sino el roble batido por el hacha, el anciano irreparable. Así aproxima sus piernas ateridas al brasero, que yace en ruedo metálico, sobre estera de pleita, cuando Salazar ya ha partido—¡éste, que será el sucesor, aunque habrá de tener hartos desengaños prácticos en su sucesión!—; con los ojos desvaídos, pero serenos, contempla un atardecer, triplemente de malva, oro y cristal vacilante que se entra por sus ventanas, y ve en aquella luz, que le sobreviene, una iluminación divina, una claridad de pen-

samiento—¿no fué el lote de esfuerzo de su vida suficiente carga para un solo hombre?—; oye el rumor de las mujeres de la casa, allá, acaso hiriendo el aire con alguna, casi susurrada, canción andaluza, pues son felices, que mañana habrá muchos ducados en la casa—sí, unos ducados a cambio de todo el señorío de una tierra nueva y de incalculables posibilidades futuras, que pudo ser de la gente de esta estirpe, y que ya no lo será...—; comprende—¿qué melancolía casi cósmica no hay siempre en los últimos años de un hombre insigne?—que vivirá algún tiempo más, seguramente no mucho, y que él ha terminado. Decir esto, casi parece una trivialidad. ¡Tantas vidas terminan cada día!... Pero, el estupor del mismo agonista que lo piensa, ya no es trivialidad, sino todo un universo, que hecho, se vuelve a deshacer. Cada hombre es un universo, medido con la medida de él mismo. Si el hombre que a sí mismo se mide es además, cual Vicente Yáñez Pinzón, el autor o el coautor siquiera, del físico Universo, esclarecido y renovado, ¿qué no pensará de sí cuando llega la hora de dejarlo?

En tanto él piensa esto, y las mujeres hacendosas de la casa no ceden en su bullicio, y aquel véspero, detenido en sus ventanas, va retrayendo de los hondos ángulos diedros de la estancia sus plegaduras impalpables de un plateado violeta, por que haya algo en los aires que concierte con la melancolía del hombre, aquella hija de Martín Alonso, enferma de gota coral, o sea de epilepsia, que aquí fué traída, después de la pugna de unos hermanos con otros para no tenerla, corta con su grito, empapado de metafísica dislacerante, el silencio que por un momento se hizo, y va a clavarse, como un venablo, en el pavor de la noche que se acerca...

Los más de los autores opinan que Vicente Yáñez Pinzón murió hacia los años de 1523, porque después de esta

fecha no se encuentra ya ninguna constancia documental de su vida. Nosotros, en trueque, pensamos que moriría antes de tales años, ya porque las mismas instancias de García Salazar al Consejo, con data de 1516, se refieren a Pinzón en tiempo de verbo pretérito, ya porque las solicitudes de escudo de armas formalizadas por los de la familia Pinzón, en 1519, citan a Vicente Yáñez como a gloria paternal de la familia y resplandor del pasado. ¿De vivir él en ese año no hubiera encabezado y suscrito la pretensión dirigida al Emperador? Pero huyamos, Señor, huyamos de la disquisición erudita, que es la carcoma de las biografías. Y aquí, punto final.

APÉNDICES

APENDICES

APÉNDICES

I

Asiento hecho con Vicente Yáñez Pinzón, vecino de Moguer, para ir con la carabela de su nombre y la *Fraila* a donde le mandasen los señores Reyes Católicos, cuyas órdenes tomaría en Tortosa o Barcelona. (Archivo de Simancas.)

Asiento de las dos carabelas que el M. R. Sr. don Juan de Fonseca, Obispo de Badajoz, del Consejo del Rey e de la Reina, nuestros señores, envió a Levante por mandato de Sus Altezas con Vicente Yáñez Pinzón, vecino de Moguer, capitán de ellas, en el mes de Diciembre de mil e cuatrocientos e noventa y cinco años, en la forma que de yuso se hará mención.

Que haya de haber de flete de la dicha carabela, nombrada Vicente Yáñez, que está numerada en cuarenta y siete toneles, a razón de ciento e diez maravedís por cada tonel.

Que haya de haber de salario el dicho Vicente Yáñez, por capitán de las dichas carabelas, veinte mil maravedís por un año.

Que haya de haber de salario, para un piloto, quince mil maradevís por un año.

Que haya de haber de sueldo para cuarenta hombres marineros e hombres de armas, a razón de quince maradevís cada día cada uno.

Que haya de haber para mantenimiento de las dichas cuarenta personas, a razón de diez maravedís cada día cada una.

Que haya de haber para sebo e averías de la dicha carabela, de tres en tres meses, mil e quinientos maravedís.

Que haya de haber de flete de la dicha carabela nombrada la *Fraila,* que está numerada en cincuenta toneles, a razón de ciento e diez maravedís cada mes por cada tonel.

Que haya de haber de salario por un piloto, quince mil maravedís por un año.

Que haya de haber de sueldo para cuarenta hombres marinos e hombres de armas, a razón de quince maravedís cada uno.

Que haya de haber, para sebo y averías de la dicha carabela, de tres en tres meses, mil y quinientos maravedís.

El cual dicho Capitán ha de ir con las dichas carabelas e gente a Tortosa, e se presentar ante el Rey e la Reina, nuestros señores, e de allí ir y servir do Sus Altezas le mandaren; y si por caso Sus Altezas no estovieren en Tortosa, ir a Barcelona y se presentar ante Casafranca, hacedor del tesorero Gabriel Sánchez, que allí está, y hacer lo que él les dijere que hagan.

Oblígose el dicho Capitán de servir a Sus Altezas con las dichas carabelas y gente, que desuso se hace mención, todo el tiempo que sus Altezas mandaren, bien e fiel e lealmente como buen vasallo, e cuanto quiera que viere al servicio de Sus Altezas, o a sus hacedores; lo cual todo juró en forma de derecho, e oblígose a perdimiento de todos sus bienes y la persona a merced de Sus Altezas. El asiento e servicio comienza el primero día de enero del año de noventa y seis.

Así que ha de haber el dicho Pinzón para las dichas dos carabelas con las dichas personas que así en ellas ha de traer.

Paresce por una carta del Obispo de Badajoz que rescibió el dicho Vicente Yáñez Pinzón ciento y sesenta e nueve mil y ciento y ochenta y siete maravedís para en

cuenta de lo que ha de haber de las dichas dos carabelas, sobre las cuales se le cumplió paga de cuatro meses, según se contiene en esta plana.

II

Real Cédula para pagar a Vicente Yañez Pinzón 10.000 maravedís por merced (Arch. de Simancas).

El Rey = Alonso de Morales, Tesorero de la Serenísima Reina Doña Juana, mi muy cara e muy amada hija: Yo vos mando que de cualquier maravedís de vuestro cargo deis e paguéis luego a Vicente Yañez Pinzón, vecino de la villa de Palos, 10.000 mrs. de que Yo le hago merced, e tomad su carta de pago, con la cual e con esta mi cédula mando que vos sean recebidos en cuenta los dichos 10.000 mrs. e non fagades ende al. fecha en Toro a veinte y ocho de febrero de quinientos cinco años. = Yo el Rey. Por mandato, etc.

III

Real nombramiento expedido a Vicente Yañez Pinzón de Alcaide de la Fortaleza que debía construir en San Juan de Puerto Rico. (Arch. de Simancas.)

Don Fernando, etc. = Por cuanto en cierto asiento e capitulación que por mi mandado se tomó con vos, Vicente Yañez Pinzón, mi Capitán e Corregidor de la isla de San Juan, que es en las Indias del mar Océano, e vecino de la villa de Palos, para ir a poblar la dicha isla, entre otras cosas se contiene que vos hayais de hacer en ella una fortaleza a vuestra costa, e misión, e yo vos haya de mandar dar tenencia para ella a vos en vuestra vida, e después de vuestros días a un vuestro subcesor, cual vos nombráredes e señaláredes en vuestra vida o por vuestro testamento, según más largamente en la dicha capitulación

se contiene; por ende, por vos facer bien e merced, por la presente vos fago merced de la Tenencia e Alcaidía de la dicha fortaleza que así habéis de facer en la dicha isla de San Juan, para en toda vuestra vida, e del dicho vuestro subcesor, como dicho es, faciéndome primeramente por ella pleito homenaje en manos del ques o fuere mi Gobernador de las islas e tierra firme del mar Océano, que reside en la isla Española, e es mi merced y voluntad que hayades e tengades de Tenencia con la dicha fortaleza, vos el dicho Vicente Yañez en vuestra vida, e después de vuestros días el dicho vuestro subcesor, 50.000 mrs. los cuales se vos paguen de cualesquier rentas de la dicha isla a mí pertenescientes desde el día que la dicha fortaleza fuere fecha e acabada de se labrar e edificar en adelante, con tanto que si en la dicha isla non hobiere rentas a mi pertenescientes, o no bastaren para os pagar los maravedís de la dicha Tenencia, que yo non sea obligado a vos pagar más de lo que bastaren las dichas rentas; e por la presente mando a mi Contador o otro Oficial que por mi mandado hobiere de tener cargo de las dichas rentas de la dicha isla que desde el día que la dicha fortaleza estoviere fecha en adelante vos libren cada año los dichos 50.000 mrs. en la renta de la dicha isla de San Juan, según dicho es; e a los Consejos, Justicias e Oficiales e Homes buenos de la dicha isla, así a los que agora son como a los que serán de aquí adelante, e a cada uno e cualquier dellos, que vos hagan e tengan por mi Alcaide de la dicha fortaleza en vuestra vida e después de vuestros días al dicho vuestro subcesor, e vos guarden e fagan guardar todas las honras, gracias e mercedes, franquezas e libertades, esenciones e preeminencias e prerogativas e inmunidades e todas las otras cosas e cada una dellas que por razón de ser mi Alcaide de la dicha fortaleza debedes haber e gozar, e vos deben ser guardadas de todo bien e complidamente, en guisa que vos non mengüe en ende cosa alguna, e que ello ni en parte dello embargo ni contrario alguno vos non pongan ni consietan poner so pena de la mi merced, e de

10.000 mrs. para la nuestra Cámara a cada uno que lo contrario feciere. Dada en la ciudad de Toro a veinte e cuatro días del mes de marzo de quinientos e cinco años. Yo el Rey. Por mandato, etc., Secretario, Gaspar de Gricio, Licenciado Zapata, Licenciado Polanco.

IV

Real provisión, a instancia de Vicente Yañez Pinzón, para que el Alcalde mayor de la villa de Palos sentencie y concluya el pleito que aquél tenía con otro vecino de allí sobre una carabela que le tenía fletada, y cuya indecisión le impedía salir a un viaje. (Arch. de Simancas.)

Doña Juana, etc. = A vos el Bachiller Juan de Burgos, mi Alcalde mayor de la villa de Palos, salud e gracia: Sepades que Vicente Yañez Pinzón, vecino de la villa de Moguer, me hizo relación por su petición que en nuestro Consejo fué presentada, diciendo quél trata cierto pleito con Alvaro Alonso Rascón, vecino desa dicha villa, sobre una carabela que diz que le hobo fletado para ir en mi servicio, e sobre las otras causas e razones en el proceso del dicho pleito contenidas, el proceso del cual dicho pleito diz que está concluso para sentenciar definitivamente, e quél estaba para ir en mi servicio, e que a causa de no estar sentenciado el dicho pleito diz que no podía partir, e que si así pasase quél rescibiría mucho agravio e daño; e me suplicó e pidió por merced sobre ello le proveyese de remedio con justicia, mandandovos que luego sentenciásedes y determinásedes el dicho pleito, como fallásedes por justicia, e como la mi merced fuese; lo cual visto por los del mi Consejo, fué acordado que debía mandar dar esta mi carta para vos en la dicha razón, e yo tóvelo por bien; porque vos mando que si el dicho pleito está concluso para sentencia interlocutoria, deis en él la dicha sentencia interlocutoria dentro de seis días, e si está concluso para se haber de sentenciar definitivamente, déis en él sentencia

definitiva dentro de veinte días, e si non está concluso lo concluyáis e fagáis luego concluir sin larga ni dilación, e así concluso dedes las dichas sentencias interlocutorias e definitivas dentro del dicho término, según que la ley real en tal caso dispone y manda, e sopena de pagar las costas del pleito retardado, e non fagades ende al. etc. Dada en la ciudad de Segovia a veinte y ocho días del mes de septiembre de mil quinientos cinco años—Joannes, Episcopus Cordovensis—M. Doctor, Archidiáconus de Talavera—Ferdinandus Tello, Licenciatus—Licenciatus de Santiago—Licenciatus Polanco—. Yo, Cristóbal de Vitoria, Escribano de Cámara, etc.—Licenciatus Polanco.

V

Real carta-orden al Consejo para que administre justicia a Martín García de Salazar en su demanda sobre reposición en el Corregimiento, Alcaidía y terreno que le pertenecía en la isla de San Juan, por traspaso de Vicente Yáñez Pinzón. (Archivo de Simancas, lib. gen. de Ced. número 12.)

El Rey = Presidente e los del Consejo de la Reina mi señora y mío: Martín García de Salazar, vecino de la ciudad de Burgos, me fizo relación quél tiene presentadas en ese Consejo cuatro cartas de mercedes que fueron fechas a Vicente Yañez Pinzón, su compañero, de un corregimiento y alcaidía y siete caballerías de tierra en la isla de Sant Juan, ques en las Indias, porquel dicho Vicente Yáñez descubrió la dicha isla, e quél y el dicho Martín García hicieron echar en ella ciertos ganados de que agora diz que está poblada, y quel dicho Vicente Yañez diz que le traspasó las dichas mercedes e le dió poder para usar dellas, e que agora él está despojado del dicho corregimiento y alcaidía y caballerías de tierra, e gelas tiene tomadas contra justicia, e me suplicó e pidió por merced le mandase confirmar los dichos oficios, y que le fuesen restituídos, y

el daño que ha rescibido a causa de haber sido despojado dellos, o que sobre ello mandase proveer de remedio con justicia o como la mi merced fuese: y yo tóvelo por bien; por ende, yo vos mando que, llamadas e oídas las partes a quien toca, brevemente e sin dilación, proveáis en ello lo que hallaredes por justicia, por manera que las partes la hayan o alcancen, e non fagades ende al. Fecha en la villa de Bruselas a veinte y seis de noviembre de mil quinientos diez y seis años. Yo el Rey. Por mandado del Rey, Pedro Ximénez—Señalado del Canciller e del Obispo de Badajoz, e de D. García.

VI

Descripción del escudo de armas concedido a los descendientes de los Pinzones, contenida en la Real provisión de Don Carlos y de Doña Juana, según el libro de nobleza que poseía don Vicente Pinzón, sargento mayor de la plaza de Cartagena, y testimonio sacado de él por el Escribano de su Juzgado militar, don Fulgencio García, con fecha 25 de agosto de 1797.

«...por la presente vos hacemos merced y queremos que podáis tener y traer por vuestras armas conocidas tres carabelas al natural en la mar, e de cada una de ellas salga una mano mostrando la primera tierra que así hallaron e descubrieron, en un escudo atal como éste (aquí estaba el dibujo del escudo), e por orla del dicho escudo podáis traer y traigáis unas áncoras y unos corazones, las cuales dichas armas vos damos por vuestras armas conocidas e señaladas; e queremos y es nuestra merced y voluntad por vosotros y vuestros hijos y descendientes y de los dichos capitanes, vuestros parientes, que así se hallaron en el descubrimiento, e sus hijos y descendientes, las hayais y tengáis por vuestras armas conocidas, y como tales las podáis y puedan traer en vuestros reposteros y casas, en los de cada uno de los dichos vuestros hijos y descendien-

tes y de los dichos vuestros parientes en el tercer grado, y sus hijos y descendientes en las otras partes que vos u ellos quisiéredes e por bien tuviéredes...»

La fecha de este diploma de nobleza es la de 23 de diciembre de 1519.

VII

Real provisión para que a Vicente Yáñez Pinzón y a sus sobrinos Arias Pérez y Diego Fernández se les haga justicia en la villa de Palos en el pleito que les han puesto los que les dieron mercaderías al fiado para el viaje que un año antes habían emprendido con cuatro carabelas a descubrir por las Indias (Archivo de Simancas).

Don Fernando e Doña Isabel, etc.—A vos el Corregidor e Alcaldes e otras Justicias de la villa de Palos, salud e gracia: Sepades que Arias Pérez e Diego Fernández, sobrinos de Vicente Yáñez Pinzón, por ellos e en nombre del dicho su tío, nos ficieron relación por su petición, diciendo: que el dicho su tio e ellos, con nuestra licencia, puede haber un año poco más o menos que armaron cuatro carabelas para descubrir en las partes de las Indias, con las cuales siguieron su viaje en nuestro servicio, en que descubrieron seiscientas leguas de tierra firme en ultramar, allende de muchas islas, a cuya causa diz que vinieron muy gastados e pobres, e así por esto como porque en las dichas cuatro carabelas e armazón dellas gastaron muchas contías de sus faciendas, e aun demás de aquellas para el dicho viaje diz que les fué forzoso de tomar algunas mercaderías de algunos mercaderes fiadas, las cuales mercaderías diz que les fueron cargadas en mucho más de lo que valían, e que algunas dellas diz que les cargaron la meitad mas del justo precio de lo que valían, e que en otros les cargaron ochenta por ciento, e otras ciento por ciento, en lo cual diz que rescibieron en el dicho viaje, si las mercadurias hobiesen de pagar el prescio que les fueron cargadas, quedarían del todo perdidos,

e que estando ellos en nuestra corte, los tales mercaderes les han vendido todos sus bienes; e nos suplicaron e pidieron por merced sobre ellos les mandásemos proveer de remedio con justicia, mandando que los bienes que así les estan vendidos e tomados por los dichos mercaderes les sean vueltos a su poder fasta tanto que hayan vendido trescientos e cincuenta quintales de brasil que trujeron del dicho viaje, porque del valor dellos podrán buenamente pagar las dichas mercadurías e que asímismo que mandásemos a vos las dichas nuestras justicias que de lo susodicho habéis conoscido que non diésedes lugar que por tales mercadurías que así rescibieron hobiesen de pagar más de lo que justamente meresciesen, e según e como valían al tiempo que las rescibieron fiadas, porque si al prescio que las rescibieron las hobiesen de pagar non bastarían sus haciendas, e por la demasía habrían de estar en prisiones, o que sobre ellos les mandasemos proveer como la nuestra merced fuese, e Nos tovímoslo por bien: porque vos mandamos que veades lo susodicho, e llamadas e oídas las partes a quien toca brevemente, non dando lugar a dilaciones de malicia, fagades e administredes justicia de manera que las partes la alcancen, e por falta della non tengan causa ni razón de se nos venir ni enviar a quejar, e los unos nin los otros, etc. Dada en la ciudad de Granada a cinco días del mes de diciembre de mil quinientos años.—Yo, Episcopus Ovetensis.—Feiipus, doctor.—Yo., licenciatus.— Martínus, doctor.—Licenciatus Zapata.—Ferdinandus Tello, licenciatus.—Licenciatus Mojica.—Yo Alfonso de Mármol, etc.—Alonso Pérez.

VIII

Real provisión a instancia de Arias Pinzón, el mayor de cinco hjos que dejó Martín Alonso Pinzón, para que cada uno de los otros alternen tanto tiempo como él en tener

consigo una hermana que padecía de gota coral. (Arch. de Simancas.)

Don Fernando e Doña Isabel, etc.—A vos el Corregidor e Alcaldes e otras Justicias cualesquier de la villa de Palos, salud e gracia: Sepades que Arias Pinzón, fijo de Martín Alonso Pinzón, vecino desa dicha villa, nos fizo relación por su petición diciendo que puede haber ocho años, poco más o menos, que el dicho su padre fallesció desta presente vida, e que dejó por sus hijos legítimos herederos a él e a otros cuatro, entre los cuales fué una hermana enferma de gota coral, e que ellos ficieron partición e división de los bienes e herencia del dicho su padre, e fué cada uno entregado en la parte que le pertenescía, e que asimismo a la dicha su hermana le fué dada su parte igual; e diz que puede haber cinco años, poco más o menos, quél tiene, así como hermano mayor, en su poder a la dicha su hermana e a sus bienes, e que a causa de la dicha su enfermedad diz que le da mucha pena e trabajo; de manera quél e los que en su casa tiene no la pueden sufrir, e que muchas veces diz que ha rogado e requerido a los dichos sus hermanos que, pues tenían el mismo deudo con la dicha su hermana que él, que hobiesen por bien de la tener en su casa e poder otro tanto tiempo como él la ha tenido, los cuales diz que no lo han querido ni quieren facer, en lo cual diz que, si ansí pasase, quél recibiría mucho agravio e daño, y nos suplicó e pidio por merced mandásemos que cada uno de los dichos sus hermanos toviesen otro tanto tiempo en su poder a la dicha su hermana como él la ha tenido con la dicha su hacienda, e que si no la quieren tener que se desistan e aparten de lo que les cabe de los bienes de la dicha su hermana, o que sobrello proveyésemos de remedio con justicia o como la nuestra merced fuese; e Nos tovimoslo por bien: porque vos mandamos que luego veades lo susodicho, e llamadas e oídas las dichas partes a quien atañe, lo más brevemente e sin dilación que ser pueda, solamente la verdad sabida, e no dando lugar a largas ni dilaciones de malicia, fagades e administrades

sobre lo susodicho a las dichas partes entero cumplimiento de justicia; por manera que la hayan e alcancen, e por defeto della no tengan razón de se quejar, e no fagades ende al, etc. Dada en la ciudad de Granada a cinco días del mes de diciembre de mil e quinientos años.—Yo., Episcopus Ovetensis.—Felipus, doctor.—Yo., licenciatus.—Martinus, doctor.—Licenciatus Zapata.—Ferdinandus Tello, licenciatus.—Yo Alfonso del Mármol, etc.—Alonso Pérez.

ÍNDICE

Págs.

Bosquejo crítico y de infancia y juventud de los dos Capitanes. 7
De los sucesos precedentes al descubrimiento y retratos y carácter de la familia Pinzón 15
Del primer viaje de quimera y de positiva victoria, y de las glorias y muerte de Martín Alonso Pinzón 45
La tempestad del 14 de febrero 91
Particular gesta y sucesos de Vicente Yáñez Pinzón 101
Apéndices 145

INDICE

Pags.

Inexperto crítico y de infancia y juventud de los dos Cervantes. 7
De los, pocos precedentes al descubrimiento y retratos y es-
tatua de la familia Pinedo 13
Del primer viaje de mujeres y de nuestra vuelta, y de las glo-
rias y muerte de Martín Alonso Pinzón 45
La verdad del 12 de febrero 87
Particular gesta y sucesos de Vicente Yáñez Pinzón 101
Apéndices 145

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LOS APOLOGOS HEDONISTAS. 1923.

RETORNO. 1923.

DESCUBRIMIENTO DE LA ISLA UTOPIA. Novela. 1924.

EL JAPON, PAISAJE DE AURORA, MUY ANTIGUO Y MUY MODERNO. 1942

MAGALLANES, 1943.

NAVEGANTES Y CONQUISTADORES ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI. 1946.

VIÑETAS Y CARACTERIZACION HISPANICAS. 1947.

DE INMEDIATA PUBLICACION

EL ITINERARIO DE MARCO POLO.

DE INTERÉS PARA EL LECTOR

LO QUE ES LA COLECCIÓN MILICIA DE ESPAÑA

Al emprender la publicación de esta serie de libros, titulada MILICIA DE ESPAÑA, la Editorial Gran Capitán lo hizo en la seguridad de contribuir con ello al enriquecimiento de la no copiosa bibliografía históricomilitar de nuestra patria. A este servicio seguimos consagrados.

No son numerosas las biografías de los más renombrados personajes de nuestra inmortal Milicia, que se han publicado entre nosotros. Las hay, naturalmente, y, algunas, muy extensas y de sólida documentación; pero, por hallarse agotadas la mayoría de ellas, son inaccesibles para el gran público. Otras, aparecidas hace muchos años, han quedado ya anticuadas. Las más, finalmente, en colecciones de distinta naturaleza y carácter, no permiten reunirlas en cuerpo homogéneo de lectura.

Los editores de esta empresa llenan la necesidad, hace tiempo sen-

tida, de una serie de biografías no voluminosas ni escritas con el rigor científico de los autores especializados en las materias castrenses, dando a la estampa estos libros, cada día mejor acogidos por el público, en los cuales se narran monográficamente las proezas venturosas o desdichadas, de nuestros más famosos soldados.

Encomiéndase la redacción de estos tomos a escritores ilustres, acreditados en los campos de la historia y la literatura, todos con admirable labor ya realizada, y algunos con magnífico número de libros en su haber.

ASI, PUES...

GRANDES PERSONAJES biografiados de la Historia Militar de España, AUTORES de reconocida solvencia, PAGINAS de lectura altamente amena, sin desviaciones de la verdad histórica, y una BELLA PRESENTACION tipográfica, unida a un PRECIO ASEQUIBLE para todo género de lectores, hacen de

MILICIA DE ESPAÑA

una colección de libros interesantísimos, instructivos y económicos, que no debe faltar en la biblioteca de ningún español amante de las glorias patrias.

IMPORTANTE

En la mayoría de estos libros se trata de personajes no biografiados antes de la aparición de nuestra Serie, o de aquellos de los cuales no hay en venta en nuestros días más biografía que la que nosotros presentamos.

LÉANSE TÍTULOS

1 MENDEZ NUÑEZ, el Héroe del Callao, por *Carlos Ibáñez de Ibero,* escritor especializado en la historia naval de España.

2 ALVAREZ DE CASTRO, el Defensor de Gerona, por *Joaquín Pla Cargol,* renombrado cronista de temas gerundenses.

3. SPINOLA, el Vencedor de Breda, por *Antonio Cerrolaza,* notable tratadista y profesor de Historia Universal.

4. PIZARRO, el Conquistador del Perú, por *Bernardino de Pantorba,* insigne biógrafo de Grandes Figuras de la Historia y grandes nombres del Arte.

5 BARTOLOME COLON, el Primer Adelantado de Indias, por *José María del Valle,* escritor de asuntos relacionados con el descubrimiento de América.

6. RICARDOS, el Héroe del Rosellón, por *Abelardo Nieto Lanzos,* competente tratadista de cuestiones militares.

7. O'DONNELL, el Caudillo de la Guerra de Africa, por *Francisco Melgar,* ilustre cronista de figuras históricas.

8. CHURRUCA, el Héroe de Trafalgar, por *José García Mercadal* autor de numerosas y valiosísimas biografías.

9. ALMANZOR, el Genio de la España musulmana, por *Luis Antonio de Vega,* firma especializada, con grandes aciertos, en los temas árabes.

10 WEYLER, el gran General de Cuba, por *Luis de Armiñán,* ex ministro de la Corona española y profundo conocedor de nuestra historia contemporánea.

11. IGNACIO DE LOYOLA, Capitán del Imperio, por *J. Martínez Friera,* Coronel de Caballería y autor de notables obras de carácter históricomilitar.

12. LOS PINZONES, Gloriosos Navegantes, por *Ricardo Majó Framis*, escritor de alta autoridad en materias relacionadas con nuestras hazañas de Ultramar.
13. MORILLO, Héroe de nuestra Independencia, por *Andrés Révesz*, conocidísimo publicista de temas diversos.

DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN

DON JAIME EL CONQUISTADOR, por Emilio Fornet de Asensi.
NARVAEZ, por J. y M. Prados López.
EL GRAN DUQUE DE OSUNA, por Luis de Armiñán Odriozola.
JUAN DE LA COSA, por Víctor Andresco.
LEGAZPI, por José Sanz y Díaz.

COLECCIÓN HISTÓRICA

◆

Magnífica colección de narraciones históricas y grandes biografías de famosos personajes, editada a todo lujo, con bellas ilustraciones y encuadernada en tela, con títulos y ornamentación en oro.

◆

VOLÚMENES PUBLICADOS

	Pesetas
JUAN ANDREA DORIA Por José García Mercadal..	25
DON JUAN DE AUSTRIA Por J. Martínez Friera.....	25
EL DUQUE DE RIPERDÁ Por Luciano de Taxonera..	30
CÉSAR BORGIA Por Antonio J. Onieva.....	50
FELIPE IV Y SU ÉPOCA Por Bernardino de Pantorba	50
CISNEROS Por Alfredo Ruiz Crespo....	30
LA VIDA TURBULENTA DE QUEVEDO Por Luis Astrana Marín....	50
WELLINGTON Por Andrés Révesz.	35
VIDA GENIAL Y TRÁGICA DE SÉNECA Por Luis Astrana Marín.....	70
CERVANTES Por R. Martí Orberá.....	45

EDITORIAL GRAN CAPITÁN

Arenal, 23 - Apartado 184

Teléfono 215524 - MADRID

MILICIA DE ESPAÑA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. - MÉNDEZ NÚÑEZ
   Por Ibáñez de Ibero.
2. - ÁLVAREZ DE CASTRO
   Por J. Pla Cargol.
3. - SPÍNOLA
   Por Antonio Cerrolaza.
4. - PIZARRO
   Por Bernardino de Pantorba.
5. - BARTOLOMÉ COLÓN
   Por José María del Valle.
6. - RICARDOS
   Por A. Nieto Lanzos.
7. - O'DONNELL
   Por Francisco Melgar.
8. - CHURRUCA
   Por José García Mercadal
9. - ALMANZOR
   Por Luis Antonio de Vega
10. - WEYLER
    Por Luis de Armiñán.
11. - IGNACIO DE LOYOLA
    Por J. Martínez Friera
12. - LOS PINZONES
    Por R. Majó Framis.

EDITORIAL GRAN CAPITAN